







Plenilunio



Luna verde

Bajo criterio editorial  
se respeta la ortografía de los textos  
que presentan arcaísmos  
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,  
algunos textos se presentan  
sin ilustraciones y fotografías  
que estaban presentes en el original.  
•••••

Rogelio Sinán

# Plenilunio



Joaquín Beleño

# Luna verde

*Diario dialogado*

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD  
DEL CANAL DE PANAMÁ  
**PANAMÁ 1999**



**Editor**

*Autoridad del Canal de Panamá*

**Coordinación técnica de la edición**

*Lorena Roquebert V.*

**Asesoría editorial**

*Natalia Ruiz Pino  
Juan Torres Mantilla*

**Diseño gráfico y diagramación**

*Pablo Menacho*

**Impresión y encuadernación**

*Cargraphics s. A.*

863

S615

Sinán, Rogelio

**Plenilunio**, Rogelio Sinán.—Panamá: Autoridad del Canal, 1999.  
134 p. ; 24 cm.—(Colección Biblioteca de la Nacionalidad)  
Contenido: **Luna verde**: diario dialogado, Joaquín Beleño Cedeño,  
278 p.

ISBN 9962-607-22-1

1. LITERATURA PANAMEÑA—NOVELA

2. NOVELA PANAMEÑA

I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios  
de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,  
sin permiso escrito del editor.

*Printed in Colombia - Impreso en Colombia*

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista  
de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA  
DE LA NACIONALIDAD**  
Edición conmemorativa  
de la transferencia del Canal a Panamá  
1999

## BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

**A** esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La *Biblioteca de la Nacionalidad* constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

**Ernesto Pérez Balladares**  
Presidente de la  
República de Panamá



---

Rogelio Sinán

Plenilunio





Aquél que tú crees sano, no lo es tanto  
como para que lo envidies.  
Lleva oculta la epilepsia  
en lo más recóndito de sus entrañas;  
lleva el demonio en la sangre.

BOVIO, EL GENIO



**L**ectora, hoy echaremos a un lado eso que llaman el sentido común y trataremos de hilar con los conceptos una trama sutil que nos permita cubrir la calidad y aun nos ahorre su presencia habitual. Ensayaremos una especie de alquimia utilizando los mil y un recursos de nuestra fantasía, gran experiencia para la cual contamos con un insuperable laboratorio: el cerebro. Verá en él galerías y retorcidos pasillos por los que con frecuencia se extravían los más listos. ¡Cuánta gente hay perdida entre la malla de sus razonamientos! Imagínese en el trance difícil de quien gira en su mente, loco, a tientas, sin hallar la salida. Por eso es peligroso todo juego mental. ¡Oh, tranquilícese! No es cosa de alarmarse. ¿Por qué no hacer la prueba?... Hasta es posible que dé usted con la piedra filosofal del arte... Pues ¡bien! Haga un esfuerzo imaginativo: eche un vistazo hacia su mundo interior... Busque en la duda las formas de la idea. Distinga imágenes, sonidos, sensaciones... ¿Ve usted qué turbamulta de cachivaches raros? Nuestra mente parece un bric-a-brac... Observe aquellos enormes anaqueles donde se multiplican mil vasijas distintas: alambiques, crisoles, probetas... ¡Todo un laboratorio!... Note, allá, esos fantasmas cual jirones de niebla. Son conceptos en flor, larvas anónimas del pensamiento. En fin, que bien merece la pena penetrar en la mente; pero antes de avanzar, debo iniciarla en cierta magia secreta de la ficción... Alcánceme una retorta... Cualquiera... Esa del pico hacia abajo. Qué avechucho, ¿verdad?... Combinaremos diversos elementos: Varias ondas sonoras, un polvillo de luna y unas gotas de extractos glandulares... Ahora, un poco de fuego para fundir la mezcla.. ¡Mire usted, va elevándose como un túmulo

de humo! Es la neblina de las grandes pasiones, ¿No oye esa música, esos ayes, esos tambores lúgubres? Expresan la tragedia interior de un mundo en llamas huyendo de sí mismo... ¡La experiencia resultará sublime!

Entre paréntesis, ¿puedo encender mi pipa? No vaya a responderme que la molesta el humo. Yo también soy alérgico a eso y a muchas cosas. No fumo casi nunca, pero hoy es necesario. Si me niega tal goce me corta usted las alas de la imaginación. Lo primero, ya sabe, es crear la atmósfera idónea. Y, desde luego, nada hay mejor que el humo para asuntos de magia. Déjeme usted pensar que soy autor de novelas. Ya es cosa bien sabida que en las películas inglesas no hay escritor sin pipa. No piense que en efecto voy a fumar. Y mucho menos en pipa. Se nota demasiado la nicotina. Deseo experimentar únicamente la sensación de estar mirándome en un espejo y ver mi imagen convertida en el óleo que un buen novecentista titularía: RETRATO DE ESCRITOR FUMANDO EN PIPA... Guarde, pues, sus melindres a sabiendas de que es tan ilusoria mi pipa como el humo que se desprende de ella.

La verdad es que hoy vamos a jugar como al pañuelo escondido. Usted lo esconde, yo busco; yo lo escondo, usted busca... Y, así —a veces frío, a veces caliente—, resolveremos el juego. Sería mejor llamarlo prestidigitación debido a cierta especie de truco que consiste en esconder y descubrir ilusiones. ¿Y no es función del arte presentar apariencias, meras sombras, como si fueran reales? Lo malo es que podemos enmarañar las cosas en forma que ni el hilo de Ariadna nos ayude a salir del laberinto. Extraviados en sus oscuros sótanos vagaremos a tientas tropezando con entes de ficción cuyo lenguaje nos será incomprendible. Escucharemos por doquier maldiciones, lamentos, alaridos... Y, ya desesperados, tal vez terminaremos preguntándonos cuál sea la realidad. Nuestra pregunta nunca hallaría respuesta.

Procure, pues, seguirme a través del laberinto mental, pero no olvide que somos una parte de la ficción. ¡Acérquese! Verá

que el Minotauro es menos fiero de lo que cuentan. Sin embargo, no vaya a imaginar que éste es el mismo laberinto de Creta. Se trata de algo abstracto. Total un enredijo de pasiones complejas donde seres humanos se debaten y tratan de zafarse, como Laocoonte, del monstruo que los liga: La fantasía.

Prosigamos.

Ha avanzado la noche. Espacio y tiempo nos son ahora propicios. Va apagándose el rumor hogareño y las últimas palabras quedan truncas al cerrarse las puertas. Al fin sola, usted dispone acostarse. Y, como estamos en época de guerra, cierra bien las cortinas. Pueden venir las bombas... ¡pum! ¡dum...! ¡Adiós, lectora!... No, lo que la preocupa es que el vecino curioso la atisbe en un momento tan íntimo... Para estar más segura, ha suprimido las luces fuertes. Borrados los contrastes, su silueta se ha hecho menos visible. También los medios tonos dan a la habitación mejor aspecto de alcoba. Sobre el mar de penumbra en que naufragan las cosas familiares, flota apenas el lecho, iluminado por esa luz difusa que invita a la lectura o al duermevela.

Quitándose las medias a la orilla del sueño, usted, lectora, produce la impresión de quien se alista a sumergirse en las ondas de ese espejo —¿río? ¿lago?— cuyas aguas reproducen su imagen. ¡Qué formas caprichosas adquieren los objetos en el cristal! Luces y sombras, jugando al arabesco, cambian la realidad. Se escucha el suave rumor de la corriente y el río sigue su curso entre ramajes que bambolea la brisa. Se siente —se respira— como un vaho vegetal, y, a lo lejos, se lamentan las tórtolas.

En pleno dominio de sí misma, usted termina de quitarse las medias, las tira sobre el césped, se levanta, respira, abre los brazos, bosteza, deja libre el cabello, lo sacude, y, caprichosa, resuelve contemplarse —imagen pura, desnuda— sobre el agua. Mientras va hacia la orilla se desviste como quien se deshoja. Poco a poco se desprenden las ropas. Es el otoño que se anticipa al sueño invernal. Pegada al tronco sólo queda una hojita... (¿Será

un recuerdo bíblico?) Y el tallo de su cuerpo campea esbelto, triunfal sobre las hojas...

Pero, ¿qué le sucede? ¿Se cubre? No me venga con melindres de estatua. Sepa usted que hasta la Venus de Milo prefirió estar sin brazos por no cubrirse. Pero, dígame: ¿su actitud de pudor se debe sólo al acto mío de mirarla, o acaso a la conciencia que usted tuvo de ese hecho? ¿Me explico? Le confieso que al verla a usted desnuda lo único que percibo es el concepto que usted personifica. Además, no se olvide que somos elementos de la ficción. De manera que si ambos existimos es en un mundo irreal, imaginario, ficticio, como entes ilusorios, fuera del bien y el mal... Sin embargo —¿por qué debo negarlo?— la verdad; dejando aparte sofismas, es que en este momento, usted, lectora, es todo un caso de nudismo integral.

Pero, en vez de mirarme, contéplese al espejo. ¿Qué tal? Bonito cuerpo, ¿verdad? Le agrada verse más allá del azogue. ¿Quién es aquella? ¿Usted? Casi lo dudo. Pero, al fin y al cabo, ¿cuál es más real, aquella o usted? No deje de advertir que ambas difieren en múltiples detalles. La que se ve a través del espejo está desnuda y a la orilla de un río, a diferencia de usted que está a la orilla del sueño. ¡Contemple bien su imagen ahora! Vibra inquieta al reflejarse en el agua... Sopla fuerte la brisa; riza el cristal; la imagen riela, se desgaja en jirones. ¡Qué corriente importuna! ¿Va a llover? (¡¡¡chiss!!!) ¡Qué hielo! ¡La humedad de la brisa! ¡Caramba! Un estornudo puede ser el origen del mal de Margarita Gautier. ¡Fíjese, hasta las aguas del espejo tiritan! ¡Cúbrase usted! ¡Muy bien! Ese piyama... ¿de seda?... lo supuse, produce una agradable sensación en el cuerpo. ¿Le hace falta un botón?... ¡Bueno, a la cama! Permítame abrirla. ¿Se le enfriaron los pies? Bajo la colcha se le calentarán. ¡Duerma tranquila cual la bella durmiente!

¿Qué? ¿Sufre usted de insomnio? En ese caso, nada hay mejor que un libro. Se nota mucho menos el brusco chapuzón de quien se arroja de la vigilia al sueño sin las debidas precau-

nes. Si desea un libro raro, distráigase con éste de Pirandello. Con esos personajes tendrá usted suficiente para su mundo abstracto. Posiblemente soñará cosas vagas: Filosofías corpóreas... Conceptos que respiran como seres humanos... Fantasmas en embrión... Razonamientos que huyen...

¿Se asusta usted? Entonces, no quiere a Pirandello. ¿Qué desea? Un libro mío... ¿Cuál de ellos? ¡Tengo tantos en la imaginación! Si le parece, puede irse distrayendo con lo que escribo en este mismo momento. Tendrá la sensación que siente el sabio que ve crecer la rosa, por las noches, en su laboratorio. Este ejercicio sienta bien a las mentes —como la mía o la suya— sobreexcitadas. No es la simple lectura de ideas, frases, imágenes. Más bien es un intento de forjar apariencias, darles forma, matiz y movimiento como si fueran reales; pero mucho más reales más perfectas, eternas.

Sin embargo, para que usted las sienta vivir es necesario que ponga en juego su facultad creadora, porque con la lectura sucede como con la televisión: La estación transmisora emite imágenes, sonidos, peripecias; pero se necesita que alguien mueva la llave del receptor para que esos factores adquieran forma concreta en la pantalla.

No se ponga nerviosa, lectora. ¡Bien! Ahora, conecte el mecanismo de su imaginación. (¡Tic!)

Prosigamos...

Su alcoba se ha diluido. Ya estamos en mi estudio. Hace calor, pero el ambiente que nos rodea es propicio. Papeles, libros, cuadros por todas partes. La atmósfera no puede ser más grata.

¿Por qué vino a mi estudio? Sería bueno preparar la coartada. Puede llegar su esposo (suponiendo que esté casada) o algún hermano de esos de armas tomar. Desde luego, esta noche, la esperarán los suyos inútilmente, pues seguirá conmigo hasta la aurora... Si llaman a la puerta, usted se esconde detrás de esa cortina. Hay una puerta que da al otro aposento. Tiene allí hasta

una radio que puede utilizar si el visitante no es un pariente próximo.

¿Le agrada madrugar? No se preocupe. Saldrá usted de su sueño entre aleluyas y repiques de Júbilo, pues debe usted saber que al lado nuestro hay una iglesia antillana cuyos fieles son amigos del canto. Ya escuchará “El Mesías” ejecutado por un coro soberbio. Mañana es día de gloria; hoy, Viernes Santo. ¿No lo sabía? Esta noche no es la más a propósito para juegos de magia... Suelen verse fantasmas...

Pero, ¿a qué amedrentarla? Al fin y al cabo, ya estamos en piyama. Usted prepara un coctel, mientras yo, en un diván (tengo en las manos un libro y en los labios mi pipa) me dispongo a leer. Ciertas lecturas se aprecian más fumando. Y a veces me concentro de tal manera que hasta podría decirse que estoy fumando un libro y leyendo una pipa.

¿Por qué alza la cortina? ¿Está curiosa por mirar la otra alcoba? Ya me lo suponía. ¿Dudaba acaso de que en verdad hubiese una radio? ¡Entre y convéznase! ¿La ha visto?... ¡Bien!... ¡Conéctela!... ¡Ya está!... Pero no empiece a decapitar aullidos. Busque algo interesante. ¿Qué está sincronizando? Es un nocturno que yo conozco... ¿Chopin?... No estoy seguro... Parece y no parece... Tiene acordes tan raros... Evoca el mar, los pinos... Semeja una tormenta... ¡Juraría que es Chopin!... ¿Esas campanas?... ¡Esos truenos!... ¿Son golpes?

(Alguien llama a la puerta).

—¡Cierre lectora! ¡Pronto!

Yo corro la cortina. Me arreglo un poco. Y abro... (¡Malhaya la visita!)

—¡Pasen ustedes! ¡Pasen!

—(¡Vaya tipos más raros!) Una joven. Un anciano. Un obrero. (¿Dónde estará mi bata?).

—Hagan ustedes el favor de sentarse.

—(¿Qué buscará esta gente?) La muchacha obedece. (Menos mal). Luego, el viejo. (¿Y el otro?) Permanece de pie.

La joven (no la conozco) es rubia. Tendrá veinticinco años. Alta. Esbelta. Delgada. Viste toda de negro: mangas largas, blusa amplia, falda corta (quizá un duelo reciente). El viejo —calvo, pequeñito, azorado— también viste de negro, pero sin elegancia. Deja casi notar cierto descuido en sus ropas. Las miradas, los gestos y todo en él dan muestras de gran perplejidad.

El otro es un jayán desgarbado de aspecto tenebroso. Moreno, casi prieto, trae abierta la camisa que deja al descubierto la pelambre del pecho. Su semblante, amargado, presagia la tormenta pronta a estallar.

La muchacha se estremece de pronto presa de los sollozos.

No sé qué debo hacer. Tanto el anciano como el Jayán detienen mi intención de ayudarla. Me parece tan raro todo esto. (Al fin y al cabo debo saber qué quieren.) Y, acercándome al viejo, le pregunto:

—¿Con quién tengo el honor?

El anciano se hace un fajo de nervios y mira muy cohibido a la joven como esperando una orden para hablar; pero al verla con el rostro inclinado, se desazona y encuentra mil pretextos antes de responderme: saca un pañuelo enorme lo desdobla; se lo lleva a la boca; tose; tartamudea; me mira...

—Usted dispense —me dice—. Le confieso que yo no habría venido...

—¡Ni yo! —grita el jayán—. ¡Ha sido ella la que nos ha obligado a venir!

La radio emite las notas de un violín. Apenas oye la melodía, la joven alza el rostro como con cierta angustia. No puede contenerse. Exclama:

—¡Kreisler!

Y queda como en éxtasis.

El viejo inicia un tímido gesto de sobresalto, pero al verla tranquila se serena, y musita como hablando consigo:

—De haber finalizado su carrera en Amberes, sería gran violinista...

Vuelve hacia mí los ojos, y agrega:

—Pero no fue posible, ¿comprende? Los malos tiempos vinieron... La desgracia cayó sobre nosotros... Mi fortuna se diluyó en las manos de Crispín... Y, para colmo de males, ocurrió el accidente... No quiero recordarlo... Fue terrible... ¡Terrible!

—¡No le haga caso! —vocifera el jayán—. ¡Mejor, amárrelo; porque ese viejo loco no sabe ni lo que habla! ¡Miente siempre!

—¡Cállate tú, insensato! —grita el viejo—. Y se le queda mirando.

Jadea un rato, y añade:

—Usted bien sabe que yo no miento, señor.

—¿Yo?... —le respondo—. Si ustedes no se explican... ¿De-sean hablar conmigo? Es muy posible que estén equivocados... ¡Veamos! Si se trata de algún caso jurídico yo los puedo ayudar. Aunque presiento que lo que ustedes buscan es un médico...

(Se oye una voz que dice: ÚLTIMA PARTE DE LA DANZA MACABRA.)

—¿Me permiten? —agrego—. Voy a apagar la radio.

—Déjela usted —dice ella—. No me disgusta

—Al menos, la haré bajar un poco.

Y, elevando la voz, digo:

—¡Lectora, disminuya el volumen!

(De la radio surgen varios silbidos, y al fin se deja oír una cadencia apacible.)

—¡Yo me voy! —grita el tipo—. ¡Ya estoy harto de espectros!

—¿Dónde están?—digo yo.

—¡Vete si quieres! —le grita ella furiosa—.

¡Sería mejor!... ¿Qué espectros?... Si hay alguno, eres tú, que eres mi sombra... ¿Por qué has seguido siempre mi huella como un perro?... ¡Ya lo sé!... Eres esclavo de un deseo insatisfecho...

Yo también... ¿No te enteras de que estamos ligados?...

—¡Sí! ¡Sí! Pero, ¿hasta cuándo? —gruñe él—.

—Eternamente... Porque somos conceptos sin espacio ni tiempo, gracias a este señor.

(¡Qué laberinto!)

—Dice usted que...

(Palabra de honor, siento una especie de escalofrío.)

Comprende. Ríe con cierto sarcasmo. Y, en tono de reproche, continúa:

—¿No recuerda?... ¡Ya debía imaginármelo!... ¡Que va usted a fijarse en nuestra vaga existencia!... Fue fácil darnos vida y empujarnos al mundo como cualquier piltrafa.

Su voz suena colérica, enronquecida, vibrante.

El viejo tose, nervioso.

—Señorita... —le arguyo—. Me parece que está usted acusándome injustamente... Debe haber un error... ¡Sí!... Le confieso que yo...

—¿Será posible?

—¡No insistas! —interrumpe el obrero—. ¿Cómo quieres que el señor nos recuerde, si volvemos a él bajo un aspecto distinto? ¿No comprendes que somos diferentes de como él nos miraba? A ti él te ha visto únicamente desnuda bajo la luz lunar... Ahora, enlutada desde el cuello a las piernas, ¿puede él reconocerte?... Ya tú no eres la misma... El luto te ha transformado en otra...

(Se produce en la radio una interferencia)

El viejo tose de nuevo.

Ella echa atrás la cabeza sobre el respaldo del diván, cierra los ojos; y se pasa las manos sobre la frente para aclarar recuerdos.

La luz va matizándose hacia el claro de luna.

(VAN A ESCUCHAR USTEDES EL SEGUNDO CONCIERTO DE LA SINFÓNICA...)

La sinfonía se inicia a todo volumen, y, de pronto, produce la impresión de que se aleja hacia el infinito... Sigue oyéndose apenas, muy lejana...

Un rayo verde cae sobre la muchacha, que, al verse iluminada por la luz del anuncio, se yergue y queda rígida con la expresión abstracta de una máscara.

Me mira. Se sonríe.

—¿No recuerda?...

Hace una pausa y prosigue:

—No sé en qué fecha fue, pero ha pasado algún tiempo... Me parece que aún contemplo el paisaje bajo el efecto de aquella luna inmensa... Sucedió en Bella Vista... Había sonado la media noche... ¿Qué hacía usted por ahí, solo, a esas horas?... ¡Quién sabe!. Se detuvo junto a un jardín... Y se quedó extasiado frente a la placidez de un estanque en cuyas aguas rielaba lindamente la luna... La brisa, entrelazada a las veraneras, tejía sombras grotescas sobre los muros... La fragancia de Jazmines y mirtos completaba la embriaguez de la noche... Y, usted, maravillado, dejó a su mente hacer el juego de la creación y transformó el panorama: Del jardín hizo un parque; de los mirtos, cipreses; y del estanque, una piscina romántica... Sólo faltó un detalle: el ruiseñor. ¿Por qué motivo si tenía ya cipreses, luna y agua, no hizo cantar al ruiseñor?

—Los ruiseñores no llegan hasta el Istmo —arguyo.

—¿Acaso puede la realidad negar el juego de la imaginación?

—Verá usted... los escrúpulos de la fantasía... Pero no discutamos...

—Continúo: No hubo diques que frenaran su mente...

—¡Claro está! Entusiasmado...

—No se detuvo allí...

—Seguí forjando mi sueño...

—Hasta el momento de crear la forma humana...

—¡Galatea rediviva...! ¿Usted?

—¿Recuerda?... ¡Surgí, grácil, etérea, contenta de vivir!... Nací romántica y me sentí poema, retoño de la vida: Forma abstracta, desnuda, imagen pura de la creación... Calladamente me seguía usted plasmando... Sus miradas se adherían a mi cuerpo,

modelaban aún mi arcilla dócil; hasta que satisfecho, quedó un rato embebido contemplándome con ese arrobamiento que envuelve al escultor frente a la obra que ha hecho surgir del mármol... ¿Se repetía la historia de Pigmalión? ¡Quién sabe!... Por lo menos así me parecía, con la ventaja de que yo era una especie de Galatea consciente... Por eso, al animarme, lo hice dentro de ciertas normas establecidas, y procuré amoldar todos mis gestos a actitudes de estatua... Sentí lo placentero que es respirar, vivir... ¡Qué deliciosa me pareció la brisa!... Y hasta la húmeda suavidad del césped me produjo en las plantas un cosquilleo inefable... Lentamente me aproximé a la orilla del agua, alcé los brazos y me lancé en parábola... Al hundirme, quebré el espejo móvil... Y resurgí inundada de luna y de luceros... Luego, noche tras noche, prosiguió usted la gesta creadora... Poco a poco me dio cuerpo y leyenda persistentes: Yo soy Elena Cunha, ¿recuerda?, única nieta de Don Céfaro Cunha, portugués de los pocos que lograron labrarse una fortuna en el Istmo... Pero, ¡de qué manera!... Verá, se dedicaba a un oficio muy poco limpio... ¡Asómbrese!... ¡Trata de blancas!...

El anciano da un salto. Grita:

—¡Cállate!

—¿Por qué ocultarlo, abuelo? Tu riqueza tenía olor de burdeles. No por nada se diluyó cual humo... Por tal razón tus clientes jamás me pretendieron debidamente... ¡Claro!... Como llevaba sangre tuya en las venas, querrían que fuese exacta a mi madre: ¡ramera alegre!

—¡Te he dicho que te calles!

El obrero intercede.

—Compréndala, Don Céfaro. Lo que ella necesita es hablar, desahogarse.

El viejo insiste:

—¡Sí! ¡Sí! Pero yo quiero que este señor conozca las razones que dignifican mi actitud.

Y dirigiéndose a mí:

—Ya usted bien sabe que ella no puede coordinar... Sus facultades flaquean bajo el influjo del plenilunio... ¡obsérvela!... ¡Ya está mirando al cielo!

Elena Cunha se ha aproximado al porche; y, como está iluminada por los efectos malvas de un anuncio, parece transparente, cadavérica, irreal.

El viejo inquiere:

—¿Qué claridad es ésa? ¿La Luna?

—¡No, no! —dice el jayán, aproximándose a Elena.

—¿Ya vas a molestarla? —gruñe el viejo—.

Pero él no le hace caso.

—Mejor déjelos —digo—. Querrán estar a solas.

La luz cambia de sitio e ilumina al anciano.

Yo insisto:

—Pero, dígame: ¿lo que ella ha dicho es cierto? ¿No será que es lunática?.

—Para que usted comprenda —me dice— tendría que referirle antecedentes muy dolorosos... cosas ya superadas... circunstancias que corroen la memoria en su tormento por pasar del yo íntimo a la conciencia.

—Por favor, no divague. Explíqueme: eso de la trata de blancas, ¿es cierto?

—Sí, señor. Pero entienda que la verdad del hecho no implica corrupción de mi parte.

—No comprendo...

—¡Ni falta que hace!

—¿Cómo?

—Perdone usted. Mi angustia me hace lanzar a veces expresiones mordaces.

—Con lo cual se diría...

—¿Que estoy loco?

—No digo tanto, pero... su nieta...

—Elena, sí... Es posible... Sin embargo, ¿quién puede asegurarlo?

—Acabe usted.

—Bueno... Escuche: desde niño yo he sido víctima de un sino cruel. Mi familia fue perseguida por una dictadura sangrienta. Yo estudiaba en un seminario. Fui testigo de ruindades sin fin... Hasta los curas disparaban contra la pobre gente amotinada. ¡Era horrible! Me escapé y no se cómo llegué a París. Había perdido la fe en mí mismo... Bebía. Me intoxicaba... Sin embargo, en mis momentos lúcidos, volvía siempre a mis libros. Iba a las bibliotecas. Me hartaba de aforismos y de razonamientos... En una de esas tardes conocí a una muchacha, lectora asidua y muy extraña en sus gustos según me dijo... Conversamos. Salimos al jardín. Cayó la noche. Y (usted sabe cómo son estas cosas en Europa) de los libros pasamos a los besos y a las caricias... Al poco tiempo, sin conocernos lo suficiente, nos casamos. ¡Qué locura! Después vine a enterarme de que era histérica. Las crecientes lunares la trastornaban y la hacían divagar de tal manera que perdía la noción de la realidad. Por las noches intentaba matarme con un puñal. Se acercaba como sonámbula a mi lecho... Recuerdo que ella usaba un camisón blanco, largo, que le llegaba a los pies y que la hacía parecerse a un fantasma... Yo auscultaba la noche, velando, alerta, insomne... Cuando se me acercaba, le quitaba el puñal, y, en mis brazos, la llevaba a su cama, donde la hacía dormir acariciándola como a una niña... Pensé que ese trastorno podía oponerse a sus funciones genésicas, pero me sorprendí al saber lo contrario. Mi esposa quedó encinta, y el período de gestación fue para ella definitivamente saludable... Pero el parto, sabe usted, fue terrible. No pudo resistirlo...

Hace una pausa. La emoción lo doblega.

—¡Cálmese usted!... ¿Murió?

—No la pudieron salvar... Nació una niña, ¿comprende? Quedé solo con una hija en los brazos. ¿Qué hacer? Era preciso salvar a toda costa aquel vestigio de mis amores. Y, ya lanzado tras esa nueva fe, no hubo a mi paso escrúpulos, que pudieran

frenar mis ansias de oro... Me mezclé con la gente más obscena: rufianes, chulos, pícaros, vendedores de drogas... Y me volví elegante, presumido, atildado... Vivía muy bien... A mi hija quise educarla con esmero y la interné en uno de esos colegios aristocráticos regentados por monjas. Allí creció alejada de mí... Años más tarde, en una ronda nocturna, resultó un hombre muerto... Me culparon a mí... Tuve que huir... Me vine al Istmo. Y el oro del Canal favoreció mi negocio. Especulé trayendo mujeres y trafiqué a mis anchas pero fui depravándome cada vez más. Me ilusionaba pensando que en el Istmo nadie me conocía y que, una vez rico, podría volver a Europa, asegurándome una vida pacífica con mi hija. Hermoso sueño que vi desvanecerse cuando estalló la guerra del catorce. Ella, la pobre, logró salir a tiempo de Bélgica; pero, al llegar al Istmo, me fue hostil. Todo lo que hice para ganarme su cariño fue inútil. Me repudiaba públicamente. Y, creyéndose ella misma contaminada, se dio a la vida fácil y no me fue posible salvarla. Sin embargo, como todos sabían que a pesar de eso, yo la haría mi heredera, no le faltaron buenas propuestas de matrimonio: Familias arruinadas, sin escrúpulos, que ansiaban restaurarse. Pero mi hija, que por naturaleza era excéntrica, prefirió enamorarse de un borrachito de sociedad sencillamente porque este había vivido en París y hablaba bien el francés. Y, para hacer más romántica la aventura, resolvieron casarse sin previo aviso. Por supuesto, la familia del “niño” puso el grito en el cielo: Aquella unión les resultaba afrentosa... Logré aplacar sus furias a peso de oro. Me sangraron hasta decir no más... A los dos años les nació a los esposos una niñita defectuosa. Murió al nacer. Y aun la madre estuvo en trance de muerte. Desde entonces se mostró retraída. No volvió a ser la misma. Parecía otra. Lloraba sin motivo aparente. Durante ese misticismo romántico llegó su nueva gravidez. Tuve el cuidado de ponerle a su lado un médico hábil y una enfermera seria... Nació otra niña, Elena, que, como usted ha visto, es perfecta. Sólo que ella ha heredado las excentricidades y extra-

vagancias de la abuela. Tiene alucinaciones terribles. La atracción de la luna la hace vagar sonámbula por el jardín... Pero eso viene después... Es necesario que yo le cuente ciertos detalles para que usted comprenda...

Hace una pausa y tose convulsamente.

—¿Quiere agua?

—No me hace falta. Son efectos del humo. Fumo siempre.

—¿Me quiere usted decir por qué su nieta no lleva el apellido del padre? Se llama Elena Cunha... ¿No es así?

—Cosas de ella. No quiso nunca al padre. Desde niña prefería estar conmigo. ¡Claro está! La mimaba. Puse en ella el cariño que no me fue posible brindarle a mi hija... Chocheces, dirá usted. No lo niego. Vivía pendiente de ella; porque, no se por qué, me recordaba a mi esposa... Sin embargo, como yo continuaba el trato ilícito con rameras y con los traficantes de drogas, los padres de la niña resolvieron alejarla de mí. Por lo menos, quisieron intentarlo, pero sin resultados satisfactorios. La pequeña no hacía más que llamarme. Fue entonces cuando mi hija resolvió irse de gira por Europa. Alegaba que no podía sufrir su nostalgia de aquellos sitios. Algo de eso era cierto: pero la verdadera razón era alejar a mi nieta de lo que ellos llamaban el escándalo de mi vida. Se apartaban de mí como quien huye de un contagio fatal. Sí, no deseaban contaminarse con mi miasma. Sin embargo, no les ardía en las manos mi dinero que les hacía posibles la decencia y el lujo... Cuando los vi alejarse en el vapor, me alegré, pues me quitaban como un peso de encima, pero con ellos se iba también la niña... Usted comprende, sin la nieta a mi lado ya no supe lo que era vida. Me sentí solitario, abandonado, sin voluntad de acción. Desatendí mis negocios y me dejé robar de aquellos mismos que antes me respetaban. Se apoderó de mí como una especie de abulia. Volví a beber. Me inyectaba. Y fui cayendo, cayendo... Un día borracho, me encontré a un hombrecito de aspecto tímido que decía conocerme. Se llamaba Crispín. Yo hice un esfuerzo mental para encontrarlo

en mis recuerdos, pero me fue imposible hacer memoria de tal sujeto. Siguió pegado a mí toda la noche. Al fin y al cabo, no me desagradaba. Me divertían sus gestos, su figura, su fingida moralidad. Era un perfecto casuista. Alegaba mil casos de moral ¡El muy canalla quería regenerarme! Ya verá de qué modo lo consiguió... Al día siguiente me lo encontré en mi casa, al pie del lecho, con el café ya listo... Desde entonces se convirtió en mi sombra. Se fue a vivir conmigo. Me cuidaba. Y atendía a mis asuntos con marcada solicitud... Ríase usted, mis negocios se fueron mejorando y, hasta yo mismo me sentí otro, más sano, más cambiado. Por supuesto, ya usted comprenderá que el tal Crispín me pareció como un enviado del cielo. Le di plena confianza. Cerré los ojos. Y me dejé robar como un imbécil... La verdad de todo ello se me hizo clara una tarde, con relación a cierta suma que le pedí. Me había llegado una carta de Amberes en que se me anunciaba la gravedad de mi nieta. Por supuesto, me puse muy nervioso. Precisaba mandar cierto dinero para que la operara un especialista de no sé dónde. Después supe que era mentira todo aquello. Mi yerno, que era un gran jugador, había perdido esa suma y hacía falta pagarla. Eso era todo, pero yo, créame usted, aunque lo hubiera sabido, me habría cortado un brazo con tal de contentarlos. Llamé, pues, a Crispín. Le dije que alistara esa suma para mandarla a su destino. Pues, bien, lo hubiera visto. Montó en cólera y me dijo:

—Tu familia te va a arruinar. ¿No te das cuenta? ¡Te sangran! ¡Te degüellan! ¡Es lamentable! Tu ceguera mental no te permite ver claramente el latrocinio de que eres víctima de parte de ellos. Y, además, ¿de dónde quieres que saque ese dinero? ¡Ya no te queda nada, nada, nada! ¡Te han arruinado esos canallas!

Y, al decir esto, Crispín representaba tan hábilmente su cólera, que yo quedé perplejo. Ingenuamente me seguía imaginando que toda aquella crisis se debía al gran sentido de responsabilidad de que hacía alarde, a su moral, a sus cánones, a su amistad. Sin embargo, su tono brusco me pareció excesivo. Por

más sinceridad que él demostrara no debía inmiscuirse en mis asuntos privados ¿Cómo iba a permitírsele? Fue la primera vez que reprobé su conducta y sus excesos de economía.

—No te permito —le dije— que te erijas en juez acerca de la línea de conducta que han de seguir mis familiares. Son asuntos que sólo yo decido. Conque, vete a los Bancos y prepara los giros para el envío inmediato de ese dinero.

Acorralado por mi requerimiento, me pidió mil excusas, se hizo el muy afligido, y, ya sumiso, resolvió obedecerme. Sin embargo, comencé a sospechar que algo muy sucio debía haber en el fondo de todo aquello. Y haciendo alardes de cortesía con él, logre enterarme de lo que recelaba... Crispín había invertido —según dijo— todo mi capital en transacciones que la crisis bancaria hizo imposibles. Y lo más sorprendente del asunto es que yo mismo había firmado las hipotecas de un gran número de mis propiedades y el traspaso inmediato de otras a nombre de un fulano que ni yo conocía... ¡Era asombroso! Me había entregado, pues, en cuerpo y alma, con los ojos vendados. Y me hallaba de pronto frente a un hecho categóricamente irrefutable: ¡mi miseria integral!

La tos nerviosa no lo deja seguir.

—¡Cálmese usted! —le digo—. Trate de descansar.

Hace un esfuerzo. Respira. Vuelve a toser.

—Perdone —me dice—, es una asfixia que me ataca a menudo... Ya usted sabe... ¡el tabaco...! Los excesos traen estas consecuencias... (vuelve a toser)... Perdone... Ya verá hasta qué punto llegó la infamia de Crispín...

La tos vuelve a aferrarlo y lo estremece como a un pobre muñeco. Abre los ojos desmesuradamente. Respira hondo. Jadea.

Dejo de verlo, porque el rayo de luz ha iluminado las figuras del porche. Elena Cunha se aparta del jayán haciendo un gesto violento que desgrana su cabellera rubia: La roja polvareda la ciega unos instantes y echa atrás la cabeza para hacerla caer como cascada en sus hombros. Su voz resuena lúgubre:

—¿Hasta cuándo vas a seguirme, Amargo?

¿De qué modo te lo debo explicar? ¿No comprendes que siento repugnancia de tu lujuria absurda? Tú no eres más que un fajo de apetitos sexuales... Y no haces otra cosa que arrastrarte pegado a mí, olfateando mi huella inaferrable.

—¡Fuiste mía! ¡Debes serlo!

—Aquello fue una ilusión...

—¡No, Elena!... ¡Acuérdate!... Tú estabas sobre el césped, desnuda, iluminada por un rayo de luna... Te quejabas, te retorcías ansiosa... Me acerqué a ti... Sentiste mi aliento sofocante, despegaste los párpados, me viste... Nuestras bocas se fundieron en una... Nuestros cuerpos...

—¡No eras tú! ¡Era el de Amberes! ¡El otro!

—¡Ese murió!

—¡Mentira!

—¿Cómo he de convencerte de que era yo?

Esa noche fuiste mía. Vuelve a serlo. ¡Ven!

—¡Déjame!

—¡No! ¡Ven! Es necesario que tú le abras un cauce a mi torrente de fuego. Es un océano de lava, encarcelado, que desea abrirse paso...

—¡Que me dejes!

—Has de ser mía de nuevo!... ¡Tienes que serlo!... ¡Sí!

—¡Suéltame, bruto!

La luz vuelve a apagarse.

Notando mi interés, el viejecillo me dice:

—No tenga usted cuidado. Es lo de siempre. Viven así, engañándose...

Y explica:

—Cuando ocurrió la escena del jardín, ese infeliz creyó que Elena Cunha se le daba espontáneamente. ¡Qué ilusión! No había tal...

Lo miro atónito, sin comprender.

Agrega:

—Ella pensaba en el otro...

—Y como advierte que continuo perplejo puntualiza:

—¡El de Amberes!

—Explíqueme...

—Se trata de su primer amor...

Hace una pausa y prosigue:

—Lo fusilaron al estallar la guerra, pero ella cree que él vuelve, de vez en cuando, a sus brazos, como antes de la muerte... Así alimenta aquella vieja pasión, alucinada por el maléfico halo de la luna.... Por eso, aquella noche, estuvo a punto de entregarse al Amargo... Sólo inconscientemente, pues, al llegar el astro a su plenitud, ya ella no es dueña de sus actos... Presa de la influencia lunar, baja al jardín, desgarrá sus vestiduras, y se echa sobre el césped... Sufre entonces ese desdoblamiento que le falsea los hechos, y, sintiéndose nuevamente en Amberes se entrega al éxtasis en que convergen todas sus ansias hacia un sólo propósito: el anhelo de estar con el ausente... Cualquiera que la bese en ese momento tendrá para ella las facciones del muerto... Y, convencida de su ilusión, no esquivará caricias, besos y actos, por violentos que sean... Por tal motivo, podrá usted comprender que, mientras no salga el astro, Elena Cunha seguirá despreciando a ese babieca, pues lo verá como es en realidad, materia bruta, sin la máscara etérea con que ha de revestirlo su locura.

—Pero, entonces —le digo— si se trata de un caso de demencia, será ficticio lo del jardín, los árboles, el agua, y la creación de sí misma... ¿No dijo Elena Cunha que ella es un personaje de mi invención?

—Sería difícil explicarle ese asunto... Mire usted, conversamos y no nos entendemos... Pero, al fin y al cabo, no se olvide que una mente desviada...

—¡Ah, ya comprendo! ¡Bien claro está!

—¡No crea!

—¿Cómo?

—¡Un momento!... Para que usted comprenda la verdadera causa y razón del crimen es preciso que me oiga atentamente...

—Pero ¿qué diablos es lo que ustedes quieren? ¿Un abogado?

—¡Escuche!

—¡Diga pues!

—¿Por dónde íbamos...? ¡Ah sí!... Le estaba hablando de Crispín... Ese bandido socavaba las bases de mi fortuna con el mayor descaro, y, ríase usted, todavía yo no lograba entender... estaba ciego... Tenía como una venda sobre los ojos...

—¿Cómo se explica —le digo— que siendo usted un pícaro (¡perdone!) se dejara explotar?

—¡Precisamente porque estaba seguro de lo contrario!... ¿Cómo iba yo a pensar que un enten endeble como Crispín iba a robarme?... Convencido de que tenía en mis manos a los rufianes, me creía poderoso en ese mundo del hampa... Lo lógico — que sólo yo no vi— tenía que ser lo contrario... ¡Claro está!... Pues, a medida que me apartaba de esa canalla para hacerme hombre digno, más iba desprendiéndome de mi aspecto salvaje... La bestia que era yo perdía las garras, la pelambre, el hocico... Me volvía como el lobo de San Francisco, manso y bueno... Poco a poco dejaban de temerme... Sobre todo porque, vuelto a mis libros yo iba hallando mi auténtica personalidad reflexiva; recuperaba mi personalidad... Es muy lógico que ese renacimiento de mi espíritu me hiciera ser más puro y me alejara cada vez más del vicio... Pensaba ingenuamente que podía desprenderme de aquel oprobio con una lavadita de manos... Por eso me hice gente, me rehuí en mi villa, y (¡qué inocencia!) dejé a Crispín al frente de todo... Por supuesto, como él hacía las veces del lobo, representó su parte con tal acierto que le crecieron uñas, piel y hocico: Un lobo hambriento que devoró rebaños y pastores... ¡Con qué rabia me clavó los colmillos ese demonio! Me quería destrozarse. Tenía la saña del descuartizador. ¡Bah!... El muy bandido no contaba con que, al dejar mi aspecto de lobo, yo volvía a ser un hombre. Y, ya usted sabe, en todo

hombre se esconde un cazador... ¡Así fue!... Aquella noche, cogí el arma; salí; quedé al acecho; disparé... Jamás he oído mayor detonación... Aún me parece sentirla en los oídos... Ninguna droga despejará mi mente de ese estruendo...

Don Céfaros respira. Está cansado.

Se hace un corto silencio que interrumpe la voz de Elena:

—¡No puede ser! ¡Te engañas, te ilusionas, Amargo!... Si estuve entre tus brazos fue solamente porque creía que tú eras el otro... De no haber sido así, ¿Cómo supones que te hubiera besado con tanto ardor?... ¿Por qué motivo debía darme esa noche a un desconocido?... ¡Hubiera sido un absurdo!... Sobre todo, siendo tú un criminal... ¿No recuerdas?... Ibas en busca de mi esposo para matarlo... Ese era tu único fin... ¿Vas a negarme que estabas acechándolo y que cambiaste de idea cuando me viste, tendida allí desnuda?... Tu lujuria te hizo olvidar el odio y la venganza...

—¡Sin embargo, me lancé contra él!

—¡En qué momento lo hiciste...! ¿Olvidas eso? ¡Fuiste cruel!... ¡Tú no sabes con qué lujuria sádica esperaba mi cuerpo el estallido del goce... ¡Qué fuego ardía en mis venas!... ¡Agonizaba!... ¡Mi ser languidecía como las plantas en espera del agua!... ¿Te das cuenta?... ¡Me hacía falta la savia que fecundiza!... ¡Me la negaste!... ¡Torpe!... ¡Inútilmente me revolqué acezante sobre el césped!... ¡Sí, claro! ¡Tu venganza debía ser más urgente que mi terrible angustia insatisfecha!

—¿No debía protegerte? Yo pensé que...

—¡Mentira!

—Cuando sentí el acero...

—¡Lo sé! ¡Te defendiste!

—Pero, di, ¿era posible seguir allí, contigo, dado al placer, aún viendo como rajaba las tinieblas la hoja mortal? Tu marido nos hubiera clavado contra la tierra como a bestias en celo.

—¡Imagínate! ¡Qué bello hubiera sido el desenlace con esa muerte plácida!

—¡Cualquiera pensaría que estás loca!

—¡Sí, loca de infinito! En ese instante no te besaba a ti sino al amado de mi ilusión, y, por lo tanto, al morir, habría seguido con él, eternamente, como Pablo y Francisca: ¡Dos sombras que se besan en el espacio! ¡Qué glorioso final de escena para mi acto vital!

—¡Maravilloso! Tratándose del otro, ¿qué me importaba? Muerta tú, muerto él: ¡sombras en viaje! Pero el que iba a fallecer no era el otro, ¡era yo! Era mi carne la que sufría y sangraba al recibir las heridas... Para ti, yo era el muerto; para el arma, El Amargo. Y, desde luego, me hallé frente a un dilema claro y definitivo: o te salvaba del cadáver viviente que era Crispín, o, más allá de la vida, tendría que habérmelas con el espectro. Resultaba más fácil librarme de ambos. Por eso estuve a punto de matar a tu esposo. Quería echárselo al muerto como carnada. Pero alguien se interpuso. ¿Quién disparó?

—¡No sé! ¡Cállate!

El viejo reclama mi atención.

—¿Quiere escucharme?

—¡Siga!

—Me he adelantado a los acontecimientos... Para que usted se entere es necesario que yo le cuente todo, fecha por fecha, en orden, sin omitir detalles... No sé si ya le he dicho que construí una villa... Usted perdone... Mi memoria flaquea... Cuento las cosas sin la cronología necesaria... Me confunde la obsesión de Crispín... Ah, reconozco que era un hombre habilísimo, pues, antes de robarme, mejoró mis negocios... Y, además no lo niego, me atendía como si fuera un hermano... Y eso es lo doloroso, ¿comprende?... Veinte años de compañía agradable, consecutiva... Piense... ¡Una vida entera!... Parecerá increíble, pero así fue... ¡Veinte años!... Ni los sentí pasar... Aun advirtiéndole a usted que yo y Crispín disputábamos con frecuencia... Pero eran rachas, cosas de viejos... Claro, el viejo era yo... Me sulfuraba a menudo... Aun por las noches, Jugando al ajedrez...

—¿No le parece que se aleja del tema?

—¡Sí! ¡Sí! Tiene razón... Quería explicarle la pena que sentí al verme engañado por un hombre que era casi mi hermano... Pero lo de la ruina fue más tarde... Levanté, pues, la villa para mi nieta, con jardín y piscina... Quise crearle un ambiente adecuado a su juventud... Por sus cartas me había enterado ya de su acendrado romanticismo... Me hablaba de ciudades de ensueño: de Amberes, de Bruselas, de Brujas; de viejas catedrales bajo la lluvia; de los otoños grises y de las hojas que el viento hace viajar... Interpretando su sensibilidad yo le hice un marco digno de su belleza y de su espíritu... Me había comunicado que volvería muy pronto con sus padres, y que ella viviría en Villa Elena conmigo... Yo estaba contentísimo... Debía enviarles cuanto antes el dinero del viaje... No era poco lo que pedía la madre... Pero, ¿yo qué iba a hacer?... Necesitaba conseguir esa suma lo antes posible... Vendí (con la feliz intervención de Crispín) unas acciones... Envié el giro bancario... Y esperé con afán... Pasó un mes, dos, tres, cuatro... ¡y muchos más!... ¡No vinieron! Mi nieta me explicó la verdad: ¡Mi yerno se jugó en Monte Carlo todo el dinero!... ¡Ruín!... Me atacó tal acceso de rabia que me sentí de muerte... Estuve enfermo por varios días... Lo más curioso es que Crispín me atendió divinamente... Le confieso que, de no ser por él, no habría podido restablecerme... Y, aún más, tuvo el cuidado de no hacerme reproches de ninguna índole... Su mutismo me hubiera parecido excesivo en otro momento pero entonces lo preferí a su charla... Me dejaba estar solo, lo que era una fortuna, porque así me era fácil reflexionar... Desde luego, me hice el firme propósito de no hacer más remesas inmerecidas... Para mi nieta, sí... La pobre vivía sola en Amberes. Prefirió estarse allí, porque a su padre no lo podía sufrir ni resistía las andanzas de tren en tren. Olvidaba decirle a usted, que, con la carta, Elena me había enviado unas fotos, en las cuales se la veía bellísima... Crispín, al contemplarlas, quedó pasmado... No hacía más que mirarlas... Y todo era exclamar: ¡Qué maravilla! ¡Qué encanto!...

Se le hacía agua el hocico... Yo recuerdo que, al verlo manosear aquellas fotos, le dije: “¡Dame acá, viejo verde!”... Lo dije en son de broma, claro está; pero él se sulfuró; tomó las cosas en serio... Y, yo, que estaba de buen humor, insistí: “Ya tú sabes que no se ha hecho la miel para la boca del asno”. ¿Para qué dije aquello? ¡Hubiera visto que ofendido se puso! Me contestó: “¡Del asno, no, don Céforo; pero del lobo, sí!” Y, remedando una carcajada sarcástica, me dio la espalda y se fue... Dejó pasar varios días sin dejarse ver... Yo, entusiasmado por la falsa llegada de mi familia, había dejado pasar el tiempo sin enfrentarme a mi derrumbe económico. De repente cayó como una bomba la noticia de la declaración de guerra... Se desencadenaba otra hecatombe como la del catorce... La historia se repetía... Los alemanes invadirían a Bélgica... Su poderosa maquinaria de guerra sembraría la barbarie a su paso... Se mencionaban ya las violaciones de niñas inocentes, los desmanes contra pobres ancianos, la matanza de poblaciones enteras, la ignominia, el espanto... Era de nuevo el desencadenamiento de su furia contra la civilización; el odio absurdo negando la cultura, aniquilándola, borrando toda huella de espiritualidad... Ya puede usted imaginarse mi angustia, con Elena en Amberes. De los otros no recibía noticias; pero había que salvarlos... Me quedaba la Villa... No tuve más remedio que hipotecarla en condiciones desventajosas... ¿Qué iba a hacer?... Lo importante era reunir el dinero... En eso estaba, cuando supe lo del desastre... Parece que mi yerno colaboraba con organizaciones nazis... Cuando lo sorprendieron, estaba con la esposa. Murieron ambos al querer escapar...

Un acceso de tos lo convulsiona.

—¡No se afane! —le digo—.

Se echa hacia atrás jádeante.

Las siluetas de Elena y de El Amargo se hacen notar de nuevo.

La voz de él suena sorda, febril:

—Escucha, Elena: Si el odio y la venganza pudieron más que el goce fue porque me embargaba el sufrimiento del suceso

reciente. No me has querido oír, y es necesario que estés más al corriente de la verdad. Si tú pudieras ponerte en mi lugar, si hubieras visto cómo murió Camila... Era tan joven... Y era mi única hermana, ¿comprendes?... Creció casi en mis brazos... Por eso la quería más que a mi madre... La hubieras visto... Parecía una torcaz... Tenía el encanto de su alocada adolescencia... Saltaba siempre... Cantaba... No hacía más que jugar... Y, sin embargo, ¡que dedicada a sus estudios!... Por las noches, a la luz de la lámpara de petróleo, ponía al día sus cuadernos, aprendía sus lecciones, recitaba sus versos... Yo a veces no salía por las noches sólo por agradarla... Me contaba sus cosas, sus temores, sus pequeños percances escolares... Yo me sentía feliz con La Macksita... Yo la llamaba así... Debes saber que, entre nosotros, gente del pueblo, ciertos nombres resultan agradables y se adoptan sin ton ni son... Por ejemplo, yo soy Miguel Camargo, pero mis compañeros me llaman Mack Amargo... Dicen que ando amargado... Puede que sea verdad... Desde pequeño no supe de otra cosa que de amarguras. No creas que soy un “Mack”.

Hace una pausa y sigue:

—Mi madre era mesera de cabaret... Yo no he sabido quién fue mi padre... Algún soldado o algún marino torpe... Quién sabe... A lo mejor, un canalla... Polvo de otras naciones, mala simiente que empuja a nuestras playas la ventolera... Las puertas del Canal abrieron cauces para el bien y el mal... Sea como sea, mi madre se defendía a su modo... En ese tiempo no se ganaba mucho en los cabarets... Es posible que ella fuese poco hábil. Hay oficios que requieren perversidad y bajezas... Yo voceaba periódicos y tenía que esperarla en la cantina hasta horas bien avanzadas de la noche... Recuerdo que por dormir tan poco, sentía una sed de sueño nunca saciada... En el colegio me adormilaba siempre... Mis notas eran bajas. Así crecí... Una noche vi salir a mi madre del cabaret con un señor elegante... Se fue con él en auto... Inútilmente la esperé desvelado... Volvió de madrugada, borracha... Desde ese día, mi madre no tuvo paz...

Andaba siempre con él... Le soportaba groserías y desplantes... Ahora veo la razón de su entusiasmo tardío... Embrutecida por la vida tediosa del cabaret, ella, la pobre, necesitaba asomarse a un mundo nuevo, a una ventana romántica... ¡Pobre ilusa!...

La abandonó cuando ella más lo necesitaba... Los mismos vientos que lo trajeron se lo llevaron... Ella, encinta, no tuvo más remedio que abandonar el cabaret mientras llegaba el encargo... Fueron días de zozobra que no hace falta recordar... Nació una niña... Mi madre no se sintió afligida... Al contrario, se la notaba alegre... Aquella niña le auguraba ternuras que la obsedían... Volvió al trabajo con mayor entusiasmo... Yo cuidaba a Camila, y poco a poco, la vi crecer entre mis brazos... La responsabilidad me hizo sentirme más hombre... Me tocó hacer de padre... Por eso me agradaba verla crecida cuando ya iba a la escuela y recitaba sus versos de memoria... Era una personita con veleidades... Yo, en cambio, un haragán sin estudios... Me ganaba la vida a salto de mata... Y así íbamos viviendo... Hasta que vino la racha de bonanza... Comenzaban las obras de las nuevas esclusas para del Canal... Faltaban brazos... Y me enganché en las filas de obreros... Venían de todas partes... Los nuevos vientos de auge acumulaban sobre el país la más extraña hojarasca... Renacía esa Babel que es el destino de Panamá: ¡Crisol de razas, puente del mundo, el Istmo gira como ruleta... al rojo... al negro... a lo que diga la suerte!

Hace otra pausa y prosigue:

—Ya mi madre no se sentía muy bien... Aquella vida la había acabado... La existencia del cabaret obliga a excesos que al fin y a la postre traen consecuencias malas... La vida nunca olvida estas cosas... Sabe vengarse bien... Y, además, ya Camila era chiquilla de bailes, de modo que mi madre abandonó el cabaret... Mi salario nos permitía existir... Hacíamos vida vegetativa, en una casa de vecindad, de esas que están por El Chorrillo... Camila salía de vez en cuando con sus amigas... Se divertía a su modo, pero sabía cuidarse... ¡Era admirable!... Al

lado de ella se nos hacía más grata la vida... Un día, a mi madre la atacó un mal extraño... No sé qué... Consecuencia de su vida azarosa... La llevé al Hospital... Languidecía... Y, para colmo de males mi impaciencia me hizo perder el puesto. Trabajaba en el *rol de plata*... Los gringos, ya tú sabes, se desviven hablando de buena vecindad, de buen trato, *new deal* y otras cosas; pero, con todo y eso, nunca olvidan las discriminaciones raciales: Los blancos, por un lado; por el otro los negros... En eso no transigen... Y los blancos son ellos; los demás somos negros, gente ruín, *rol de plata*... para ellos, buena paga, comodidades, todo; para nosotros, nada, sólo faenas duras bajo el sol, bajo el agua... — Trabaja, come... ¡y muérete!

Respira fuerte y sigue:

—Como yo estaba inquieto, mortificado, ansioso, no soporté el *buen trato*... Me rebelé... Me echaron... ¿Qué hacer?... Anduve errante, *amargado*... Me angustiaba la enfermedad de mi madre... Por fortuna, la falta de un salario, en ese tiempo, no era como para desesperarse... Había dinero y era fácil ganarlo... Para el Istmo la guerra significó abundancia... De las nuevas esclusas llovía sobre nosotros un torrente de dólares... Surgían nuevos negocios... Por las calles deambulaba la gente ávida de placeres... No había casa que no abriera sus puertas para nuevas cantinas... Se construían hoteles para los blancos; cabarets lujosísimos; casas de citas; burdeles clandestinos; fábricas de aguardiente... ¡El maremagnum!

La luz de los anuncios —verde, roja— se proyecta a intervalos sobre su rostro ya sudoroso. Se enjuga con la manga y prosigue:

—Me hice chofer de *chiva*. Mi automóvil era un bus pequeño, pero era tal la aglomeración de pasajeros que el público prefería aun apiñarse con tal de hacer el viaje. El negocio me producía bastante y ahorré algunos realitos. Mi hermana y mi mamá estaban contentas. Comenzamos a vivir con holgura y hasta hicimos proyectos para el futuro. Pensábamos comprar un

terrenito; construir una casa; criar gallinas... y otras mil tontearías que uno imagina cuando le sobran dólares...

Nota un gesto de Elena, y se apresura a explicarle:

—Te extrañará, sin duda, que hable de dólares... pero, ¿qué?... es muy difícil decir balboas... Me produce la impresión de algo irreal... Y, además... (¿por qué debemos negarlo?) lo que íbamos ganando no eran balboas. Eran dólares. Dólares de la Zona. Dinero americano que nos caía a manos llenas... Diluvios de billetes con la efigie de Washington... Monedas con el águila... Mil níqueles con el indio y el búfalo... Las arcas del Tío Sam se derramaban para fines de guerra... Y el chorro era tan grueso que salpicaba... Nos caían en el Istmo algunas gotas —muchedumbre de gotas que muchos recogían avaramente, sedientos— ... Yo me cegué. No tuve escrúpulos en gastar mi dinero con prostitutas... ¡Habían llegado tantas al Istmo! ¡Mexicanas, cubanas, argentinas... de todas partes las había!... Mujeres rubias, de ojos verdes, perversas, habituadas a sacarle a uno el oro muy lindamente...Y, además, había el *chance*, la lotería, los tragos, la hípica, y otras mil diversiones... De manera que lo que yo ganaba con mi sudor diluía sin que me diera cuenta... *La Macksita* mi hermana, se oponía al despilfarro... ¿Ya te dije que era una señorita de doce años? ¡Bonita! ¡Graciosísima!... Sabía atender la casa. Me esperaba con la comida lista, y cuidaba a mi madre en el Hospital... Sin embargo, como aún era tan joven, se la había encomendado a una vecina que regentaba el edificio. Era una vieja prieta a quien llamaban La Bruja porque hacía ensalmos. Más negra que Mandinga, chancletuda, melosa, gran alcahueta y vendedora de rifas clandestinas... A pesar de todo esto, como hacía buenas migas con *La Macksita*, dejé que la cuidara por ser nuestra vecina más próxima. En mala hora se me ocurrió. ¡Vieja pícara! Ella tuvo la culpa de lo que sucedió. Estoy seguro de que sin su hábil medianía, ese bandido de Crispín seguramente no se hubiera atrevido a hacer lo que hizo. Sólo siento no haber podido ahogarlo como intenté. Habría querido

convertirlo en masa vil, tumefacta; pero era resbaloso como un reptil. Se deslizó de mis manos... Me mordió, ¿sabes tú? Aquí en el brazo, me ha quedado la marca de sus colmillos, odioso estigma que irá conmigo hasta la fosa común.

—Dices que amabas tanto a tu hermana, sin embargo, el dolor de su muerte no te ha evitado seguirme a todas partes.

—Los dolores del alma —le responde— al igual que los dolores del cuerpo se apagan pronto; a lo sumo nos dejan en el ánimo una huella muy leve que se disuelve en una suave nostalgia... Lo que no muere nunca, lo que renace, es el deseo irrefrenable... ¡Por eso te persigo!... ¡Seré tu sombra mientras no me permitas saciar mi sed!... No solamente por lo que se refiere a mi instinto, sino por lo que atañe a mi amor propio que ahora se siente como llevado en la berlina... ¡Si supieras que humillación me oprime: la certeza de haber abandonado a una mujer pronta al goce y al margen de la dicha!... ¡Y aún pretendes que pueda resolverme a dejarte!... ¡Eso nunca!... ¡Con lo que te has debido reír de mi sandez!... ¡Siempre recuerdo tu risa escalofriante!... ¡No quiero oírla más!... ¡Sería terrible!... ¡No podría resistirla!...

La luz cambia de sitio.

Dejo de ver las formas de El Amargo y de Elena.

Don Céfaro prosigue:

—Cierta tarde recibí un papelito... Era mensaje sin firma... Me llamaban del Hospital... ¿Quién sería?... Se notaba que era alguna mujer... Pero, ya usted comprende, yo estaba atribulado sabiendo que mi nieta corría peligro en Amberes... Debía enviarle dinero lo antes posible... Ya me la imaginaba entre las garras de esos terribles nazis, maltratada por la Gestapo, ¡que sé yo!... Pero, espere... me olvidaba decirle que lo de la hipoteca sobre la Villa y las demás transacciones las realizó Crispín con el apoyo de un tal Gaitán... Me decía que era un amigo de infancia... ¡Ya verá qué patraña!... Pero, vamos al grano... Envié el dinero a mi nieta, y me sentí más tranquilo... Cables van, cables vienen... La guerra continuaba... La horda nazi corría amenaza-

dora... Vino el desastre de Dunquerque... Y, a todo esto, yo no tenía noticias de Elena... Cayó París, ¿recuerda?... La línea Maginot fue una mampara ridícula... ¿Qué sería de mi nieta... Yo estaba desolado... El Ministerio de Relaciones no supo darme noticias... La Embajada, tampoco... Me imaginaba a Elena entremezclada con los sabotadores... Ya sabía, por sus cartas, que era antinazi... Y era de suponer que fuese excéntrica como la abuela... Y, siendo así... ¡Acabemos!... Recibí al fin un cable en que decía que vendría por Génova... ¡Menos mal!... Pero, qué interminable me pareció ese viaje... Soñaba con el barco... Lo veía hundiéndose al impacto certero de los torpedos... ¡Una gran explosión!... De la humareda salía mi nieta saludándome con un pañuelo... Yo le decía: “¡Muchacha, ven ligero! ¿Qué esperas?”... Ella intentaba huir... Le disparaban... “¡Corre, Elena!”... Pero ella no podía aproximárseme y se alejaba hacia Bélgica... —“¿A dónde vas?”... Y oía su voz lejana que gritaba: “¡A Dunquerque!...”

—Usted me dijo que recibió un mensaje del Hospital, ¿no recuerda?

—¡Ah, sí!... Lo había olvidado... Cada vez que recuerdo aquellos días me trastorno... Le decía... ¡Sí!... El mensaje... Como estuve atareado, me distraje y no asistí a aquella cita... Más tarde, recibí un nuevo aviso... Se me llamaba con urgencia... Y, aun sin saber quién era la persona, resolví complacerla... Por cierto el Hospital no me quedaba distante, e hice a pie el recorrido... Recuerdo que las calles estaban inundadas de sol... Los periódicos anunciaban nuevos avances nazis... Ya Hitler había invadido Polonia, Dinamarca, Noruega, y otras tierras. Nadie podía frenar ese torrente de maquinaria bélica... Yo pensaba en Elena mientras recorría el camino hacia el Hospital. Ya le he dicho que irradiaba un sol fuerte. Los árboles de acacia no daban sombra. La brisa, al remecerlos, les desprendía las flores, y todo el pavimento se cubría de pétalos purpúreos... Cuando llegué al final de la calle noté un tejemaneje de gente que corría de

un lado a otro despavorida... Supe que un toro bravo había logrado escaparse del corral. ¡Lo de siempre!... De pronto vi al animal en fuga. Se debatía furioso... Los vaqueros trataban de atajarlo. (¡Por aquí! ¡Por allá!) Bufaba ansioso y se veía acorralado por la chiquillería que iba arrojándole piedras... Las mujeres (que nunca han de faltar) chillaban presas del pánico cada vez que la bestia, enloquecida por los ladridos, arremetía contra alguien... Recuerdo que aquel toro furioso me hizo pensar en Hitler. Lo había visto en un diario, caricaturizado, todo erizado de armas, convertido en una furia satánica, arrasando poblaciones tranquilas, indefensas, pacíficas... Sentí un escalofrío... Me vi en los cuernos de aquella fiera... Sentí terror... Y, no queriendo arriesgarme, monté en un autobús que me dejó algo distante del Hospital... Llegué cansado, pero, ¡qué fresco me pareció el recinto de espera!... Había bastantes pacientes de caridad... En la carta se me indicaba el número de la cama.

—Sala 3. —me dijeron en la oficina.

En ese instante llegaba un policía con un herido todo bañado en sangre. Pensé que a lo mejor era una víctima del toro. Pero Supe en seguida que se trataba de un caso muy corriente.

—Llegan muchos —me dijo una enfermera—. Se emborrachan en las cantinas, y, de repente, por el menor motivo, se agarran a puñetazos, y se destrozan... ¡Da pena ver la forma como malgastan el dinero!

Un hombre dijo:

—¡Ya nunca volverán tiempos como éstos!

Y otro agregó:

— ¡Sólo los ricos aprovechan!

Me alejé, avergonzado, recordando mis épocas mejores.

Cruzando el corredor sentí el tufillo del cloroformo con tal intensidad que estuve a punto de arrepentirme... Topé con enfermeras, empleados, médicos... Y, ya en el ascensor, sentía un calor pegajoso, desagradable, pues, aun estando lleno dio todavía cabida a un subalterno con una cesta enorme de ropa lim-

pia... Por fin me hallé en la sala de caridad... La enfermera me indicó a la paciente... ¡Me pareció tan pálida!... (¿Quién sería?)... Ciertamente yo no la recordaba... Susurró con afán:

—¿Sabe quién soy?

Y yo no supe qué contestarle. No le ha tocado a veces hallar personas que lo detienen a uno por la calle y que, partiendo de un abrazo efusivo, nos preguntan al notar nuestro hielo: ¿Qué te pasa? ¿No te acuerdas de mí?... Pues eso mismo me sucedió frente a esa pobre paciente... Lo notó... Vi en sus ojos la gran desilusión... Si me detengo en todos estos detalles al parecer insignificantes es porque se han grabado en mi memoria, han resurgido vívidos desde la hora del crimen, y, además, porque me parece que ellos forman la médula de los hechos... ¡Bien!... Para no cansarlo le dije:

—Usted perdone...

—Sí ya veo... —me repuso—. Debo estar muy cambiada... Y, además, sin pintarme... Pero, usted sí se acuerda de “El Gato Negro”, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

Me hacía volver, de golpe, a mi olvidada vida de oprobio... “El Gato Negro” fue uno de los diversos cabarets que yo surtía y frecuentaba... Tenía en él varias chicas bajo mi tutelaje contractual... Y todas ellas me pagaban como una especie de tributo que me debían por el simple hecho de traerlas a Panamá, vasallaje que me daba ocasión para obligarlas a vender drogas... Pero, habiendo pasado tantos años de aquello, ¿Cómo me iba a acordar?... Comprendí, desde luego, que aquella pobre enferma debió ser una de éstas. Pero, ¿cuál? ¡Eran Tantas!

Comprendiendo mi duda, puntualizó:

—Una noche se formó un tiroteo... ¿No recuerda que se escondió en mi cuarto? Me sorprendió... vistiéndome.

—¡Ya caigo! ¡Moniquita!

—¿Cómo he cambiado? ¿Es cierto?

Traté de consolarla.

—Se te ve decaída —le dije—; pero no es cosa de afligirse... Ya verás que muy pronto volverás a estar buena y tan bonita como antes... ¿No será nada grave?

—Parece que es agotamiento nervioso... También...el corazón...

—¡Mucho cuidado entonces!

—¡Lo sé! El Médico ha dicho que cualquier impresión...

En ese instante, se aproximó a la enferma una chiquilla.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿No saludas?

—Buenas tardes, señor.

—Esta es mi hijita Camila.

—¿Tan crecida? —repuse.

Y agregué:

—Me parece que tú tenías un hijo.

—¡Claro! Por eso mismo lo llamé a usted.

Pensé que iba a pedirme dinero o un empleo. Seguramente lo notó en mi semblante, porque se apresuró a tranquilizarme:

—Gana mucho dinero, pero es algo alocado. Todo lo gasta... Es claro que puede disponer de su dinero como le agrada, para eso es hombre, pero es una injusticia que yo esté en esta sala de caridad cuando él pudiera tenerme bien...

—¡Sí! ¡Sí! —dijo la niña.

—¡Tú, cállate!

—Pero, mamá... Lo bota con las mujeres... Y se emborracha siempre... Los amigos son los que lo han perdido. ¡Era tan bueno!

—Sí, eso es lo que más siento... Mire usted, señor Céfaró, mi hijo Miguel se ha criado modestamente... Era muy serio... Me aconsejaba desde pequeño... Parecía un hombrecito. Y ni aun siendo mayor me dio motivos de queja... Pero es en la bonanza cuando se ha descarriado... ¡Imagínese!, como ahora en Panamá abunda el dinero por causa de la guerra, se ve con los bolsillos llenos de dólares y le ha entrado el afán de divertirse en esos sitios que yo conozco. Al principio todo anduvo al dedillo... Guar-

dó algunos centavos... Hacía grandes proyectos para el futuro; pero, el oficio le granjeó los consabidos amigos que nunca faltan... Comenzó a emborracharse le dio por la hípica... frecuentó los burdeles... y ya no hubo maneras de contenerlo... Menos mal si solamente fuera eso... Si no quiere atenderme, no he de quejarme... Ya se arrepentirá... Lo que me aflige es el ejemplo que le da a esta niñita... Lleva allá a los amigos... Se emborranchan... Y ya usted sabe lo que puede pasar... Si por lo menos estuviera yo en casa... Usted ve, ya Camila está bastante crecida... Puede ocurrir una desgracia —¡Ni Dios lo quiera!—. Por eso lo he llamado... Ya usted sabe lo que es aquella vida de cabarets y vicios... Deme usted un consejo... ¿Qué debo hacer?... Por lo menos, cuídeme a Camilita mientras salgo... No sé... ¡Tengo una angustia!... A veces pienso que...

Se echó a llorar.

—¡Pero, mamá! ¡No te aflijas! ¿Qué va a pasarme?

—¡Cálmate, Moniquita! ¡No seas tonta! —le dije—.

Desde luego, le prometí ocuparme del asunto. Yo hablaría con Miguel. Haría un intento por corregirlo. Y, si era inútil, cuidaría de la niña. ¡Cómo no! Y hasta creo que le prometí llevarla a casa cuando Elena llegase.

Les pregunté:

—¿A qué hora puedo hablar con Miguel?

—Generalmente va a almorzar a las doce —dijo Camila—. Durante el día es formal. Miré la hora en mi reloj. Eran las once pasadas. Resolví ir en seguida.

—¡Hay que apurarse! ¡Acompáñeme! ¡Vamos a hablar con él!

Por el camino, ya en el bus, me explicaba sus pequeñas angustias. Se confundía. Reía. Movía los rizos de un lado a otro. Me daba golpecitos en el brazo. Y desprendíase de ella tal simpatía que hacía volverse a los viajeros para mirarla. No sé por qué esa niña, de piel cobriza y de mirada inocente, me hizo evocar horas lejanas, dándome la impresión de que era mi hija... Y hasta pensé que a lo mejor esa noche que yo pasé con Moniquita...

Pero, ¡no! ¡Era imposible! Sabía que no era así. Estaba seguro. Y, sin embargo, yo no podía negarme a esa afección bondadosa que me impulsaba a amarla como a algo íntimo, propio.

Llegamos a la casa. Miguel no estaba.

—Puedo esperar —le dije.

Y me senté. Camilita me mostró sus cuadernos, sus tareas, sus dibujos. Muy limpios, cuidaditos, con calificaciones muy altas. Se notaba el cariño que sentía por la escuela.

—Quisiera ser maestra para enseñar.

—¡Por supuesto! —le dije—. Serás una maestrita muy diligente.

A mis espaldas sonó una voz chillona.

—¡Qué milagro, don Céfaró!

Me volví sorprendido. Era la vieja Sabina, negra ducha en enredos. La había conocido, tiempo atrás, siempre escurriéndose por los burdeles, ofreciendo sus rifas, ungüentos y otras cosas.

—¡Eh, Sabina! ¿Qué haces aquí?

—Vive al lado —dijo Camila.

—Yo soy la cuidadora —arguyó ella—. Me coloco Crispín.

Aquel asunto no me agradó. La tal Sabina me repugnaba. Como la conocía, no dudaba de lo que era capaz. Pensé en seguida: “A esta niñita hay que sacarla de aquí”. Pero las cosas a la carrera no resultan. Tenía, primero, que entrevistarme con su hermano. Sin embargo, mientras llegase Elena lo más cuerdo era alejar a Sabina de aquella casa. No sé si ya le he dicho que el edificio en que vivían era mío. Lo administraba Crispín.

—Mira, Sabina —le dije—, esta niñita queda bajo mi amparo. No quisiera que tuviese tropiezos. Si el hermano no paga, no te preocupes. Le dices a Crispín que yo respondo. Yo hablaré con Miguel.

—¿Ya se va usted? ¡Qué lástima!... ¿Cuándo regresa? —me preguntó Camila—.

—Mañana, muy temprano, —le contesté—.

—No se olvide —me dijo—.

—No mijita, no me voy a olvidar.

Pero, mi amnesia, ¿sabe usted? Yo siempre he sido víctima de la amnesia. Las fuertes emociones hacen en mí un efecto de borrador. Lo olvido todo. Mi cerebro se nutre del presente y vive al día como las esponjas... Por eso, cuando llegué a mi casa, aquella tarde, y leí un cable en que Elena me anunciaba su llegada en el avión de ese día, cerré los ojos y no pensé en otra cosa que en ir a recibirla... Lo demás lo olvidé. Fue tan intenso mi júbilo, que todos mis propósitos se dispararon. Tal como si una mano borrara de mi mente los nombres de Camila, de El Amargo y de Mónica...

El Mack y Elena, han escuchado las últimas palabras del viejo.

Se aproximan.

—Cuando volví esa tarde —dice El Mack— noté a Crispín en el zaguán de la casa. La expresión que se reflejó en su rostro al verme me hizo pensar: “Este viejo viene a cobrarme”. No obstante, vi en su aspecto una actitud diferente de la habitual y que lo hacía parecer un búho al sol. Traía en los labios una sonrisa equívoca... Yo había frenado el auto y lo esperaba sin soltar el volante... Se me acercó melifluo:

—¿Qué tal, Miguel Camargo?

—¡Pasándola!

—¿Y esos negocios?

—¡Chébere!

(Nosotros los chiveros hablamos raro. Y en la jerga que usamos, decir chébere significa *¡Muy bien!*) Me dio en el hombro una palmada.

—¡Magnífico!

—Si quiere que le pague, le puedo dar un adelanto —le dije.

—Y, aunque hizo un gesto vago como diciendo “Déjalo”, lo vi frotarse las manos, lo cual significaba satisfacción de su parte. Saqué varios billetes y se los di.

—Aquí tiene. Una quincena. ¡Cuéntelos bien!

—¡Oh, no hace falta! —dijo, pero los fue contando, muy lentamente, con los dedos, con el hocico, y... (¡es sorprendente!) los contaba también con el olfato. Me daba la impresión de que iba oliendolos para ver si eran buenos... ¡Muy bien, hombre, muy bien!... ¡Billetes nuevos! ¡Soberbios! —me decía, y, aún dudoso, les echaba un vistazo al trasluz—. ¡Nuevecitos! ¿De dónde sacas tantos. ¿Tienes acaso minas? Pero, te has molestado... Yo no venía a cobrarte...

—Haberlo dicho...

—¡No! Está bien... Ya que has pagado... Mejor es ir cumpliendo... Pero... quería decirte que... ¿tú sabes?

—¿Yo? ¡Nada!

—Por eso te lo digo. El viejo chocho estuvo aquí.

—¿Quién?

—¡Don Céfaró!

—¿A mí, qué?

—¿No te das cuenta? Don Céfaró es un rufián profesional. No ha hecho más que eso en su vida. Forjó su gran fortuna vendiéndole muchachas a los burdeles... Traía del Interior cholitas sanas, sencillas, inocentes... Las adiestraba un poco... Se distraía con ellas... y las lanzaba al mundo como diciendo ¡ahí va eso!

—¿Qué me importa su vida? El es el dueño del edificio. Habrá venido a verificar las cuentas que usted le rinde. A lo mejor...

—¡Estás loco! ¿No ves que el viejo verde le ha echado el ojo a tu hermanita? Estuvo hace poco con ella... Debes tener cuidado.

Al oír tal infamia, la sangre se me subió a la cabeza. Era tan grave lo que el viejo decía que era imposible creerle. Crispín, ducho en insidias, me había asestado un golpe certero, pues recordé la vida de miserias de mi madre, explotada de cabaret en cabaret, esclavizada por el otro rufián. Igual destino le tocaría a mi hermana si yo no me oponía. De la rabia se me crisparon los puños, y hubiera cometido un despropósito si Crispín, repitiendo sus consabidos gestos conciliatorios, no me hubiera calmado, susurrándome:

—No seas atolondrado... Yo me encargo de todo... Si vuelve acá, amenázalo. Entre tanto, yo le diré a Sabina que proteja a tu hermana... ¡Vamos arriba!

Subimos.

Y al llegar al pasillo, me suplicó:

—Ten calma. Es preferible que no amenaces a Camila. Puede ser contraproducente. Sería mejor la más completa reserva.

En efecto, no se habló del asunto. Crispín envió a la vieja por unas cuantas cervezas y charlamos en buena paz... Después de aquello, el viejo Céfaro no volvió... Crispín me dijo que él lo había disuadido... Pero, en los días subsiguientes, fue Crispín el que siguió visitándonos con el menor pretexto. Parecía un buen amigo. Y hasta le hizo a mi hermana un gran regalo de Navidad. Desde esa fecha nosotros lo llamábamos Papá Crispín. También Sabina se volvió más solícita y cariñosa. ¿Quién iba a imaginar que entre los dos tramaran aquella infamia?

El Mack Amargo deja de hablar. Se sienta silencioso; cruza una de las piernas sobre la otra, y apoya en ella el codo: sobre el puño coloca su mentón de maxilares potentes.

Elena Cunha, abstraída, con las pupilas fijas como en algo invisible, prorrumpe:

—Fue en Amberes... La brisa del otoño desprendía de los árboles innumerables hojas amarillentas que iban cubriendo el césped... Me agradaba vagar de tarde en tarde por uno de los parques de la ciudad... Solía sentarme en una banca apartada, y deleitábame viendo caer las hojas errantes, vagabundas... Esa vez me dirigía al rinconcito de siempre cuando vi, sorprendida que un extraño se me había adelantado... Mi primera impresión fue de disgusto... Me creía con derechos sobre aquel sitio y me chocaba ser defraudada por aquel solitario desconocido... Era muy joven; vestía todo de negro; y su sombrero de ala ancha me impedía verle el rostro... ¿Quién sería?... ¿Qué tramaba?... Pensé que a lo mejor ya conocía mi costumbre de ir sola a ese lugar y estaba allí acechándome para raptarme... Mi cerebro fantásti-

co, preñado de lecturas terroríficas, me hizo verme enredada en un escándalo policíaco... Me hallé súbitamente maniatada en algún sótano oscuro, sufriendo la amenaza de un maniático, que, paulatinamente, iba arrojando sobre mí sus puñales de hoja certera... Veía llegar de pronto la policía... Sonaban tiros... Y me salvaban...

—Buenos días, señorita. ¿No me recuerda?

Me lo vi de repente junto a mí. Al descubrirse, pude apreciar su rostro jovial. Sobre sus ojos le caía una guedeja de cabello que él se echó atrás de golpe. Una elegante chalina negra flotábale en el cuello. (¿Era poeta? ¿Pintor?)

Las palabras le salían temerosas.

—Si no me engaño —dijo— conversé con Ud. en la Exposición Surrealista.

Lo miré con sosiego. Aquel semblante no me era familiar. Esa mañana conocí a tantos “genios”...

El insistió:

—Le mostré mis trabajos... Soy Ninski, el escultor... ¿No me recuerda?

Caí de golpe.

—¡Claro! ¡El escultor comunista!

—Baje la voz —me dijo—. ¡Es peligroso!

—¿Por qué? ¿No hay libertad en Amberes?

—No tanta ya... El nazismo se infiltra poco a poco por todas partes. Ya la quinta columna es un sistema perfectamente organizado... Se ha extendido hasta América. Lo raro es que Inglaterra deje correr las cosas... Desde el pacto de Munich, en el que Chamberlain, Deladier, Hitler y el Duce cedieron a Alemania el territorio Sudete sacrificando de esa manera a los checos en beneficio de una paz falsa, ¿qué barreras resistirían al Führer?... La guerra es inminente... El odio nazi volará sobre el mundo... Nosotros los judíos no hallamos tierras donde vivir... Mi nombre y mis ideas hacen pensar que soy ruso, pero yo soy de aquí, soy ciudadano del mundo, y, hasta ahora era feliz en Amberes,

pero dentro de poco no tendré más remedio que preparar mi viaje hacia las Américas... Por allá aún es posible vivir tranquilo... Por acá ya hemos perdido la paz... Las hordas nazis no respetan a nadie, mucho menos a los Judíos... Comenzaré por refugiarme en París... Es posible que la línea Maginot los contenga...

Aquel hombre me subyugó en seguida... Desde entonces viví para él... Me olvidé de mí misma y me pasaba en su estudio horas enteras entre figuras de yeso que me miraban con sus pupilas blancas... Quiso hacerme una estatua y, ¡por supuesto! yo le posé desnuda, someténdome a sus más nimios caprichos... Quería plasmar el alma musical de las cosas con la materia dúctil... Yo tenía que servirle de modelo todas las noches tocando mi violín bajo la luna... Y lo más sorprendente era que la obra iba surgiendo a su antojo... Era un gran torso de concepción compleja cuya cabeza medusea salía del vientre significando el nacimiento del ritmo... La idea de Ninski era plasmar la síntesis del ser humano creador en la figura de una mujer desnuda que le arranca al violín su nota amarga —nuestra angustia presente—; pero insistía a la vez en sugerir todo el ambiente lunar que me envolvía. Ninski intentaba —según pude entender— desintegrar la materia hasta llevarla a la compleja abstracción, dando la idea del infinito con multiplicidad de curvas yuxtapuestas en espirales difuminadas. Anhelaba la exaltación del sexo en esa extraña combinación de formas...

La pasión nos cegó. Nuestros dos cuerpos desnudos —en el jardín lunado bajo los pinos— formaron un tupido enmarañamiento del cual salían —a ratos— nuestras almas a respirar el aire de las ideas... A todo esto, la guerra había estallado. Un mar de fuego caía sobre Polonia. La maquinaria nazi iba aplastando a Dinamarca, Noruega, Holanda. La ofensiva relámpago arrollaba pueblos y pueblos. Y los cielos de Bélgica temblaban de expectación. Era preciso escapar. Ya no había tiempo que perder. Pero, ¿cómo intentarlo? Todos los puestos estaban reservados en los aviones. Los andenes del tren bullían de pánico en

movimiento. La gente se apiñaba en racimos. ¿Cómo huir? Necesitaba salvar a Ninski a toda costa. Yo sabía que los nazis no le perdonarían su procedencia judía. Ya imaginaba la blitzkrieg infernal sobre Amberes. Veía caer del cielo como moscas, a los paracaidistas. Tenía que apresurarme. Sin embargo —parecerá increíble—, Ninski no demostraba la menor inquietud. Le preocupaba más el resultado de su obra. Había vaciado la forma en yeso, y apenas le faltaban algunos toques finales. Era inútil que le hablara del viaje. Parecía ausente. Sólo pensaba en su obra.

Un periodista yanqui, amigo de ambos, Joe Hall, quien siempre andaba con nosotros, me sugirió una forma que facilitaría el viaje de Ninski. Fuimos a ver al Cónsul de Panamá. Mi pasaporte estaba listo. Me habían dado la visa dos días antes, pues siendo panameña, no había dificultades para mi viaje. Los papeles de Ninski los arregló Joe Hall con mucho tino, pues consiguió del Cónsul un pasaporte provisional por cuyo medio Ninski pasaba a ser un estudiante panameño. Lo grave era su idioma flamenco. No tendría mas remedio que enmudecer en caso de peligro.

Joe me dijo:

—Esta noche salen unos americanos a París. Yo voy con ellos. Si ustedes quieren yo les consigo cupo en ese autobús.

Tal fue mi júbilo, que le di un gran abrazo.

—¿Por qué no lo dijiste?

—No había pensado...

—¡Tonto!

Joe Hall era novato en Europa. Parecía algo cohibido. Se hallaba trastornado por lo precipitado de los sucesos. Además, desde el fondo de su callada timidez, me hacía una corte contumaz. No se enojaba nunca conmigo, a pesar de que lo trataba a veces con bastante rudeza.

Le pregunté:

—¿A qué hora debe salir el auto?

—Como a las diez —me dijo.

—Bueno. Espérame. Voy a telefonarle a Ninski para que se prepare. Pasaremos por él antes de esa hora.

Telefoneé. No estaba.

—Bueno. Vamos a recoger mis cosas. No hay tiempo que perder.

—De paso yo traeré mi maleta —dijo Joe—.

No había taxis. Tuvimos que ir a pie. Por fortuna, después de algunas cuadras, hallamos uno. Subimos.

—¡Al Metropole, ligero!

Era en el centro de la ciudad. Nuestro vehículo corría apartando gentes. La bocina chillaba con persistencia monótona.

—¡Pronto! ¡Pronto!

Recuerdo que era viernes. Fue tan trágico aquello que la fecha se me ha quedado impresa. Serían las ocho de la noche. No he olvidado tampoco que había luna. Una magnífica luna.

De repente comenzaron las bombas. En contra nuestra corrían muchos civiles. Trataban de escapar horrorizados, hacia los más cercanos refugios. Nuestro auto aminoraba la marcha.

—¡Siga! ¡Siga! —gritaba yo—.

—¡Imposible! ¡No se puede seguir!

Caían bombas y bombas. Y era tal el estruendo, que para hacerse oír era preciso gritar a voz en cuello. Los stukas giraban sobre nosotros con un ruido infernal. Nuestro chofer detuvo el auto. Ni por dinero quiso arriesgarse. Tuvimos que bajar. Los civiles, presas del pánico, nos empujaban gritando:

—¡Ya se acercan los tanques!

—¡Los stukas están ametrallándonos!

—¡Están cayendo muchos paracaidistas!

—¡Son los boches! ¡Los boches!

—¡Es la invasión!

Nos guarecimos en un refugio. Se oían los comentarios más raros.

—¡Han tomado ya el centro de la ciudad!

—Están acuartelados en el Metropole.

—Han invadido el barrio judío.

No pude contenerme.

—¡Vamos, Joe! ¡Vamos!

Salimos. Continuaba insistente el tableteo de las ametralladoras. Caían algunas bombas aisladas lanzadas por los junkers. A lo lejos se veían las llamaradas de algunas casas incendiadas.

—No podemos seguir —me dijo Joe— los alemanes vienen por ese lado. Si no retrocedemos perderemos el auto. Vamos al Consulado Americano.

—¡No puedo, Joe! ¡No puedo dejar a Ninski!

—Debemos acercarnos al autobús. Estoy seguro de que va a adelantarse.

Lo que decía me pareció razonable. Volvimos. Cuando llegamos al Consulado Americano nos dijeron que el autobús nos esperaba al otro lado del puente. Yo me desesperé.

—En ese caso preferiría quedarme —le dije—. Yo no abandono a Ninski.

El secretario del Consulado nos ofreció llevarnos en su roadster. A él no lo detendrían. Y además, conocía perfectamente los arrabales. Llegamos.

—¡Ninski! ¡Ninski!

Hice sonar la aldaba con precipitación. El edificio tenía un portón enorme.

—¡Ninski! ¡Ninski!

Posiblemente no escucharía mis gritos debido al ruido de los stukas. El funcionario y Joe hicieron fuerza sobre el portón. Lo abrieron. Penetré desolada.

—No grites —dijo Joe—.

Los árboles del patio se recortaban sobre un cielo rojizo. Corrí hacia el sitio donde él tenía la estatua... Quedé paralizada... Había soldados... Uno... Dos... Varios nazis... Preparaban sus armas frente a Ninski, pero él seguía impassible, como si nada, trabajando en su estatua bajo la luna... De pronto oí la

horrísona detonación... Lo vi doblarse... Vi saltar en pedazos la obra de arte... No supe más de mí... Perdí el sentido...

Cuando volví del choque, ya iba en un autobús a toda marcha. A mi lado había rostros silenciosos, desencajados, tristes. Oí la voz de Joe.

—¿Cómo te sientes?

No pude contestarle.

En la frontera nos detuvieron. Se nos dijo que los ingleses habían volado los puentes. No se podía pasar. A una señora judía que iba allí con dos hijas le entró tal pánico, que se puso a gritar.

—¡Tengo pasajes para el Washington! ¡No puedo detenerme! ¡Voy a perder el barco!

Había una joven judía que parecía enloquecida. Le temía a la Gestapo. Una señora trataba de calmarla. Resolvimos seguir hacia la costa. Joe pensaba que de Calais sería mas fácil llegar a Dover. Un sacerdote belga aseguraba que varios compatriotas habían cruzado en bote el Canal. Yo percibía las voces y los ruidos, pero no conseguía apartar mi mente de la terrible escena que viera en el jardín, y trataba de engañarme poniéndola en duda. ¿El fusilado sería de veras Ninski? A lo mejor era otro. Sin duda no vi bien. Algún portero. Pero ¿a qué ilusionarme? Yo sabía que era Ninski. E imaginábame su cuerpo ensangrentado entre los restos de la obra hecha pedazos.

Muy cerca de la costa se detuvo de nuevo el auto —no recuerdo por qué motivo—. Era imposible avanzar. Y resolvimos seguir a pie hasta el mar.

Fue un viaje accidentado que duró varios días bajo el terrible bombardeo de ambos bandos. Los alemanes habían acorralado a los ingleses sobre las costas cercanas a Dunkerque. Lo que quedaba de las fuerzas británicas trataba de escaparse hacia Inglaterra en toda clase de embarcaciones. Yo presencié asombrada aquel desastre. Sí, vi la retirada de las tropas inglesas cantando en formación mientras la lluvia de balas las diezma-

ba. Fue una matanza de varios días y noches. Sería largo el recuento de aquella hazaña, si bien creo recordar aún los detalles más insignificantes, pero es mejor callarlos. Nuestro grupo se dispersó entre el pánico. Me olvidaba decirle que una muchacha de las que iban conmigo murió al ser alcanzada por una esquirla de metralla. Por fortuna, Joe y yo logramos seguir hacia París entre la muchedumbre que regresaba. A lo largo de la gran carretera se notaba la desbandada de las tropas francesas. La desmoralización de los soldados era increíble. Sus oficiales habían huido. Algunos de ellos no querían resignarse a la derrota. Pero, ¿cómo batirse? ¿Con qué jefes? Se les notaba desamparados.

En París era mayor el desorden. Todos corrían despavoridos sin saber a dónde ir. Nadie podía explicarse lo que había sucedido. Se hablaba de traición y de chantaje. Sin embargo no se hacían ilusiones, pues sabían que la entrada de los boches era inminente y había que huir llevándose lo que fuera posible. Todos corrían en masa atropellándose con los hatos a cuestas. Era el momento del sálvese quien pueda. La consigna era huir.

—¡Vienen los boches!

Y los boches llegaron. Al principio se comportaron bien. Nos parecieron muchachos sencillotes admirados de la belleza de París. Los parisienses comenzaron a perderles el miedo. En todos ellos renacía la confianza. Los nazis deambulaban por aquí y por allá. Compraban cosas y pagaban con marcos. Sin embargo, los que habíamos mirado el París de antes, la espléndida ciudad toda inundada de luces, de mujeres y de lugares placenteros, callábamos ahora frente a las calles solitarias y las tiendas cerradas.

Joe y yo nos alojamos en un hotel de Montparnasse, y nos pasábamos la mayor parte del tiempo en los cafés del barrio. *La Rotonde* y *Le Dome* habían abierto sus puertas nuevamente. La enorme diferencia era que ahora sus sillas estaban siempre ocupadas por los soldados nazis.

Un día bajé con Joe por el Sena. Quería volver a ver ciertos lugares inolvidables. En lo más alto de la Torre Eiffel flameaba la gran bandera con la swástica. Yo no podía sufrir aquellas cosas. Quería marcharme lo más pronto posible. Tenía ya separado mi pasaje para un barco italiano que partiría de Génova. Joe me acompañaría hasta esa ciudad. El seguiría en Europa. Su agencia de noticias le exigía permanecer en París. Yo estaba muy contenta porque al fin me vería libre del pánico. Sobre todo al notar que la bondad de los nazis era un truco de feria. La Gestapo, que estaba ya en París, había iniciado sus desafueros, venganzas y represalias. Afortunadamente pude llegar a Génova sin dificultad. Joe estaba triste. Nos despedimos sin esperanzas de volver a vernos. Los horrores que habíamos presenciado amenazaban continuar sobre el mundo...

Estoy cansada. Déjeme descansar. Lo que sigue, ya usted lo sabe. De Buenos Aires puse un cable al abuelo. Llegué en avión al Istmo.

Cierra los ojos y queda silenciosa.

Don Céfaros prosigue:

—Ya he dicho antes que al recibir su cable el entusiasmo me volvió como loco. Finalmente iba a abrazar a mi nieta. No podía imaginármela crecida, transformada en mujer. La recordaba tal como ella se fue. Cuando era apenas una niña. Pero ¿cómo estaría? Imagínese cuál sería mi sorpresa cuando la vi bajar de aquel avión medio sonámbula, enlutada y tan pálida... No demostró ningún entusiasmo al verme. Apenas dijo algunas palabras de cortesía. Subió en el auto conmigo y nos marchamos a casa. Desde entonces comenzó mi tormento. Elena me parecía un fantasma. Se paseaba por las habitaciones sin pronunciar palabra o se encerraba en su cuarto. No hacía más que leer. Y en el silencio de la noche, de vez en cuando, vibraban en el aire las melodías que le arrancaba al violín. Pero lo trágico, lo verdaderamente angustioso vino después. Fue cuando me enteré de la influencia lunar sobre su espíritu. Yo recuerdo que Elena había

pasado dos o tres días completamente callada. Por las noches, estando yo acostado, había escuchado sus pasos hacia el jardín. Preocupado por todo aquello y creyéndola enferma, bajé esa noche con el objeto de convencerla de que volviera a su cama ya que podía resfriarse. (Entre nosotros los viejos existe la manía de preocuparnos por la tranquilidad de los demás. Y muchas veces nos hacemos odiosos y acaso insoportables. Pero qué se va a hacer, son esas cosas que no se pueden evitar). Bueno, dejemos eso. Como le iba diciendo, bajé al jardín y vi a Elena apoyada contra la balaustrada del estanque contemplando la luna. Me le acerqué. Ella estaba cubierta únicamente por su bata de noche. Fumaba.

—Elena —dije—. ¿No te vas a acostar? Ya es tarde, hijita.

No dijo una palabra. Ni siquiera se dignó volver el rostro hacia mí. Y yo —¡qué tonto!— quise insistir. (Si bien es cierto que mi instinto ya presentía, veía en Elena la encarnación del viejo mal.) Creí oportuno demostrarle mi afecto y apoyé sobre su hombro mi mano trémula. Ya iba a decirle: “Vamos...” cuando ella, bruscamente, con un gesto colérico que no esperaba, dijo:

—¡Déjeme! ¡No me toque!

Me quedé como extático. No supe qué decir, ni qué pensar, ni qué hacer. Frente a aquella reaparición del fantasma mi ternura se derramó en un llanto silencioso, abundante, incontenible. (Bien sabido es que los viejos lloramos siempre por las cosas más simples; pero esa vez, la causa no sólo era angustiada, sino también inevitable. Yo lo sabía). Las palabras hubieran sido inútiles. Alcé la vista al cielo. Estaba espléndido, y la luna, casi llena, resplandecía radiante. Volví a odiarla profundamente. ¡La luna...! ¡La enemiga...! Yo sabía que lo triste vendría después, cuando la luna estuviese llena. Y esperé, cada noche, con cruel ansia, la plenitud del astro... Al fin llegó... Esa noche Elena bajó con el violín. Yo la miraba (la espiaba) desde un gran ventanal. Y recuerdo que la luz de la luna se reflejaba en los cristales...

Elena se apoyó en el barandal y encendió un cigarrillo... La luna, definitivamente llena, se proyectaba enorme entre los árboles... Ella seguía fumando... Yo hasta llegué a pensar, con cierto júbilo, que la cosa no pasaría de allí... Las nubes ocultaron la luna... Ya me iba retirar de la ventana. (Me dominaba el sueño. Mi costumbre era acostarme temprano). La luna se proyectó redonda sobre unos algarrobos. Sus rayos me inundaron de luz y dibujaron, a través del cristal, un gran rectángulo sobre el piso. Con cierto sobresalto miré a Elena. Mi nieta estaba erguida. La luz del cigarrillo saltó al agua deshaciéndose en chispas. La bata de dormir cayó en el césped. Y Elena, ya desnuda, le arrancó al instrumento sus melodías. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Desde ese día la luna volvió a ser un suplicio para mi espíritu. En cada plenilunio aquella escena se volvía a repetir, siempre la misma, con ligeras variantes. Y no vaya a pensarse que yo no hice lo que estuvo en mi mano para evitarla. Llevé a Elena a nuestras clínicas más famosas; la vieron nuestros mejores médicos. Pero ya es bien sabido que estos señores usan un bisturí que sólo sirve para cortar apéndices, riñones o algún tumor del cuerpo. Lo malo es que en el caso de Elena precisaba operar el alma. El bisturí no servía. Por fortuna llegó un especialista en psicoanálisis. Volvía, creo, de uno de esos congresos médicos... Pero ese asunto viene después... Es necesario que usted conozca los detalles con cierto orden para que pueda darse cuenta de todo. Es preferible que ella le explique a usted lo que llamaba su descentralización del ambiente...

—Yo —dice Elena— que había visto derrumbarse mi viejo mundo europeo, caí de pronto en esta escalofriante Babel del Istmo. ¡Imagínese! Me sentí totalmente fuera de centro. La ruta interoceánica me pareció una cloaca que derramaba el vicio a manos llenas. Y vi que todo el mundo corría de un lado a otro tras el afán de lucro. Me parecían espectros afanados en llegar pronto al Valle de Josafat. Los ojos de avaricia, los rostros demacrados, las frentes sudorosas, y los vestidos sucios, mal olien-

tes... Unos formaban la facción de los pulpos, de los auténticos succionadores del oro... El otro bando lo formaban los simples, las ovejas, las moscas, la manada de los que se dejaban conducir del ronزال; eran la casta de los trabajadores, los empleados de pequeño salario, los que no habían podido liberarse del cheque, era la clase de los desamparados que miraban, sedientos, pasar el río dorado sin poder humedecerse los labios; eran la tropa de los que trabajaban para los pulpos. Me pareció caer en un infierno de codicias y de odios. Se rendía pleitesía al becerro de oro aun a costa de sacrificios cruentos. Aquellos sacerdotes del nuevo culto, con las manos y el alma empantanadas, inmolan en aras de su dios los más sagrados deberes. Todo caía encharcado: La Moral, en pollera, cantaba el Himno dentro de los burdeles... Aquello era la exaltación del egoísmo, del sexo, de la prostitución. Pero, ¿a dónde iba la República? Los políticos no sabían contestarme. Alguno que otro me decía: “Es el destino de nuestra Tierra. Siempre hemos sido el puente de todas las miserias y de los grandes pecados. Recuerde usted las ferias de Portobelo, el oro de California, el Ferrocarril, el Canal francés, los yanquis, la Gran Guerra, y ahora...”

Les contestaba: “Pero, entonces, nuestras instituciones ¿a dónde van a parar? ¿Qué va a ser de las nuevas generaciones? ¿Qué educación les damos? ¿Cómo podríamos contrarrestar el mal ejemplo?” Me respondían: “Son detalles sin importancia. Hemos vivido siempre así. También nosotros, cuando chicos, recibimos el mal ejemplo y, ya usted ve, persistimos como si nada” Comprendí que era inútil insistir. Yo hablaba pero no me entendían. Y todo aquello me producía el efecto de caminar entre sordos o entre sombras. Era de veras como si predicara en la playa, en el desierto, en el éter. Los llamados políticos mentían con un descaro indignante. Se hablaba de reformas, de mejoras y de enormes progresos. La prensa hacía un despliegue de propaganda vocinglera. Y en el fondo de todo aquello sólo quedaban las heces del licor y los regüeldos fétidos. Las mejoras ha-

bían vibrado en los discursos, y, después de la gira, todo quedaba en el olvido... Bueno, después de todo, nuestra historia siempre había sido igual. Dejaba el mando un presidente, y lo cogía otro —que a lo mejor llegaba con buenas intenciones— pero los hombres que lo rodeaban eran las mismas figuras estereotipadas. Los eternos ególatras. Los sempiternos buitres del presupuesto. Enormes aves de rapiña con uñas afiladas y pico corvo. Sin embargo de vez en cuando, de aquella turbamulta de apetitos se levantaba alguna voz de protesta. Las esperanzas de redención volvían a flote. Se respiraba mejor por un instante. No todo parecía corrompido. Sin embargo, sólo era falsa alarma. Las voces de protesta eran de aquellos que no lograban un permiso para abrir más prostíbulos... Y, por supuesto, sobre ese mar tempestuoso el País daba tumbos como un ebrio o como una embarcación que condujese en la bodega alguna carga desnivelada. Hay un poema de Enrique Ibsen en el que se habla de un barco donde los pasajeros se notaban inquietos, descentrados y no sabían la causa de su desasosiego. Finalmente les llegó a los oídos una noticia escalofriante: ¡Aquel navío llevaba en la bodega un cadáver! Así como a esa nave veía yo al Istmo. La república traía a bordo un cadáver pútrido. ¿Dónde estaba? ¿Cuál era? Yo no podía saberlo, pero algo hedía en el Istmo. Solamente un remedio heroico podía salvarnos: Era preciso buscar ese cadáver donde estuviese y cremarlo o echarlo al mar. Libre ya de aquel incubo, la República renacería perfecta como un tallo lozano. Comencé a investigar y me di cuenta de que aquella hedentina emanaba de tumbas honorables. Lo malo es que sobre ellas habían crecido tremendos avisperos cuyas ponzoñas se alborotaban cada vez que alguien hurgaba los sepulcros blanqueados. No había nada qué hacer. Estábamos definitivamente perdidos. Y entonces comprendí por qué las nuevas generaciones permanecían impasibles. Sabían perfectamente que era inútil luchar. Se alzaban de hombros. No tenían fe. Habían perdido todas las esperanzas. Y preferían mecerse muelle-

mente sobre la gran hamaca de su indolencia y a la sombra de la rama fiscal... Ya he aceptado que yo volvía de un mundo en decadencia que estaba derrumbándose por momentos. Pero traía una fe, traía conmigo una experiencia terrible. Yo conocía las causas que habían dado lugar a aquel desastre. No es, pues, difícil imaginarse cuál sería mi aflicción cuando encontré en mi tierra los mismos gérmenes del odio. ¿Quién no comprende que era como para volverse loca? Cuando se suicidó en América Stefan Zweig yo hubiera deseado su valor. La insufrible tristeza que lo empujó al suicido era la misma decepción que me ahogaba. ¿Por qué se suicidó? Pues muy sencillo: Porque miró volar sobre la América los ángeles del mal. Sin embargo, yo no tuve valor para seguirlo... Fui cobarde. Preferí recluirme dentro de mí, en mi Villa, para vivir en soledad dentro de un mundo fantástico, imaginario: recuerdos dolorosos que en cierto sentido constituían “mi mundo de ayer”.

Y en ese mundo me refugié con mi instrumento y mis fantasmas de Amberes. Viví para mí misma, sin preocuparme de la vida circundante ¿Qué me importaban ya las discusiones que sostenían Crispín y Papá Céforo? El tal Crispín me parecía un renacuajo desagradable. Volvía de sus faenas, mal vestido, sudado y asqueroso. Despedía un cierto olor característico de las gentes avaras. (Porque debo explicarle que los avaros del Istmo son los que hieden más. Su pestilencia es definitivamente peculiar. Se siente a leguas.) Por eso yo no podía sufrirlo. El tal sujeto me crispaba los nervios. Y no había más remedio que soportarlo a todas horas, ya que a pesar de mi regreso, se había quedado en casa, y allí vivía, pegado a nuestra vida como una sanguijuela. Inútilmente me quejé al abuelito. El pobre viejo no podía deshacerse de aquel estorbo; por más que, muchas veces, llegó a decirle que se fuera que nos dejara vivir nuestra existencia sin fisgones molestos. Pero aquel hombre parecía invulnerable a la decencia. Yo entonces puse en juego mi orgullo. Lo traté rudamente. Le lanzaba indirectas. Lo miraba como a una sabandija.

Y, sistemáticamente, pasaba por su lado sin contestar a sus saludos... ¿Cree usted que todo aquello produjo efecto? Nada de eso. El muy canalla se reía. Y muchas veces era yo la que me sentía en ridículo ya que mis actitudes más trágicas él las interpretaba falsamente, las desvirtuaba —con procaz agudeza— y las hacía parecer como una especie de insinuación al juego. Era pues yo —según su juicio— la que daba ocasiones para el relajo.

Me decía:

—Doña Elena, siempre con sus coqueterías...

Por supuesto —ya puede comprenderse— aquel cinismo me exasperaba. No lo podía sufrir. Me enloquecía. Y lo más fastidioso era que me lo hallaba siempre en mi camino como una sombra. Digo mal. Tal escoria no podía ser mi sombra... Era más bien... ¿cómo decirle?... ¡un arácnido!... ¿No ha visto alguna vez esas arañas repugnantes, negruzcas? Pues, esa es la impresión que él me causaba. Era además pegajoso como un murciélago... Usted sabe que los murciélagos son mucilaginosos, ¿verdad? Así era él. Se adhería como se adhieren los pulpos: chupaba, succionaba, extenuaba. A mi abuelo ya lo había aniquilado. Ahora trataba de liquidarme a mí. E iba tejiendo a mi alrededor como una tela de araña. Quería envolverme en ella insidiosamente. Me saludaba cada mañana con sus mejores frases: “Dichoso el aire que acaricia su frente...” Estupideces propias de él: Y yo pasaba a su lado sin mirarlo siquiera, como si no existiese. Sin embargo, bien sabía él que mi indiferencia era aparente. El tal Crispín no dejaba de comprender que todo aquello me sulfuraba... ¿Por qué lo hacía? Quién sabe... A lo mejor mi presencia resultaba un estorbo para sus planes devoradores. Después caí en la cuenta de que aquellos desplantes expresaban su estúpida manera de enamorarme. Aquel hombre me hacía una corte despiadada. Desde luego, yo no me había enterado. Su melosa galantería producía en mí un efecto contradictorio. Cada una de sus frases más bien era un insulto. Al fin parece que se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, pues intentó

maneras más convincentes. Yo recuerdo que me habían preocupado en esos días las noticias sobre la guerra. Hitler había invadido a la Rusia Soviética. Sus ejércitos mecanizados estaban ya a las puertas de Stalingrado. Por suerte ya Inglaterra comenzaba a imponerse. Pero, ¿por cuánto tiempo podría seguir haciéndolo? No parecía muy cerca el término de la contienda. Todo hacía suponer que los germanos se adueñarían del mundo. Y aquello me enervaba. Mi fe en la causa aliada comenzaba a flaquear... Esa tarde, mientras bajaba la escalera interior, me pareció escuchar una discusión entre Crispín y mi abuelo. Conversaban en la oficina de éste. Y aunque no es mi costumbre detenerme a escuchar tras los rincones, era tal el volumen de sus voces que, sin quererlo, llegaban a mi oído mientras bajaba. No le niego que la curiosidad femenina logra imponerse a veces sobre todas las reglas del decoro. De manera que la actitud mía, en ese instante, fue la de quien escucha algo prohibido. Y era muy natural que reaccionase de tal manera, puesto que yo temía de aquel sujeto cualquier insidia. La situación en casa había llegado a tal estado de tirantez que yo esperaba de un momento a otro una ruptura final. Y, por supuesto, la única solución del conflicto hubiera sido que Crispín abandonase la Villa. ¡Qué ilusión! Me equivocaba de medio a medio. Imagínese cuál sería mi estupor cuando escuché la propuesta que hacía Crispín. ¡El muy bandido me pedía en matrimonio! ¿Puede usted suponerse situación más grotesca? Me eché a reír. Me saltó a borbotones una risa cristalina e hiriente. Me dio como un ataque de histeria. Y entré al despacho riéndome como una endemoniada. Quería que el viera en esa viva hilaridad mía la expresión más perfecta de mi desprecio.

(Al evocar la escena. Elena Cunha no puede contener su risa histérica. Su aguda carcajada chisporrotea, salpica, se diluye y al fin se quiebra en una queja de profundo rencor).

El abuelo trata de consolarla con golpecitos en el hombro.

Y, dirigiéndose a mí, agrega:

—Se reía como ahora. Sí, señor. La atacaron los nervios. Pero lo más curioso fue la reacción de Crispín contra su risa. Al principio me pareció desconcertado. Creí que iba a cohibirse. Y hasta pensé: “Menos mal. Pueda ser que, sintiéndose ofendido, se vaya de esta casa y no vuelva más. Ya era tiempo”. ¡Pero, no! ¡Qué esperanza! Se recobró asumiendo la más inesperada actitud. Lo hubiera visto. Montó en cólera. Dejó caer el puño sobre la mesa con gran estruendo acompañando su ademán con aullidos desconcertantes y groseros. Gritó:

—¡Basta de bromas! ¿Se va a callar? ¡Entienda que no se lo tolero!

Sus ademanes parecían los de un loco. Elena al verlo se quedó muda. Yo comprendí enseguida la situación. Era preciso definir el equívoco a todo trance. Y a pesar del respeto que me infundía aquel tipo, me revestí de mi mayor dignidad y en tono seco le contesté:

—Aclaremos. ¿Qué es lo que tú no puedes tolerar?

—¡Sandeces!

—¡Insolente! —le respondí—.

Mi nieta, ya ciega de impaciencia, gritó:

—¡Fuera de aquí!

Pero el efecto fue contraproducente. Se echó a reír con risa malévolamente irónica.

Yo me indigné:

—¡Que salgas! ¡Vete! ¡Vete! ¿No entiendes?

Movió con gesto ambiguo las dos manos (sus dos manos de renacuajo) y me dijo:

—No se apresuren tanto. Antes exijo una explicación.

—¿Con qué derecho pides explicaciones?

—Con el derecho que me concede la propiedad de esta casa. De manera que si alguien debe salir, serán ustedes, no yo.

Yo creí comprender y aún dudaba. Por eso, ya inseguro, le contesté:

—No entiendo...

Aquella frase (me di cuenta en seguida) no tenía la firmeza de mi carácter. Sonó sin brío por falta de convicción.

El lo notó, y en tono sarcástico me dijo:

—Las escrituras cantan.

—Si no te explicas...

Mi voz perdía firmeza. Ya comprendía la infamia. Aquel bandido nos tenía en su poder. Sin embargo, abrigando una ligera esperanza, lo induje a explicarse.

—¿Qué enredo es ese? ¿Vas a aclarar al fin?

Con toda saña, repuso:

—La Villa ésta y las casas están hipotecadas como usted sabe, a un señor cuyo nombre puede leer si quiere en las escrituras. ¿No lo recuerda ya? Se llama: Juan de la Cruz Gaitán.

Sentí que todo me daba vueltas. Me apoyé en el escritorio. Todavía dije:

—¿Y qué?

—Pues, nada. Que ese señor soy yo.

Me ví obligado a sentarme. De no hacerlo, tal vez me habría caído.

Se echó a reír.

En tal momento tuve la sensación de que la sangre no corría por mis venas. Me vinieron de pronto a la memoria todos los medios de matar. Había leído tantos crímenes célebres. Me vi en el acto de levantar un grueso pisapapel de cobre que yo tenía en el escritorio y descargarlo con furia sobre la frente. Vi el chorro de su sangre salpicar por doquier y hasta sentí mis manos empapadas en su desagradable viscosidad. Pero, no. ¡Qué ironía! Soy incapaz de asesinar a una mosca. Sin embargo, habría querido insultarlo, darle de bofetadas, propinarle puntapiés a destajo, pero pasaba el tiempo (tal era mi impresión y aquel canalla seguía plantado allí burlándose de mi debilidad... Elena tuvo que intervenir...

—Es lógico. Te vi desfigurado, descompuesto, deshecho. Temí que iba a darte algo. El desagrado te había afectado tanto...

Al decir esto, Elena se aproxima al abuelo: Le hace un mimo piadoso, y, dirigiéndose a mí:

—¿Sabe? —me dice—. Mi abuelo no se sentía muy bien en esos días. El pobrecito no resistía ya más. Por eso me asusté al verlo tan pálido. Pero, volvamos a Crispín. Lo que había dicho me daba a mí un pretexto para vengarme de él. Aquel imbécil no supo imaginarse con quién luchaba; pero yo sí sabía la clase de hombre que era él, y, dominando mi orgullo, resolví pisar bajo para humillarlo. Tuve en seguida la intuición —clara, nítida— de lo sencillo que podría ser esclavizarlo a expensas de mi belleza. Por supuesto que, para lograr mi objeto, no había otra escapatoria que someterme a su demanda de matrimonio. Mi primer paso para vencerlo consistiría en ese acto repugnante. Después vendría mi turno. Lo demás se lo dejaba a mi sexo. Se comprende que en los momentos más íntimos es la mujer la que domina, si sabe hacerlo. Y yo...

—Sí, cometiste la tontería de encadenarte y fuiste esclava de tu venganza.

—¡Déjame hablar, abuelo! ¡Tú bien sabes que esa era la única solución!

Y, dirigiéndose a mí, prosigue explícita:

—¿Qué remedio quedaba? Frente al claro dilema de aceptar la miseria con toda su secuencia de humillaciones (imagínese usted lo que todo ello significaba para mí, habituada a vivir en la elegancia de las grandes ciudades europeas) o someterme a la coyunda nupcial con aquel truhán insufrible, opté por lo último. ¿Qué me importaba soportar su presencia (desagradable sin duda) con tal de arrebatarle lo que era mío? Ya sabía yo los medios de conseguirlo con leyes más seguras que las que abundan en los códigos. De manera que, ya resuelta a todo, cerré los ojos y acepté su propuesta de matrimonio. Pero esas bodas no tuvieron lugar inmediatamente. Ya Ud. comprenderá que le exigí condiciones y un plazo prudencial. Total tres meses para amoldar mi espíritu a la vida de la perfecta casada, en cuyo

lapso debía comprometerse a subvenir a mis gastos para que calculara lo que podía costarle una mujer como yo. A nada de esto opuso inconvenientes. Lo que sí lo alarmó fue mi reclamo sobre la Villa Elena. El muy idiota no quería concederme los derechos que me correspondían. Lo hubiera visto. No quería transigir y reulaba como un cangrejo terco. Pero yo, en pleno goce de mi coquetería, fui aproximándome y lo seduje con mi mejor dialéctica. Se defendía villanamente con excusas ridículas. ¡Pobre hombre! Luchaba inútilmente contra mi enorme fuerza de seducción. Hacía aspavientos y resollaba como un becerro herido. Finalmente le asesté el puntillazo mortal.

—No sufra tanto —le dije—. Firmaremos conjuntamente las entregas. Dando y dando.

Aceptó. No le quedaba otra escapatoria. Lo tenía dominado. Y en seguida comencé a succionarlo. Al día siguiente le pedí un automóvil a todo lujo. Ni siquiera le permití ir conmigo para escogerlo. Yo fui sola a la agencia y separé un roadster Plymouth elegantísimo. Costaba caro, pero, ¿qué me importaba? Podrá objetárseme que todo aquello era absurdo hasta el extremo de poner en peligro todos mis planes. No, señor. Nada de eso. Yo estaba bien segura de lo que hacía. Y había resuelto gozar de esos tres meses en plena libertad. Quería perderme por caminos lejanos y hartarme de lecturas para aquietar mis nervios. De manera que, sin decirle una palabra a Crispín, una mañana monté en mi roadster y me lancé en gira por las provincias centrales...

—Como era de esperarse —agrega el viejo— la escapada de Elena no le agradó a Crispín. Me vi obligado, pues, a hilar delgado para que depusiera su enojo. Por las noches lo distraía enfrascándolo en partidas de ajedrez en las que no era muy ducho, pero como mi objeto era entretenerlo, me dejaba ganar sólo por verlo contento. De vez en cuando me preguntaba: “¿Sabe algo de su nieta?” Yo me quedaba en vilo, sin saber qué inventarle. Lo cierto era que Elena no se ocupaba de escribirme, y, por supuesto ¿Yo qué le iba a decir?

—A todo esto —dice El Mack— ya mi madre había salido del Hospital. Convalecía lentamente. Y su presencia en el cuarto fue un obstáculo para los planes de Crispín. De manera que aminoró sus visitas. Por otra parte, yo logré deshacerme de mis tribulaciones y de mi vida airada. Me desprendí de mis amigos e hice vida tranquila. Mi negocio me producía dinero. Y me sentí nuevamente feliz con mi familia. La Macksita seguía en la escuela. Progresaba. Soñábamos de nuevo con la idea de construir nuestra casa. Y hacíamos mil proyectos para el futuro contentos de la vida...

—Regresé de mi gira —dice Elena— mucho antes del plazo establecido. Volvía decepcionada. El Interior de la República no me produjo la impresión halagüeña que yo esperaba. Todo aquello me pareció tan pobre. Tan iguales los pueblos, tan escuálidos. No hallé en ninguna parte la vida simple, sana, jovial, característica de la vida del campo. Sólo vi tierras tristes, abandonadas de la mano del hombre. Los tallos del maíz y de la caña de azúcar se secaban marchitos por el sol. No resistían la acometida del viento. Un polvo rojo., desagradable, terroso, se levantaba por todos los caminos. Muchas veces el auto no podía penetrar en ciertas partes. Eran senderos miserables, desatendidos. No hallé una sola ruta decente por la que se pudiera correr a toda máquina hacia las poblaciones cercanas a la costa o hacia las que se pierden sierra adentro. Pero, vuelvo a insistirle que lo más lamentable era ver tantos campos abandonados. Al preguntar la causa se me decía que los hombres preferían emigrar “hacia el Canal porque en la Zona pagaban más”. También a las mujeres las había enloquecido la sed del oro. Ellas también abandonaban los campos en esa especie de éxodo. ¿A dónde iban? A Panamá, a Colón, a las ciudades de la riqueza y el vértigo. Entre tanto, la miseria caía sobre los campos. La malaria, la anemia y otros males devastaban lo máspreciado de la vida. Vi a niños esqueléticos, inflados, granulados. Salíanme al paso por doquier, desnuditos, sucios de barro, tristes. Y aquellos pobrecitos for-

maban la generación del futuro. El panorama no podía ser más trágico y desolador. Por eso resolví volver cuanto antes. Me oprimía las entrañas tanta miseria. Además, ya las lluvias habían llegado. La polvareda atroz de los caminos se volvía barro, fango; lodazales por donde ya los autos no podían avanzar. Lo cual significaba que, durante el invierno, los pueblos apartados vivirían en el más lóbrego aislamiento. La humedad más tediosa caería sobre ellos. Y entonces comprendí por qué motivo los campesinos abandonaban sus montes. Era mejor ganar un buen salario en la Capital, aun a costa de apretujarse en cuartos malolientes o embrutecerse bajo el sopor alcohólico... Volví, pues, de mi gira, decepcionada, y apresuré mis bodas con Crispín. No quise fiesta, ni pompa, ni regalos. Eso está bien para otras. Para las mojigatas que se nutren del oropel y santifican la entrega. ¿Para qué tanto rito? Lo esencial es la ley que nos defiende del hombre. Lo que me interesaba era el convenio civil. Mi matrimonio se llevó a efecto a escondidas, con el mayor sigilo. Yo no quise que nadie se enterara. Era mejor. La fingida aristocracia del Istmo no me agradaba. Preferí estar aislada. Y, aun después de las nupcias, salía sola en mi roadster con mis libros y me iba a estacionar frente a las ruinas de la vieja ciudad. Por lo menos entre ellas podía evocar la vida de la Colonia. Veía surgir de nuevo, como en otra época los majestuosos templos de La Merced, Santo Domingo, La Concepción: Sagradas ruinas abandonadas a la ferocidad tropical por nuestra inercia incurable...

Hace una pausa y prosigue:

—Pero usted lo que necesita son los hechos, y yo me pierdo siempre en fastidiosas divagaciones que a nada nos conducen. Yo he sido siempre esclava de los razonamientos. Sin embargo, ya sé que en este caso las ideas sobran. Hacen difícil la comprensión de la más simple verdad. Pero hay detalles de autoanálisis de los que no es posible prescindir.

—¡Elena! —grita el viejo—. Te vuelves a perder. ¡Cuenta los hechos!

—Los hechos, ¡sí! ¡Los hechos! ¿Qué quiere usted saber? ¿Nuestro conflicto matrimonial? Muy bien. Aquello comenzó desde la primera noche. Yo, desde luego, me había negado a hacer el viaje de novios. En tales circunstancias me parecía ridículo. Y para viajes bastaba el que había hecho por las provincias centrales. Ya estaba saturada de carreteras. Y, sobre todo, ¿resistiría usted un viaje en compañía de Crispín? Yo por lo menos no me hallaba dispuesta. Quedó pues descartado lo del viaje nupcial. La fastidiosa luna de miel se iba a efectuar en mi Villa. El matrimonio se realizó temprano. Por fortuna, Crispín tenía negocios que atender y me vi libre de su presencia hasta ya entrada la noche. No se olvide que esa era nuestra primera noche de bodas. Debía, pues, prepararme para cumplir debidamente con mi cónyuge como lo exige la ley, aun a sabiendas de que me repugnaba. Yo que me había entregado en cuerpo y alma, sin leyes ni rituales, allá en Amberes, a Ninski; yo que había recorrido con él toda la escala de los placeres, me hallaba ahora ligada a mi destino, como Andrómeda, esperando la aparición del monstruo. Resolví —¿qué más daba?— someterme a aquella prueba terrible desprendiéndome de mi soberbia y procurando frenar mi repulsión. Hice, pues, un esfuerzo de voluntad; me fui a mi alcoba; disminuí las luces; dejé el cuarto en una suave penumbra; me desnudé; cubrí mi cuerpo con una bata tenue; y me acosté en espera de “mi príncipe azul”. Mientras llegaba, me entretuve leyendo (¡qué sarcasmo!) “Toi et moi” de Geraldine.

Pero, ¿por qué motivos se demoraba Crispín? En ese instante no pude imaginármelo. Después lo supe. Mi improvisado esposo sufría de timidez. El suyo era un complejo bien raro. Se excitaba con mujeres vulgares, con empleadas de la más baja estofa, y, en fin, con pobres diablitas que podía despreciar considerándolas acaso más cercanas a su animalidad. Me hizo intuirlo su curiosa manera de reaccionar frente a mi cuerpo. Recuerdo, pues, que el tiempo pasaba y que mi esposo no se dejaba ver. ¿Qué habría pasado? Ya estaba fastidiándome, no porque me

inquietase su demora (¡encantada!) sino porque me hacía esperar inútilmente. No sabía qué pensar. Y hasta supuse que, Crispín, por un rasgo de gentileza muy comprensible habría resuelto no molestarme esa noche. ¡Qué equivocada estaba! Su lamentable carencia de criterio se hizo notar inmediatamente. Abrió, sin previo aviso, la puerta y entró de sopetón en mi alcoba. Ríase usted. Se había vestido de mamarracho. ¡Qué figura grotesca! Traía un pijama a rayas que era como para matarlo. Parecía un escurrido espantapájaros... Y se quedó cohibido, frente a mí, sin palabras... Comprendí que había llegado mi turno... Dejé el lecho... Coloqué en su anaquel a Geraldty... Y, sin darle tiempo de reponerse, desabroché mi bata, la hice caer de súbito a mis plantas y, desnuda, permanecí impasible sobre aquel pedestal de seda y ondas... ¡Era Venus urania surgiendo de las aguas! ¡Pobre hombre! No esperaba una impresión tan violenta. Y, por supuesto, se quedó trastornado, como quien ve visiones. El muy tonto había querido sin duda causar su efecto. Por eso había llegado tan arrogante con su pijama tutankámico (que olía a almacén hindú) y con el aire de quien llega a posesionarse de una isla conquistada. Y, en efecto, allí estaba, frente a él, exuberante, la tierra prometida, bella, sonriente y sana: tierra fértil que ansiaba la simiente fecunda. Pero hacía falta el brazo del sembrador y el arado pujante. ¡Pobre Crispín! Era impotente para tan buena tierra de sembradura. Para él se requería la nauseabunda blandura de las ciénagas donde se siembra el tallo fácilmente en comunión con el fango y con los vermes.

Cayó, pues, a mis plantas, silencioso, y acarició mis piernas con el vago temor con que los indios palpan las formas de una diosa. Me pareció un reptil. No hizo otra cosa que babosear mi piel. ¡Qué desagrado! Al más leve contacto de sus labios me escalofriaba. Sus besos helados producíanme el efecto que sentimos al contacto de un sapo. Sin embargo, me mantuve allí, rígida, con la mala intención de atormentarlo. Aquel pobre hombre no era capaz de nada. Se puso a sollozar como un chiquillo.

Aún recuerdo que sus bronquios emitían ese ruido característico de los perros asmáticos. Fuí cruel hasta saciarme. No tuve un solo gesto de bondad. Mis dos manos no supieron abrirse a la más leve caricia ni a la más simple demostración piadosa. Al fin, cansada, lo aparté con desdén, cubrí mi cuerpo con mi salto de cama y me alejé hacia el jardín...

Elena calla un instante. Parece latigada.

Don Céforo prosigue:

—Yo estaba desvelado, (sentía calor), y había salido al raso de la noche para aspirar la brisa. Inútil gesto. Ni el más ligero soplo se hacía notar. Era una de esas noches caliginosas, claras. La luna... (No se olvide de ese detalle trágico: ¡Brillaba una magnífica luna!, El plenilunio me ha perseguido siempre. Los momentos más tristes de mi vida se proyectan sobre una luna enorme. Repito, pues, que estaba desvelado porque yo presentía para Crispín la misma escena que yo viví la noche de mis bodas. Yo sabía que si Elena se había resuelto de pronto al matrimonio lo había hecho bajo el influjo de la luna creciente. Ya el astro había llegado a su plenitud... ¿Qué iba a pasar esa noche?... En ese instante vi salir a mi nieta, cubierta con su túnica, hacia el jardín, y me oculté tras un mirto. Me puse en la actitud del que se esconde para espiar lo prohibido. Elena había llegado al estanque, y, ya desnuda, contemplaba la luna. Es algo indigno de mí, pero confieso que no pude privarme de mirarla. Sin embargo, le puedo asegurar que si seguí clavado en aquel sitio no fue precisamente por admirar la desnudez de mi nieta. Usted comprende que hubiera sido absurdo. Lo que me retenía pegado allí era una especie de fruición contra mi yerno Crispín. ¿Cómo explicarme? Yo que bien conocía la situación humillante en que lo ponen a uno las excentricidades de una esposa lunática (teniendo en cuenta que yo experimenté todo aquello siendo muy joven y con pleno goce de mi virilidad), quería saciarme atestiguando la situación grotesca en que iba a hallarse Crispín. ¡Oh, le confieso que por nada del mundo habría perdi-

do ese espectáculo de la bella y el monstruo! En ese instante me venían a la mente aquellos sátiros de orejas puntiagudas y cabellera hirsuta. Era una escena definitivamente mítica... En efecto, Crispín había salido tras ella... Se detuvo muy cerquita de mí, y, al ver el cuerpo de Elena, quedó en cuclillas como un lobo en acecho... Pude escuchar su respirar afanoso... Y, luego, (¡asómbrese!) fue acercándose a ella, en cuatro pies, como bestia famélica... Aún no creo exagerar si le aseguro que de su belfo colgaba un hilo tenue de baba perceptible por la luz sideral. Ya mi nieta, presa de su locura, se había echado en el césped y comenzaba a entrar en esa especie de trance que antecede al delirio. Crispín aproximábasele con ademanes simiescos. La luna se reflejaba espléndida en el agua. Todo el ambiente respiraba quietud. Ni siquiera la más ligera brisa movía los árboles. Podían oírse los ruidos más sutiles: la caída de una hoja o el vuelo de un murciélago... De repente, mi nieta comenzó a retorcerse poseída de su cruel paroxismo. Yo sabía (por haberla observado anteriormente) que en ese instante mi nieta imaginábase en los brazos de el otro: Se entregaba al espectro del viejo amor, del hombre fusilado en Amberes. La pobre abría los brazos, en un inútil gesto romántico, para estrecharlo contra sí. Le susurraba palabras de pasión; le brindaba todo su cuerpo hecho deseos. Crispín ya estaba al tanto de ese desdoblamiento de Elena. Yo lo había prevenido. Y hasta le había rogado que la dejara sola en esos momentos de morbosa alucinación. Pero aquel hombre (¡parece un hecho insólito!) cuando miró a mi nieta convertida en una flor de lujuria, se dejó arrebatar de las más bajas pasiones.

Su muerta reciedumbre resucitó lozana. Su sadismo brutal, acostumbrado a triunfar en los burdeles, lo hizo excitarse locamente frente a aquella criatura convertida en una bestia espasmódica. Y se lanzó voraz sobre su cuerpo como el lobo de la Caperucita. Fue así como aquel bárbaro sació sus más groseros deseos... Satisfecho, se levantó, bien harto, antes de que ella volviera de su crisis, y huyó como un ladrón. Iba nervioso ca-

minando de prisa con el sigilo de quien ha cometido una falta. Pero yo comprendí que se alejaba feliz. Su gran cinismo lo superaba todo. Sentíase triunfador. Había encontrado la manera más cómoda de unirse con mi nieta sin sentirse humillado. La demencia de Elena resultaba para él un atractivo sexual. Era muy lógico. La doble personalidad de la enferma le brindaba la adquisición de dos hembras: una esposa orgullosa y una ramera lúbrica. ¿Qué mucho le importaba a Crispín que la coyunda sexual le fuera dable únicamente a condición de que él mismo se revistiera de un aspecto macabro? No vaya a imaginarse que él no sabía. Aquel hombre conocía bien la parte que iba a representar. Pero, si no dudaba que Elena, al entregársele, se daba a Ninski ¿cómo podía sufrir el adulterio y fomentarlo con su propia actuación? Me dirá usted que el otro, al fin de cuentas, no era más que una sombra. Muy bien. Yo no lo niego. Pero, no olvide usted que, para Elena, la realidad era otra. Para ella se trataba, aun inconscientemente, de una unión legal. No va usted a negarme que mi nieta era adúltera y Crispín, el más soberbio cornudo. Pero —¡fíjese bien!— lo más curioso es que el delito de Elena resultaba para él la solución más ecuánime del problema; porque precisamente fue la anormalidad de aquel connubio lo que logró excitarlo. De manera que no podía haber mejor arreglo. Crispín, siendo polígamo, resultaba burlado y a su vez, burlador; Elena, siendo adúltera, resultaba engañada y, a su vez, fiel esposa. Parecerá increíble, sí, pero era cierto. Aquella insania de sentirse burlado y burlador fue el gran hallazgo para Crispín. Desde entonces esperaba la luna con frenesí creciente. De modo que la luna —mi mayor enemiga— resultaba para él la más perfecta rufiana... Lo mejor del asunto es que, a medida que aquel convenio tácito avanzaba con el correr del tiempo, Crispín iba adentrándose en su parte de espectro. Se rasuró el bigote y comenzó a adecentarse refinándose cada vez más. Cuando Elena —en sus momentos de insania— conversaba con él imaginándolo Ninski, Crispín no se inmutaba. Le seguía la co-

riente. Y hasta llegó a aprobar —en su papel de fantasma— lo que decía mi nieta contra él. No he conocido comediante mejor. Su repugnante superchería pasó los límites de la decencia. Una noche le dijo a Elena:

—¡Ese Crispín es un solemne canalla!

Elena Cunha prosigue:

—De estas cosas yo no me daba cuenta. Mi abuelo no se atrevía a contármelas por miedo de que un nuevo capricho mío diera al traste con el plan de venganza que él venía combinando. Usted bien sabe que el odio engendra el mal. Y, en estos casos, el egoísmo supera los más tiernos afectos. ¿Qué le podía importar mi neurastenia, si yo venía a servirle como de Némesis para poner a flote su economía? Con todo y eso, no lo culpo ¿Por qué? Yo, al fin de cuentas, tenía el mismo propósito. Mis mejores intentos iban encaminados a arrebatarle a Crispín lo que indebidamente se había apropiado. Y si mi insania favorecía esos planes, tanto mejor. Pero vuelvo a insistirle que yo nada sabía de esas escenas pecaminosas. Mi única técnica consistía en intimidar a Crispín con mi desprecio, si bien, de vez en cuando, lo alentaba con ligeros descuidos. Usted sabe que las mujeres somos duchas en las lides del dar y del no dar. Pero esto era posible únicamente en mis momentos normales: quiero decir, cuando la luna no inyectaba en mi mente su maléfico influjo. No olvide usted que apenas sufría el desdoblamiento, perdía todo dominio sobre mis centros nerviosos y me volvía un juguete entre sus manos. Sin embargo, recuerde que aquella desviación de mi sistema sólo duraba dos o tres días por luna, de manera que yo era dueña de mis actos buena parte del mes. Esto me daba ocasión de superarlo ganándole ventaja. Por regla general, durante el día, yo triunfaba; pero mis noches eran siempre algo raras. ¿Por qué voy a engañarlo? Aquel delirio me hacía saltar del lecho, a medianoche, sonámbula, llevándome al jardín a conversar con el que yo imaginaba era el otro.

Sigue hablando Don Céfaró:

—Crispín no descuidaba estos momentos de su extraña neurosis y sabía aprovecharlos acercándose a ella para hacerse pasar por el difunto. Sin darse cuenta, Elena lo acogía tiernamente suponiéndolo Ninski. Ya puede imaginarse el resultado. Mi nieta le consultaba al falso espectro sus planes y lo hacía copartícipe de la venganza. No tengo que agregarle que todo esto ponía en guardia a Crispín.

—Pero ¿por qué no lo evitabas? —pregunta ella.

—Lo intenté muchas veces. Te lo advertí. Era inútil. No me creías. Aquello te parecía un absurdo. ¿No recuerdas que me desesperaba asegurándote que era verdad? Tú, a veces, terminabas por aceptar. Me prometías dominarte. Pero, como si nada. Por las noches se repetía la escena. Yo sabía que el remedio sólo podía encontrarlo algún neurólogo. Pero tú no creías en nuestros médicos. Me decías que ellos únicamente entienden de cirugía y enfermedades somáticas. Fue entonces cuando pasó aquel médico por el Istmo...

Elena se acaricia la frente y prosigue:

—Era un neurólogo renombrado... Nuestra prensa se ocupó por extenso de sus aportaciones en el campo psicoanalítico... Volvía de aquel famoso congreso médico que motivó una polémica entre nuestros mejores facultativos. Dictó tres conferencias en la Universidad. Las escuché con verdadero deleite. Era muy claro en la exposición de los problemas freudianos. Y, además era joven, bien parecido, culto... Pero ya que le he dicho bien parecido será mejor que le confiese mi primordial motivo de interés: Aquel hombre me recordaba a Ninski. Desde que vi en la prensa su retrato me interesó. Por eso fui a escucharlo. Era asombrosa la semejanza. La voz, los ademanes, el rostro. Es muy posible que tal identidad fuese ilusoria, algún efecto de sugestión. Lo cierto fue que yo sentí en seguida la simpatía que —según él— hizo posible el análisis de mi neurosis.

Fui a visitarlo. Se apresuró a decirme que no podía atenderme. Iba a quedarse muy pocos días en Panamá, porque sus clien-

tes de Río (señoras ricas, neuróticas) lo esperaban con ansia. Sin embargo, cuando charló conmigo se entusiasmó. Su viaje quedó en suspenso unas semanas, pues, quería someterme a un tratamiento especial. Según parece mi caso le brindaba material atractivo para sus experiencias. Lo recibí en la Villa. Establecimos la hora de las consultas que por consejo de él se efectuarían por las noches en el jardín.

Lo más curioso es que Crispín no se opuso. Ya él comenzaba a no sentirse muy cómodo con la parte que le tocaba representar. ¡Claro! Lo atormentaban los más extraños celos. ¿Celos de quién? De él mismo. Aun así no los podía soportar, y esperaba que mi restablecimiento le sería provechoso. Su gran aspiración era gozar de una paz menos ficticia. Pero se equivocaba de medio a medio porque nuestra existencia requería aquella niebla de irrealidades bajo cuya ilusión nos deslizábamos como dentro de un sueño. Sí, nuestro gran error fue pretender zafarnos de aquel mundo fantástico. Nuestra miseria sexual no soportaba la realidad. Por eso, cuando nos enfrentamos a ella nos sentimos perplejos cual murciélagos a la luz del día. Desde entonces, continuamos andando, enceguecidos, a tientas, como si nos halláramos en otro mundo. Entre nosotros ya no hubo entendimientos. Y vino la tragedia con toda su secuencia de atrocidades.

Las sesiones con el psicopatólogo comenzaron casi inmediatamente. Su terapéutica consistía en producirme la hipnosis según el viejo método de Charcot y otros neurólogos de La Salpetriere; pero se convenció en seguida de que yo conocía ese recurso. Cambió entonces su plan y resolvió someterme a la dialéctica de los razonamientos freudianos. Su intención era hallar entre mis viejos recuerdos la primera raíz de mi dolencia para desarraigarla de cuajo cual cizaña disociadora e inútil. Yo tenía que emprender como una especie de marcha atrás dentro de mí, “a la búsqueda de mi tiempo perdido” o caminando, como dice el poeta, “por los viejos senderos retorcidos que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió”...

Ya usted sabe que toda marcha atrás es convulsiva. Aquel sistema me hacía rememorar las sacudidas que produce el expreso cuando busca los rieles del nuevo viaje. Aun las fieras del circo se rebelan cuando las hacen recular. Estas imágenes del tren y de las fieras —lo mismo que los versos que acabo de citar— son nudos importantes en la malla de mis reminiscencias infantiles. El neurólogo llevaba un diario estricto en que anotaba circunstancias e imágenes que a mí se me antojaban triviales.

La curación de mi dolencia dependía del análisis que yo pudiera hacerle de mí misma tratando de encontrar las más recónditas huellas. Es sabido que lo que se decía mi locura —mis excesos, mis alucinaciones— sólo se presentaba bajo el influjo del plenilunio... (Estoy tratando de repetirle a usted mi confesión con las palabras exactas. Si quiere, las puede confrontar con el expediente). Mis desviaciones mentales comenzaban a manifestarse cuando la luna iba adquiriendo su plenitud. Le suplico que me deje insistir en los detalles, porque de lo contrario pierdo la asociación de mis ideas... Aquello... (déjeme recordar)... comenzábame con un fastidio enorme contra todo lo que me circuía... Me indignaba por la menor simpleza... Una palabra; a veces, una mirada... Cualquier gesto sencillo me exasperaba... No quería hablar con nadie y me encerraba en mi alcoba... No salía ni a comer... Y me pasaba las horas meditando o leyendo... A medida que iba creciendo el astro yo me volvía más áspera e irascible... Cuando mi esposo trataba de calmarme me enfurecía con él y lo insultaba. Me volvía una pantera. Todo lo échaba al suelo, libros, ropas, papeles... Y a veces, el odioso Crispín llegó a sufrir golpes certeros que yo le propinaba arrojándole lo primero que hallaba: figulinas de Sevres, objetos de arte, miniaturas que había enviado de Europa... No reparaba en nada. Mi abuelo (él era el único que me sobrellevaba) me conducía a la cama y me dormía cantándome y haciéndome caricias como cuando era niña... Su experiencia lo hacía ser cauto amable, más obsequioso...

En las noches de plenilunio, salía al jardín, me echaba sobre la hierba fresca y caía como en estado de trance, en una especie de éxtasis como los que refiere Santa Teresa. Sentía que iba ascendíendome por las piernas como un escalofrío que terminaba por hacérmelas insensibles. Se me oprimía la garganta quitándome el respiro y produciéndome un loco anhelo de gritar. Sin embargo, lo que experimentaba no era la sensación de asfixia que sentiría un sujeto estrangulado; era más bien ese jadeo sofocante que antecede al espasmo: era el exceso de placer quintaesenciado hasta el desfallecimiento... Mi cuerpo comenzaba a vibrar rítmicamente poseído de convulsiones febricitantes, en espera de el otro, del fantasma... Yo lo veía avanzar hacia mi cuerpo como en las noches de Amberes, con su melena al viento y su chalina flotante... Venía como de un mundo misterioso y fantástico: volvía cortando siglos y trepanando nieblas... Yo sentía sus caricias, sus besos y su aliento... Creía desfallecer... Sí, mi cuerpo, como tierra reseca, estaba listo para ser fecundado. Anhelaba no solamente el filo del arado que se hunde, quería también el riego que nos hace llegar hasta el deliquio... Era el instante que mi esposo escogía... ¡Me aprovechaba villanamente...!

Hace una pausa y prosigue:

—Estoy cansada... Pero... Bueno, volvamos a mis reminiscencias infantiles, algunas de las cuales, como he dicho, descubrieron la clave de mi neurosis... No sé si será cierto que un susto de la madre, en el período genésico, puede repercutir en la conducta de la criatura, lo cierto es que algo de eso me debió suceder... ¿No te acuerdas, abuelo?

—Yo supongo —dice él— que te refieres a la vez que tu madre sufrió el ataque...

—Sí —afirma ella—. Explícaselo como me lo contaste.

—Sólo recuerdo que fuimos a pasar unas semanas en una casa de campo, cerca de un río. Una noche contábamos historias de aparecidos... Tu madre tuvo que ir hasta el río... De repente escuchamos un aullido desgarrador, por lo menos así nos

pareció... Salimos todos despavoridos... La noche estaba clara... No vimos nada extraño, pero a tu madre la recogí del suelo, inerte, fría... Cuando logramos hacerla volver en sí, nos dijo que había visto un fantasma... Por supuesto que muchos le creyeron... Yo sabía que eran frutos de su imaginación atormentada... Tu madre era propensa a las pesadillas y sufría de unos terrores atroces... Prueba de ello es que cuando le exigimos que explicara con más detalles, nos dijo que la luna la había querido devorar. Yo no le dí importancia a ese incidente; por eso resolví comprar la casa para que ella viviera cerca del campo en una atmósfera adecuada a su estado, pero tampoco olvido los alaridos que ella lanzó la noche en que naciste. Se parecían bastante a aquel aullido que nos llenó de terror...

—El médico me dijo —agrega Elena— que la psicosis hereditaria sirvió como de campo propicio al desarrollo de esa impresión intrauterina... (Usted sabe que los especialistas usan palabras raras...) Y aquello germinó en terreno fértil, pues tuvo pronto sus efectos... Siendo niña me desperté una noche lanzando gritos de terror. Yo recuerdo que la ventana, abierta, dejaba entrar los rayos de la luna... Corrí junto a mi madre. La hallé sentada, orando... Me susurró “Ya imaginaba que te ibas a asustar. La luna te daba en pleno rostro...”

Más tarde, allá en Europa, recibí otra impresión perturbadora... Viajábamos en tren... Era de noche... Yo iba pegada a los cristales... Las tinieblas sólo dejaban ver, de vez en cuando, algunas luces lejanas... De repente vi reflejarse en los cristales algo como un gran disco luminoso que se precipitaba en contra nuestra... Yo recuerdo que le grité a mi madre: “¡Mira, mamá, la luna viene a besarme! ¡Fíjate!...” Y, apenas dije aquello, se oyo el choque... Fue un descarrilamiento terrible... Lo que yo había mirado era la luz del expreso contrario. Y, al recibir el golpe, aquel detalle se grabó en mi cerebro produciéndome la impresión de que era el astro lunar... Cuando me desperté en el Hospital, después del choque, sentí un dolor terrible en la cabeza. Lo

atribuí a las vendas que me oprimían las sienes estrechamente y hasta intenté quitármelas... Mi madre, desde un lecho cercano, procuraba tranquilizarme... Una enfermera explicaba a no sé quién los detalles del accidente... Decía: “La niña sólo sufrió leves heridas... Yo imagino que recibí en el cráneo un golpe interno, sin lesión exterior, porque, a través de mi angustia me ha molestado siempre ese detalle neurálgico... Siendo ya grande, los viajes en el tren —que han sido muchos— me han producido siempre un malestar de fatiga con cefalalgia aguda y pesadillas nocturnas... También debo agregarle que, durante una temporada de estío, en París, mi madre me obligó a acompañarla, todas las tardes al circo... Yo iba de mala gana, pues las fieras me horrorizaban... Mi madre argumentaba que debía distraerme, pero eso era el pretexto. Era ella la que sentía un placer morboso al escuchar los rugidos de las fieras... Luego pude enterarme de que mi madre se entendía con el domador...

Enterado de mi proceso patológico, el psiquiatra creyó encontrar la causa de mi angustia en esos viejos terrores contra la luna, el tren y aquellas bestias del circo. Su labor terapéutica se había llevado a cabo “sin dolor”, con esa misma facilidad con que el dentista extrae la pieza que nos hace sufrir... Ya he dicho antes que las conversaciones psicoanalíticas se llevaban a efecto en el jardín. El me hablaba con la mayor persuasión. El tono de su voz era agradable, melodioso, insinuante. De vez en cuando usaba términos raros. Me hablaba de complejos, de traumas, de síndromes y no sé qué otras cosas. Me decía que los síntomas de mi mal se extinguirían a medida que desaparecieran del mecanismo psíquico los diversos factores —las lesiones— que lo determinaron... Por medio de la hipnosis fue borrando mis representaciones psíquicas desagradables; por lo menos logró hacerlas salir de las tinieblas del subconsciente. Pero como el instinto sexual es lo que impulsa las acciones humanas, no tuve más remedio que referirle mis experiencias lésbicas en el colegio, con las demás muchachas, y otra aventura lúbrica, ya fuera

del convento, que no me atrevo a repetir... Mis amores con Ninski lo impresionaron hondamente; sobre todo cuando le hablé del parecido que él tenía con el otro. No hay para qué decir que, a medida que yo olvidaba al muerto, renacía como a una vida mejor. Como es de suponer, la verdadera razón de todo aquello era que estaba enamorada del médico. Sin darnos cuenta nos fuimos acercando. Nuestras vidas se sintieron ligadas. Nos devoró el deseo... Del psicoanálisis pasamos a los besos... Y, de pronto, caímos al abismo... No hubo mejor milagro para mi curación... Claro, mi instinto, insatisfecho desde hacía tanto tiempo, volvía a encontrar su cauce... ¿Qué más necesitaba? Era el remedio definitivo... Liberada de mi angustia depresiva, me sentí renacer a un mundo nuevo. Era otra. La vida me pareció más bella, más digna de vivirse... Ya no volví a sentirme descentrada... El ambiente no me desagradaba... Tanto es así que, al recorrer de nuevo, en mi automóvil, ciertas calles estrechas, me parecía redescubrir mi ciudad. Y todo aquello me daba la impresión de hacer un viaje por puertos nunca vistos...

Don Céfaros prosigue:

—Los acontecimientos precipitáronse con motivo del ataque a Pearl Harbor. No sé si usted recuerda que aquel hecho sobrecogió los ánimos. El pánico cundió por todas partes. Comenzaron las prácticas de oscurecimiento. Y fue tal el terror, que, en las primeras noches, sucedieron casos insólitos. Hasta hubo una mujer que dio a luz en un parque. La vida complicóse. Racionaron la gasolina, las llantas y otras cosas. Por las noches no se podía salir. Hasta los viajes se hicieron más difíciles. Los grandes trasatlánticos interrumpieron sus rutas. Sólo quedaron disponibles las vías aéreas. Pero aun así, conseguir pasaje en un avión resultaba casi más que imposible... Y, frente al grave problema de no poder volver a su país, el joven médico apresuró su viaje. Tal prisa era muy lógica. Nadie sabía lo que podría suceder. Se rumoraba que las bombas niponas no demoraban en caer sobre el Istmo. Y si esos diablos destruían el Canal ¿quién se

salvaba? Las aguas de Gatún inundarían la ciudad. ¡El panorama no podía ser más tétrico! Hasta mi nieta quiso partir. Ella alegaba que la tenían nerviosa las noticias. Pretendía que su mal podría volverle con todo aquello. Crispín, a quien tenía muy contento el bienestar de su esposa, creyó muy oportuno no oponerse a aquel viaje y hasta la acompañó a buscar boleto. La gestión no era fácil porque en las oficinas de la Panagra las filas eran interminables... El médico halló cupo, gracias a que tenía prioridad. Y, como era prohibido declarar la fecha de salida, se fue sin previo aviso... Yo no sé si Crispín habría entendido las intenciones de Elena. Yo sí me daba cuenta de sus propósitos. Lo que ella pretendía era fugarse con el médico.

—Tú piensa lo que quieras —dice ella— pero esa explicación me parece superflua.

—No tanto —responde él— ya que se trata de hacerle comprender a este señor el estado de desesperación en que quedaste cuando se diluyeron tus esperanzas.

—Si mi intención hubiera sido fugarme, nada me hubiera disuadido.

—Tanto es así que hiciste cuanto estuvo a tu alcance...

Elena Cunha hace un gesto de impaciencia que da por terminada la discusión.

Don Céforo se vuelve a mí e insiste:

—Ya puede imaginarse lo que ocurrió. Esta muchacha, aparentemente curada, quedó de pronto sin el sostén espiritual que le brindaba su amante. Con la fuga del médico vino a faltarle lo que para ella constituía el remedio. Si usted la hubiera visto... Desde entonces no halló tranquilidad. Se volvió inquieta, irascible, desconcertante... Con todo y eso no volvieron a presentarse sus conflictos traumáticos. En efecto, la vi pasear bajo la luna con la mayor serenidad. Sin embargo, se notaba intranquila. Le faltaba algo. Su libido, despierta y ya lanzada por nuevos derroteros, se halló de pronto detenida. Necesitaba precipitarse en bulliciosa corriente... Pero no era factible, pues

la única esperanza que le quedaba a Elena era un esposo incapaz.

—Por las noches —dice ella— me debatía en el lecho presa de mi anhelo sexual. Me hallaba vanamente en posesión de mi capacidad funcional. ¿Cómo no iba a desesperarme? Sentía unas ganas locas de lanzarme por los caminos del placer. Me rebelaba contra las conveniencias sociales que le impiden a una mujer decente irse, perderse por las calles oscuras a la búsqueda de hombres. Ese era mi deseo, ¿por qué negarlo? Únicamente me retenía mi orgullo, la hipócrita cordura que nos obliga a recubrir de apariencia, nuestros instintos canallescios. Y yo más que ninguna debía ser precavida, ya que el pasado de mi familia ponía a la sociedad en mi contra. Hubiera sido como encender la mecha. Si usted supiera cómo nos clasifican. Mi abuelo, un traficante; mi padre, un chulo; mi madre, una ramera; mi marido, un cretino. Qué magnífico material para un archivo del crimen ¿no le parece? Por eso prefería mantenerme como enclaustrada en la Villa, pero me daba cuenta de que por más que resistiera, las fuerzas ya me estaban fallando, y llegaría un momento en que forzosamente sucumbiría...

—Mientras tanto —dice Don Céforo—, Crispín era también una víctima del nuevo estado de cosas, puesto que, hallándose ella curada, él no tenía ocasión de hacerla suya. Ya usted sabe que la anormalidad de Elena era como un incentivo contra su timidez, un formidable excitante. Suprimido ese estímulo, el pobre hombre quedaba definitivamente desarmado, pues la cura de Elena resultaba para él un verdadero desastre. Era el derrumbe de la estabilidad conyugal. De no haberse efectuado esa curación, nuestra vida habría seguido su marcha, quizá desorientada pero al menos segura. No olvide usted que la neurosis de Elena le brindaba a Crispín la posibilidad de dos hembras: una esposa modelo y una amante lasciva. Pero todo cambió al curarse Elena. Desde entonces sólo existió para él la hembra brava, soberbia e indomable. Y, por supuesto, no volvieron a darse

las escenas de oprobio en el jardín. El viejo sátiro no halló más a su ninfa bajo los árboles, pues Elena se ocultaba en su alcoba y allí pasaba el tiempo leyendo. Cuando salía al jardín iba vestida de riguroso luto. Mi nieta era severa en sus ropas y aun quedándose en casa usaba trajes de mangas largas y cuello alto. Dejaba al descubierto únicamente la cabeza y las manos. ¡Pobre Crispín! No le quedaba ni el recurso de verla. Y, para colmo de males, Elena lo trataba con tal frialdad que aquel hombre parecía enloquecer. Imagínese lo que sería mi vida en medio de ellos. Eternamente los veía girar en torno mío como dos sombras que anduviesen buscándose...

—En efecto —dice ella— nuestro drama consistía en esa búsqueda desesperada. Nuestras almas se buscaban a tientas inútilmente, pero no se encontraban. Entre nosotros había dos elementos aisladores: su timidez y mi orgullo. Polos disociadores que mi dolencia había logrado fundir ficticiamente.

—Y no vaya a pensar —dice Don Céfalo— que no hice lo posible por unirlos de nuevo. ¡Imagínese! Con el miedo que les tenía... Por supuesto, yo prefería evitarlos. Me escurría como un gato por los rincones. Procuraba hacerles menos notoria mi presencia. Habría deseado volverme hombre invisible. Ya era cosa sabida que cuando me encontraba en medio de ellos me convertía en escollo donde al fin se estrellaba la tempestad. Pero ¿hasta dónde podía llegar aquello? Ya no sabía qué hacer ni de qué medios valirme para hallarle al conflicto una solución. De todos modos, el único remedio consistía en ahuyentar la timidez de Crispín, y, en esos casos nada hay mejor que el vino. El gran obstáculo era que él no bebía. Con todo y eso, preparé una cena íntima para la Navidad y conseguí entusiasmarlo hasta el extremo de que bebiera un poco. Yo estaba bien seguro de que bajo el efecto de aquel nepente el asunto caminaría como sobre rieles. Pero —¡válgame Dios!— en mala hora se me ocurrió tal cosa. Fue contraproducente. Al pobre diablo lo atacó una de vómitos que ¿para qué le digo? le hubiera ido mejor bebiendo el

bálsamo de Fierabrás. Cuando al fin se repuso, le entró una lloradera con más hipos que un toro degollado. Aún así, y suponiendo que al sentirse mejor ejercería sus derechos debidamente, lo acosté (con intención maliciosa) sobre el lecho de Elena. Pero ¡qué va! La causa estaba definitivamente perdida. Ya usted verá...

—No tuve más remedio —dice ella— que acostarme con él. Y hasta sentí cierta lástima cuando lo oí quejarse al lado mío. Posiblemente los efectos del vino produjeron en mí cierta actitud bondadosa. No podría definir si fue piedad o deseo. La verdad de los hechos es que le acaricié la frente y aun no tuve reparos en acercármele para brindarle un poco de mi calor.

Al recordar la escena, Elena guarda silencio. Se frota las dos manos nerviosamente y hace un gesto de náuseas.

Al fin prosigue:

—No podría relatarle aquel momento escabroso... Al recordarlo siento tal repulsión que aún me parece revivir esa escena... Sepa usted solamente que él, sintiéndose brioso, comenzó a besuquearme acariciándome con sus manos escuálidas... Desde luego, yo me mantuve rígida, cerré los ojos, y lo dejé bufar haciendo esfuerzos inútiles... Temblaba... Era un azogue... Pero todo era en vano... Por fin, desesperado, lanzó una exclamación, y, rechinando los dientes, comenzó a sollozar como un muchacho...

Don Céfaró prosigue:

—Desde entonces nuestra vida se deslizó bajo una atmósfera tensa. Casi no nos hablábamos. Crispín pasaba el tiempo fuera de casa. Volvía medio sonámbulo. Comencé a presentir que se inyectaba o que fumaba canyac. La actitud de mi nieta lo trastornaba. Y como ella lo tenía dominado, fue exigiéndole ciertas devoluciones a cambio de caricias. Usted dirá que el sistema era canallesco. Pero ¿qué quiere usted? Cuando la fiera lleva la soga a rastras es fácil someterla. Era el momento del desquite, ¿por qué no aprovecharlo? Crispín era hombre al agua. Parecía

un perro flaco de esos que van por los rincones olfateando quien sabe qué. Seguramente pasaba el tiempo en los burdeles de donde había salido para explotarme...

—¡No es cierto! —grita El Mack— Aquel bandido giraba como un peje alrededor de mi hermana. Si yo hubiera sabido lo que él pensaba habría evitado tanto derramamiento de sangre.

Todavía sigo viendo un revoltijo de sábanas manchadas. En las manos me queda aún la impresión desagradable, viscosa. Sigo oyendo, clavado en mi cerebro un alarido tajante, un llanto sordo que no termina nunca y un ronquido de bestia agonizante. Yo llevo en mis pupilas tres espectros que desgranar aullidos y enarbolan oriflomas de sangre...

—Ya vuelve a delirar —me dice Elena— Desde la noche trágica del crimen el Mack Amargo fuma con más intensidad no sé que hierbas prohibidas.

—¡Marihuana! —agrega él—. Me hace olvidar.

—Pura ilusión —dice ella—.

—Por lo menos siento una dejadez, un vago anhelo de volar, algo raro que me da la impresión de nebulosas concéntricas, de voces trucas, de algo así como trozos de canciones que giran... giran... giran... Y me hacen recordar los torbellinos que me asustaban cuando vendía periódicos...

—Es inútil que sigas divagando —concluye Elena—. No tienes más remedio que desprenderte de tu drama. Te sentirás mejor cuando desgarres la malla de recuerdos que te laceran... No nos hagas perder el tiempo.

El Mack Amargo vuelve a fumar. Aspira el humo profundamente y sigue hablando:

—La mejoría de mi madre era ficticia... Día por día yo la veía consumirse... Nadie sabía el motivo de su tormento... Lloraba siempre... Fue poniéndose pálida, transparente... No quería dejarse ver de los médicos y prefirió encomendarse a un curandero antillano... Un tipo de esos que hacen ensalmos... Era un negro esquelético, bastante repulsivo... A La Macksita le pro-

ducía terror... Según parece era muy ducho en su oficio... Recuerdo que mi madre no se habría sometido a aquella prueba de no mediar en el asunto la maldita Sabina... Una mañana presentóse con él y, por supuesto, ya no hubo escapatoria... Como primera medida el brujo imbecil me hizo tapiar la pieza con tiras de papel asegurándome que así no volverían los espíritus... No quedó una rendija sin su correspondiente fragmento de periódico... Para colmo de males el curandero metió debajo de la cama una vasija con brasas e incienso... Se elevó una humareda desesperante... Mi madre se asfixiaba presa de la sofocación... La atacó como una especie de ahogo... El curandero rezaba cerca de ella haciendo gestos muy raros... En ese instante, no sé por qué motivo llegó Crispín... Y al darse cuenta de lo que sucedía nos increpó llamándonos asesinos... Me obligó a abrir la puerta e hizo salir al negro más que de prisa... Nos pareció tan franca su indignación, que lo dejamos hacer. Después de todo, sentimos un alivio, ya que el brujo nos estaba cansando con tanto rezo y humo... Crispín pidió en seguida una ambulancia, y, entre él y yo, mi madre regresó al Hospital... Aún recuerdo que, mientras la instalábamos en un cuarto, Crispín dio en prodigarse en relación a la “ignorancia del pueblo que aún cree en brujas y curanderos”... Y tuve que aceptarle algunas bromas de esa índole cuando volvíamos a casa... Los días siguientes, con la excusa de saber de la enferma, Crispín nos visitaba con más frecuencia. Yo confieso que tal solicitud no me chocaba. Al contrario como yo estaba siempre fuera de casa me parecía un resguardo para Camila... ¿Quién iba a suponer lo que tramaba aquel cínico?... Quizá también mi hermana ingenuamente, lo trataba con demasiados mimos... Él, por supuesto, no perdía la ocasión de agasajarla con pequeños regalos para la enferma... Yo hasta llegué a pensar que entre mi madre y Crispín... ¡Qué tontería!... Aquel viejo me estaba entreteniendo con cartas falsas y yo no me enteraba... Casi podría jurar que ya mi madre se estaba ilusionando con ese amor de última hora... Las flores que

Crispín le levaba cuando iba a visitarla con Camila y ciertas frases ambiguas hacían que ella viviera bajo una cierta atmósfera de romance... ¡Pobre ilusa!... Se pintaba los labios y se ponía grotescamente bonita para hacerse agradable... A todo esto, Crispín iba tejiendo su trama insidiosamente... Un domingo fue a vernos contentísimo alegando que nuestra compañía le daba suerte en la Lotería... Cuando anunciaron las cifras ganadoras lanzó una exclamación... ¡Había ganado!... Y en seguida envió a la negra Sabina por cerveza... Por supuesto que todo era mentira... Lo que él necesitaba era atraerse nuestra confianza. Quería que La Macksita le perdiera el temor a la bebida... Y yo — ¡qué idiota!— le di a beber tres vasos... ¡Nunca he debido hacerlo... La falta de costumbre la hizo marearse... Tuvimos que acostarla y nos marchamos... Crispín siguió conmigo toda la tarde y, esa noche, me obligó a acompañarlo a los cabarets... Era su ambiente... Las mujeres se le acercaban tímidas... Le conversaban en secreto... Ya usted sabe que él les vendía estupefacientes... Varias de ellas eran realmente bellas, elegantes, espléndidas... Para mí, aquellos sitios eran nuevos... Yo no los frecuentaba... Nosotros, los del pueblo, no nos dejamos explotar tan fácilmente... Nos agradan más bien otros lugares de poco lujo, sin tantas exigencias... Y no es que nos jactemos de económicos... ¡No señor!... El dinero se hizo para gastarlo... Lo que sucede siempre es que los ricos tienen de sobra y ¡claro!... nunca se les acaba... Lo que no comprendí en ese momento sino mucho después fue la celada que me tendía Crispín... El viejo zorro quería hacerme caer en el garlito... Me hizo bailar, conversar con varias mujeres para enterarse de mis gustos... Y, al verme decidido por una de ellas, la invitó a nuestra mesa... Era una rubia graciosa alta magnífica... La llamaban La Pulpa. (Buena forma de apellidarla pulpo porque ella succionaba, explotaba; era habilísima en sacarle el dinero a los incautos...) Crispín no regateaba los gastos... Yo estaba bien borracho y no hacía más que bailar y divertirme... Me creía el más perfecto conquis-

tador... De acuerdo con Crispín aquella infame desplegó todo su arte de seducción... Me hizo creerla enamorada, a tal extremo que yo como un becerro, me dejé echar el lazo... No sé por qué, de pronto, me entró tal somnolencia que me fui desplomando sobre la mesa... No recuerdo lo que pasó después... Al día siguiente me desperté afiebrado. Aquella tarde Crispín no apareció... Yo resolví dar vueltas en mi chiva para reunir dinero, pues mi deseo más vivo era volver al cabaret esa noche. Quería bailar de nuevo con La Pulpita... Yo estaba bien seguro de que ella me quería, ¿por qué motivos iba a dejar perder esa conquista halagüeña...? Trabajé varias horas de mala gana y con un dolor de cabeza desesperante... Sin embargo, no hice mucho dinero... Era difícil redondear una suma como la que exigía una noche de cabaret... En esos sitios ya había llegado al máximum la explotación. Se derrochaba el dinero a manos llenas... Con todo y eso, resolví por lo menos llegarme al bar con la esperanza de verla unos minutos... La busqué con los ojos, pero no la encontraba... ¿En dónde diablos se habría metido?... De repente la sentí al lado mío toda hecha arrullos como gata mimosa... ¡Era magnífica!... A pesar de ser falsa, fingía bien su ternura procurando halagarme... Se colgaba de mi hombro y prometíame la flor de los deleites... ¿Qué no habría dado yo por contentarla?... Quería que me quedara, pero ¿yo qué iba a hacer?... Tuve que huirle, retirándome con la miel en los labios... Sin embargo, la suerte me era adversa... Estaba escrito que yo sería una víctima de La Pulpita... ¡Tal era el plan satánico de Crispín!...

—Olvidaba decir —agrega Elena— que, a poco de marcharse el neurólogo, me di cuenta de un hecho trágico. ¡Noté que estaba encinta! Lo cual significaba que iba a tener un hijo del doctor... ¿Cómo ocultarle la verdad a Crispín?... Aquel problema me dejó consternada... No porque yo temiera que mi esposo, en un momento de rabia, fuese capaz de un crimen... Lo que yo sí temía era un escándalo provocado por él, alguna insidia de su naturaleza turbia... Una alimaña como él podría servirse de ese

hecho para humillarme... Sin embargo, la dicha de ser madre superaba el temor... Me daba cuenta de que mi nuevo estado era la causa de mi asombrosa curación... Era el mandato de la Naturaleza, pues mi cuerpo se preparaba para nutrir el vástago que germinaba en mí... ¡Toda mi vida la debía a esa criatura!... ¿Cómo iba a descuidarla?... Sería tan grato decir: “¡Mi hijo! ¡Mi niño!”... Pero con todo y eso yo no podía oponerme a la realidad... Era preciso que Crispín lo ignorara... Para ello, sólo cabía un recurso: La intervención quirúrgica... ¿Podría yo resignarme a que los médicos me arrancaran aquello y lo tiraran como cizaña inútil? ¡Eso nunca!... ¡Yo no abrigué jamás en mi cerebro tal infamia!... No lo habría permitido!... Aquella cosa, mi niño, debía nacer... Ansiaba verlo alegre, feliz, al lado mío... Ninguna ley de la tierra podría negarme el derecho de ser madre... Si Dios había querido depositarlo en mis entrañas ¿cómo iba a destruir lo que forjó su designio?... Ya presentía sus formas, sus manita, sus pies. ¡Y, sin embargo, faltaban tantos meses!... Cuán distante me parecía el momento en que empezara a notar sus pulsaciones... Me imaginaba sentirlo ya en el vientre palpitante con un gran corazón... Y me daría pataditas como un pequeño ser impaciente... Llegaría al fin la hora de darlo a luz... Bien sabía yo que las madres alumbraban con dolor, pero anhelaba que se acercara pronto esa hora amarga en que el grito se estruja entre los dientes... Me hacía falta ese trance para sentirme digna... Deseaba ese dolor... Lo avaloraba no como un sufrimiento sino como una dicha. Porque nada es más grande que la curiosidad de la púérpera por mirar a su niño... ¡Ver al fin la avecilla que vivía en nuestro nido!... ¡Oh, nada es comparable a tal goce!... Yo no quería privarme de esa gran experiencia aun comprendiendo que mi estado de júbilo era fruto de un egoísmo natural... ¿La alegría de ser madre puede acaso ser causa suficiente para justificar el adulterio? ¿Que iba a decir Crispín? ¿Cómo ocultarle aquel hecho que ineludiblemente significaba el deshonor para él? Me rebelaba sólo al pensar que aquel villano pudie-

ra considerarse vilipendiado por mi hijo. Mi única salvación era ingeniarme para que el vástago resultara hijo suyo. Pero ¿cómo lograrlo? ¡Yo había perdido ya toda esperanza de contacto con aquel hombre!

El Amargo continúa su relato:

—Y así estaban las cosas cuando ocurrió la infamia que nos condujo al hecho criminal. Desde entonces somos inseparables... No hemos sido otra cosa que eslabones de una misma cadena.

¡Ninguna fuerza humana logrará desatarnos!

Hace una pausa y sigue:

—Ya he dicho antes que La Pulpita me tenía ilusionado con promesas de amor... Tenía la más exótica colección de mohines y arrumacos. Parecía una gatita. Yo, para no gastar, esas tres noches me fui a su camarín con el pretexto de ayudarla a vestirse para la escena. Me sentía febricitante cuando mis manos rozaban su epidermis y ella vibraba como potranca briosa. Tenía la piel tan suave que mis dedos se volvían algo torpes al abrocharla. Usaba siempre vestimentas muy raras para sus bailes exóticos. Su vientre, al descubierto, dejaba ver una ensenada que no podrían llenar todos los besos del mundo... Yo me desesperaba suplicándole que accediera a mis ruegos... reía como una loca y me apartaba para salir a escena... Regresaba acezante, sudorosa, pero siempre halagada por los gritos y aplausos que le arrancaba al público... Una noche me vio tan afligido que, fingiéndose tierna, me susurró: “El domingo puedes venir”. Y agregó: “Supongo que mis amigas van a la playa por la tarde. Sin embargo, como no estoy segura te avisaré. Ya tú sabes que la negra Sabina viene a venderme rifas. Te mardaré el recado con ella...” Conté los días. las horas... Me hacía falta dinero... El Viernes Santo fue Crispín a mi casa...

—Pero antes —dice Elena— falta la escena de mi alcoba. El estallido de desesperación que, liberándolo de todo freno, lo transformó en un potro desenfrenado. Esa semana yo no tuve quietud... Me dominaba la obsesión de endosarle aquella falsa

paternidad. Obstinada en esa idea maligna no hallé escrúpulos en retenerlo a mi lado con la intención de seducirlo. Y hasta llegué a valerme de subterfugios cínicos para que no saliera en esos días. Esa noche despedí a la muchacha que me atendía, bajo una excusa cualquiera... Me fingí enferma... E hice que él me aplicara no sé qué unturas sobre el pecho y la espalda... Crispín fue poco a poco sometién dose a mis requerimientos... Y, al sentir que su mano se entretenía lasciva sobre mi seno, me desprendí el corpiño con ese vago gesto muy femenino que da entender sofocación y al mismo tiempo deseo. La pobre víctima languidecía... Bufaba como un caballo en celo... Aquella noche, por fin, desesperado, hundió su bello bajo la florescencia de mi corpiño... Ya esperaba, feliz, la acometida brutal cuando él, de pronto, se levantó colérico y huyó dando un portazo... No pude detenerlo... ¿dónde iba? ¡Al infierno!... Si hubiera imaginado los resultados, yo no habría ido tan lejos... Fui demasiado cruel... Sí, no lo niego... ¡Yo soy la responsable de la tragedia!...

El Mack Amargo prosigue:

—Cuando lo vi llegar, imaginé que se sentía mal. Me pareció trastornado. Lo que más me admiró fue verle el rostro encendido como si fuera a darle algún ataque de apoplejía... Y recordé que, una vez, en mi chiva, se desplomó un individuo... Era bien gordo... Demasiado rechoncho... Parece que el calor le había hecho daño... Se estaba abanicando cuando, de pronto, se sintió mal y comenzó a hacer muecas tan chocantes que parecían de burla... Yo tuve que llevarlo al Hospital... Allí dijeron que eso era apoplejía... Ese detalle parecerá superfluo y, sin embargo, me viene a la memoria cada vez que me acuerdo de Crispín... Esa tarde yo me estaba afeitando para salir... Mi hermana había llegado minutos antes del hospital. Volvía contenta porque notó a mi madre muy mejorada... Y estaba tan alegre que cantaba una canción muy en boga... Yo, por falta de luz, me rasuraba en la puerta. En eso estaba cuando noté a Crispín por el espejo y me sentía contentísimo. Su presencia me parecía

oportuna... Camila y yo salimos a recibirlo, pero nos alarmamos al ver su aspecto... Crispín entró de rondón, sin saludar, y se tiró en el camastro... Le dije a La Macksita: “¡Trae un vaso de agua!”... Me aproximé a Crispín: “¿Qué pasa, viejo? ¿Qué le sucede? (Acostumbrábamos llamarlo viejo a secas, por su aspecto raquítico y su calvicie, pero aún era hombre entero.) Lo hice beber el agua... Se calmó un poco... Y, ya repuesto, resolvió festejar la mejoría con cerveza... (A veces pienso que era un bufón perfecto y que fingía a cada instante)... Sabina fue a buscar las botellas y comenzamos a divertirnos... (Será bueno advertir que él no bebía casi nunca... Le agradaba que los demás lo hicieran y aparentaba estar ebrio como los otros...) Yo me harté de cerveza... Entusiasmado por la idea de mis éxitos, no reparé en la trampa que me tendía Crispín... Seguramente le dio algo a La Macksita... Alguna droga... Tal vez le echó en el vaso algún diabólico estupefaciente... Cocaína o cantárida, vaya usted a saber... Aquella infamia se debió cometer bajo el efecto de algún narcótico... De lo contrario Crispín no habría podido dominar a mi hermana... Camila era chiquilla formal... Le interesaba continuar sus estudios y proseguirlos en la Universidad.

—¿No le parece que se aleja del tema? —le digo yo—.

—En efecto... ¿Por dónde iba? La droga... Sí... Mi hermana no había bebido tanto como para sentirse mal; por eso, cuando la vi reírse hasta quedar sin aliento, creí que era un efecto de la buena alegría de que disfrutábamos... Crispín alegre, destornillábase de risa... Todo aquello me pareció estupendo... La frase más sencilla, el menor gesto nos producía un estallido de risa... Mientras tanto Sabina seguía abriendo botellas. Y la dicha aumentaba... Mi hermanita dio en tararear una canción... Le hicimos coro... Yo comencé a batir sobre la mesa como sobre un tambor... Y resultó que hasta la negra Sabina se unió al grupo con su voz destemplada... Crispín, entusiasmado, bailó con La Macksita, pero hacía tales muecas, que a ella le entró un ataque de hilaridad. Una risita convulsa que fue degenerando

en sollozos y acabó por volverse llanto convulsivo, desgarrador... Al darnos cuenta de que aquello era serio, suspendimos la fiesta... Yo me puse nervioso... “¡Alcali! ¡Amonia! —decía Sabina— ¡Que huela álcali!”... La Macksita se había tirado sobre la cama... Todo su cuerpo se estremecía de angustia... La hice beber de un vaso que preparó la vieja... “La van a revolver —decía Crispín—; lo que sucede es que tiene triste el vino”... Eso del vino me pareció un indicio de embriaguez... “¿Cómo —pensé— si solamente hemos bebido cerveza”?, pero no dije nada... Ya mi hermana se había calmado... Sabina le humedecía la frente con un pañuelo empapado en algo... Crispín aprovechó ese momento para decirme, como quien se acuerda de una cosa importante: “¡Caramba, me olvidaba!” y, apartándome hacia un rincón, agregó: La Pulpita me dio una carta para tí. Casi la olvidé”... Me puse tan contento, que se la arrebataste de las manos y me salí al balcón... Al abrirla, se rasgó en dos... Me llamaba... Decía: “¡Ven esta tarde. Quiero... no te lo digo. Pero llega lo antes posible. Si no vienes, no volverás a verme!” ¿Cómo?... pensé... ¿Por qué motivo adelantaba la cita? ¿Qué me quería decir con aquel “quiero”? ¿Pretendería dinero? Me había dicho que querían deportarla no sé por qué. En esos casos hace falta dinero para ligar a ciertos tipos. A lo mejor la carta sugería una promesa... De ser así estaba a punto de realizarse mi más ardiente deseo... No era el caso de malgastar el tiempo en conjeturas... Lo mejor era correr a sus brazos... Pero, si se trataba de dinero ¿qué iba a hacer?... Yo no tenía suficiente... Fue el momento que aprovechó Crispín para acercarse: “No pierdas esta ocasión... Si te hace falta dinero, despreocúpate”... Y me alargó un billete de veinte dólares... Yo me arreglé lo más ligero que pude y me marché... Todavía al irme, le dije: “¡Le recomiendo a La Macksita!... Y luego, en dos zancadas, descendí la escalera me acomodé en mi *chiva*, y arranqué muy contento... Las calles estaban atestadas de gente con todo y que caía una llovizna monótona. La tarde estaba gris... Oscurecía... Los faro-

les del alumbrado despedían ya su luz... Y, a pesar de que el tránsito, bastante denso, dificultaba el paso de mi *chiva*, logré hacerla avanzar con peripecias audaces y ruido de bocina... Dejé el vehículo en la plazuela del Internacional... El gran anuncio del cabaret se reflejaba —rojo y verde— sobre el húmedo asfalto... Ya el bar estaba lleno de marineros y de soldados yanquis... Formaban una bulla infernal... En una mesa apartada vi a La Pulpita rodeada de “héroes”... Al verme, hizo una seña displicente y siguió hablando con ellos como si tal... No me agradó... Yo pensaba que iba a encontrarla en otro temperamento... No hallé una sola mesa desocupada... Tuve que resignarme a hacer la barra saboreando cerveza... La Pulpita se reía divertida... Los buenos muchachotes del Army and Navy dejábanse ordeñar de lo lindo... Aquella espera me tenía fastidiado... Sin embargo, yo me hacía la ilusión de que La Pulpita, repleta de aguardiente y de dinero, sería presa más fácil y menos exigente... Pedí otra pinta y encendí un cigarrillo... No veía ya la hora de que llegaran los patroles y los M-P con la orden de recoger a la soldadesca... Mientras tanto, me entretuve leyendo los anuncios del Bar... Casi todos invitaban al vicio... Beba Ron... Beba Whisky... Beba Cerveza... WELCOME SAILORS AND SOLDIERS... No se fía... COCA-COLA... Refresca y fortalece... La bella anunciadora, en bañador, sonreía bajo un enorme paraguas... A lo lejos se divisaba el mar y unas barcas... Brillaba un sol de fuego sobre la playa... Y, a pesar del calor, la linda rubia sonreía satisfecha porque bebía sabroso. Fume usted... CHESTERFIELD... LUCKY STRIKE... CAMEL... “¡The finest cigarettes of the Americas!” Y una atmósfera densa de humo y gritos me iba nublando los sentidos... Varios marineros entonaban una canción... Y el barman antillano, vuelto unas pascuas, unía su voz al coro... GOD BLES AMERICA... Las mujeres se sentían guerrilleras... ¡HURRA! ¡HURRA!... Cayeron unos vasos produciendo un repiqueteo de vidrios rotos... No veía a La Pulpita... “¡Deme un whisky!”... Se formó una trifulca... Rodaron unas

sillas... Volaron vasos... Las muchachas gritaban... Los agentes del orden iniciaron su programa de pitos... Varios “héroes” iban saliendo heridos... Los demás, tambaleándose, celebraban el triunfo... GOD BLES AMERICA... “;Otro whisky”... No la veía... ¡Malhaya!... La batahola recomenzó... ¡DRINK BEER AND REMEMBER PEARL HARBOR!... Finalmente iniciaron la retirada... Yo escuchaba la música del cabaret como algo muy distante y muy triste... ¿Dónde estaría La Pulpa?...

Le pagué al camarero... Me devolvió dinero...

—¿No eran veinte?

—Ya los cambió hace tiempo.

—Da lo mismo.

—¿Otro trago?

—Sirve nomás. ¡Ey! ¿Quieres llamarme a La Pulpita?

—Fue a cambiarse. Ya baja... ¡Mírela allá!

—¡Sirve otro!

Se me acercó sonriente.

—¿Qué hubo, Amargo? ¿Bailamos?

No supe qué decirle. La seguí como un perro.

—¿Qué pasa? ¿Estás bebido?

—Un poquito...

—Siempre que bailes bien...

—No te preocupes.

La sala estaba llena de gente. La voz del cantante era insinuante, pero no recuerdo lo que cantaba... Mi estado de embriaguez no me impedía sin embargo, seguir el ritmo de la danza... La Pulpita también había bebido bastante (cosa extraña, porque ella únicamente bebía los tragos falsos del cabaret).

—Te demoraste demasiado —me dijo—. Estuve libre desde temprano, pero como hubo clientes, me exigieron bajar... Estos *bachiches* del cabaret me tienen frita... Me habían dado la noche libre, y, ya has visto, he trabajado toda la tarde... Ahora me han dicho que me darán el día de mañana... Si tú quieres, me esperas en mi cuarto... Yo subiré algo tarde... ¿No te parece bien?...

Por supuesto, me parecía admirable. La música cesó. Gritos. Aplausos...

—¿Nos sentamos?

—¡No, chico! Sube al cuarto. No gastes más dinero. Coge la llave. Puerta 6. Primer alto. Mejor es que descanses... Es temprano. Yo voy a demorarme...

Resolví obedecerla... Eran las diez... Subí... Me eché en la cama como estaba... Me sentía fatigado... La cabeza me daba vueltas... Perdí la sensación de las cosas... Y me dormí soñando...

Elena Cunha prosigue:

—Aquella tarde, cuando Crispín, fugándose, me abandonó, semidesnuda, en el lecho, yo quedé trastornada, poseída de la más cruel angustia... Mi desesperación tenía motivos muy lógicos... Por una parte, se me hacía imprescindible aquella unión; necesitaba conquistar a Crispín, me urgía un pretexto para endosarle el hijo. Por otra parte, los besos de mi esposo, sus caricias, su ardor, su aliento cálido, me habían sobreexcitado... De tal modo que me sentí extraviada, perdida, sin ninguna esperanza... En ese instante (me atrevo a confesarlo) me interesaba más hallarle un cauce a mi deseo insatisfecho que la legalidad de mi hijo... ¿Por qué debo mentir?... Las mujeres somos así... Me daba rabia palpar mi cuerpo, sano, floreciente, anhelante, tirado allí indefenso como una cosa inútil y olvidada... Poseída de esa lujuria insana me revolcaba sobre el lecho... Mordía rabiosamente las almohadas, hasta que ya no pude más y comencé a sollozar... El llanto, amargo, me salía a borbotones, con gemidos de asfixia... Parece que mi abuelo, que estaba en guardia, oyó mis gritos...

—Y, ¿cómo no iba a oírlos? —musita el viejo—. Aquella tarde yo me había adormilado en un sillón... Me despertó el portazo que dio Crispín al salir... Me puse alerta... ¿Qué habría pasado... Yo estaba en esos días como en ascuas... Y me sobresaltaba por el más leve ruido... Me levanté en seguida, y, caminando con precaución, me llegué hasta tu alcoba... Oí tus gritos,

y, lo primero que imaginé fue que aquel bruto había llegado a golpearte (¿qué otra cosa podría esperarse de él?...). Entré en tu cuarto, dispuesto a defenderte... Te vi, semidesnuda, sobre el lecho, estremecida por el llanto convulso... “¿Qué ha sucedido, hijita?” —te pregunté—... Recuerdo que tú volviste el rostro con cierta ansia...

—Por supuesto. Creí que era Crispín.

—Y, al ver que el que llegaba era yo, te cubriste con un gesto de rabia...

—Era muy lógico. De ti yo no esperaba la solución de aquello, sino sólo reproches.

—Pero yo, haciendo caso omiso de tu desvío, me senté a consolarte, lo cual te enterneció profundamente.

—Sí, Nono. Tu ternura me hizo sentirme bien...

—Y tu llanto se diluyó tranquilo. Ya calmada, me lo explicaste todo. Tu alocada insatisfacción, tus temores, y tu angustia por lo que iba a venir... Al darme cuenta de la verdad, al comprender que se trataba de un hijo espurio, de un fruto del pecado, me horroricé. Temí las consecuencias. Sentí precipitarse sobre nosotros un aluvión de desventuras. Y quise convencerte de que el único medio de resolverlo era mediante un aborto. Tú te encolerizaste. Me dijiste que, en ese caso, preferías sacrificarlo todo por tu hijo. Procuré hacerte ver lo vergonzoso que sería todo aquello y la miseria que deberíamos afrontar. Todavía tú no estabas en posesión de tus bienes. Tú caíste como del cielo. No habías pensado en eso. Y te llevaste las manos a la cabeza, desesperada, gritando: “Pero ¿será posible que no hallemos un medio de salvarnos?”. Entonces yo, nervioso, violentando un secreto, te hablé de las escenas bajo la luna; del terrible connubio que se llevaba a efecto cuando Crispín, febricitante por tu demencia, te poseía en el jardín.

—Para mí, todo aquello fue una revelación. Pude explicarme entonces por qué razón había vivido tranquila desde la boda. ¡Qué infamia! Por supuesto, yo estaba convencida de que mi

esposo era un cínico, pero ¿cómo iba a imaginármelo capaz de tanto? De no mediar mi angustia, yo no sabría decir qué habría pasado. Pero, en ese momento no me podía indignar. Se trataba de mi hijo, y aquello me brindaba un recurso para salvarlo. Si mi antigua neurosis había servido como de afrodisíaco para Crispín, yo había encontrado —¡por fin!— la solución de mi enigma. Nada era más sencillo. Sólo había que fingir el paroxismo neurótico. Volvería a ser la loca poseída por la influencia lunar...

—Como es de suponer, yo me negué a esa locura.

—Pero ¿por qué razones? —alega ella—.

—Qué sé yo... Tuve miedo de las posibles consecuencias...

—¡Nada! ¡Nada! Yo me sentía feliz... Y ¿qué importancia podía tener tu miedo frente a la solución de mi tormento? Lo que me interesaba era mi hijo. Yo tenía que salvarlo a toda costa.

¿Quién podía detenerme?

—Pretendí disuadirte de que pusieras en práctica tu antojo ya que era Viernes Santo... Dicen que en días como éste...

—Sí, comprendo que no tuve paciencia. De seguir tu consejo, no habría ocurrido el crimen. Pero ¿quién va a saber lo que está escrito? Aquella sangre tenía que desbordarse tarde o temprano...

El Mack Amargo quiere seguir. Elena lo interrumpe nerviosa:

—Falta algo todavía... Convencida de que debía fingir el paroxismo, dispuse realizar mi proyecto esa misma noche... Como a eso de las nueve llegó Crispín... Me pareció confundido... Jamás lo vi tan raro... Caminaba con el mayor sigilo... Yo lo estaba esperando en la terraza, protegida por la penumbra, pero no había sentido ningún rumor, y casi grito cuando lo vi pasar, todo cohibido, como quien teme dejarse ver... La luz verde de uno de los faroles se proyectó en su rostro... Le vi un aspecto trágico... Las ropas descuidadas... El cabello en desorden... ¿De dónde volvería? Seguramente de alguna de sus rondas plebeyas... Y,

convencida de que su confusión favorecía mi proyecto, resolví sorprenderlo con la simulación de mi locura... Pretendía solamente provocarle, como antes, una violenta escena de celos para que se enterara de mi neurosis... Y, ya dispuesta a todo, lancé el más disonante de los aullidos... ¿Para qué hice tal cosa?... Aquél homúnculo se dio tal asustada que por poco se cae. Pegó tres saltos y se escondió en su cuarto. Aquella mueca me pareció tan cómica que estalle en carcajadas. Me reía como loca, sin fingimiento alguno de tal modo que me contorsionaba sobre el diván. Me había atacado como una especie de hipo que me ahogaba haciéndome sollozar...

Al recordar esa escena, Elena ríe complacida.

Don Céfaros prosigue:

—Cuando escuché su carcajada estridente, me puse en guardia, puesto que, aun suponiendo que era pura ficción, yo estaba inquieto y sumamente nervioso. En ese instante entró Crispín a mi pieza: “¡Venga ¡Venga! ¡Está loca! ¡Se va a morir!” Por supuesto, me fingí atribulado y lo seguí sin chistar. Entre él y yo llevamos a Elena hasta su alcoba para que reposara.

—Me dejé conducir como sonámbula, con los ojos cerrados, convencida de mi superchería; pero no sé decir si en realidad simulaba o era que ya en efecto me volvía el maleficio... Me estiré sobre el lecho, fría, hierática, con los músculos tensos... Crispín salió del cuarto sin hacer ruido... Después oí sus pasos en la terraza y escuché a mi abuelito darle las buenas noches...

—Le dije “Buenas noches” —dice él— y fui a acostarme con el firme propósito de quedarme despierto... No me agradaba mucho ese capricho de Elena... Preferí estar alerta... Pero al cabo de un rato comencé a darme cuenta de que el sueño me iba a vencer y procuré distraerme... En busca de algo para espantarlo, abrí mi armario... No sé por qué motivo (¡era el destino!) yo tenía mi escopeta cargada para salir de cacería... Me deleitaba vagando por los montes, inútilmente, pues nunca hallaba nada... ¡Estaba escrito que mi tiro final sería certero!

—No te preocupes, Nono —exclama Elena—; ya verás cómo todo puede arreglarse... Déjame proseguir... Ya falta poco... Cuando sentí a Crispín en la terraza, me levanté del lecho, desfundé el violín, templé sus cuerdas, y comencé a arrancarle melodías olvidadas, mis viejas añoranzas, los motivos de mi romance espectral... Sentí de nuevo renacer en mi espíritu la otra pasión... Volví a ser de repente la Elena verdadera no la enferma, la otra, la de antes de la guerra, con plena lucidez de mis actos y con mi enorme anhelo de ternuras... A medida que vibraba la música, seguía escuchando afuera los pasos de Crispín, indicadores de que caería en la trampa... Sus pisadas inquietas y su nerviosa tos me revelaban su excitación creciente... Total, sólo faltaba que él me viera desnuda para que se lanzara sobre mi cuerpo... Me asomé a la ventanita del baño... La noche estaba quieta como en espera de algo sensacional, si bien no se notaban aún las grandes masas del arbolado, esas oscuras siluetas que la fronda recorta sobre el cielo cuando nace la luna... Sin embargo, yo estaba convencida de que saldría... Y salió...

El Mack Amargo no puede contenerse. Da un paso hacia adelante y, dirigiéndose a mí, sigue el relato sobreexcitado:

—Aquella noche todo estaba en mi contra... Yo recuerdo que penetré en la alcoba de La Pulpa y me dormí como un plomo... Por supuesto, tuve sueños muy raros... Me parecía encontrarme entre soldados que disparaban... Sentía un gran alboroto... Gritos... Cantos... Y, en medio de la turba, la muchacha que bebía Coca-Cola, me gritaba colérica: “¡Drink beer and remember Pearl Harbor!” De repente, me bañó una ola enorme y desperté... Era Sabina que me había disparado un vaso de agua.

Le pregunté:

—¿Qué pasa?

—¡Despábilate! ¡La Macksita está grave!

—¿Cómo así?

—¡Una desgracia!

—Pero ¿qué fue?

—¡No hay tiempo! ¡Apura Amargo!... Es necesario llevarla al hospital.

—Bueno ¡bajemos!

Y nos precipitamos escaleras abajo... En el zaguán di un tope a unos borrachos que discutían, y eché a correr, sin escuchar sus protestas, perseguido por la voz de Sabina que me gritaba: “¡Apúrate!”... Montamos en la chiva y arranqué a toda marcha... Fue tan brusco el envión que casi tumbo a Sabina.. Hice un viraje por el Parque Lesseps y tomé el rumbo de la “4 de Julio”... En los oídos me vibraba la música del cabaret... Veía en mi mente, como en gran mescolanza, los anuncios del bar... BEBA CERVEZA... PREFIERA COCA-COLA... Fume esto, fume aquello... Le pregunté a Sabina: “¿Qué sucedió? ¡Di, pronto! ¡Qué fue! ¡Maldito sea!”... Sólo un gemido fue su única respuesta... En una esquina me detuvo el silbato de un policía... Se aglomeraron los autos por congestión del tránsito y empezó el gran bullicio de las bocinas... Pasaron varios autos blindados y algunos jeeps... Aquella espera me ponía más nervioso... Comencé a blasfemar... Y, ya colérico, la emprendí con Sabina: “¿Vas a decirme al fin qué le pasó a La Macksita?... Pero ella, temerosa, no se atrevía a contarme... Se hacía la distraída... Pensé: “¿Será una broma?”... Dieron la orden de continuar... Aceleré... Me indignaba la posibilidad de un engaño... En todo caso no perdía la esperanza... Aún sería tiempo de regresar al cuarto de La Pulpita... Pero ¿a qué ilusionarse?... Con mujeres como esa jamás se está seguro... Sabina murmuraba: “¡Condenada cerveza!”... Pensé que La Macksita habría seguido bebiendo... En mala hora se le ocurrió a Crispín acostumbrarla a ese vicio... En adelante le prohibiría beber... Oí la música de un cabaret lejano... La Macksita se sentiría mareada... ¡Chiquilladas!... No sería nada grave... Sin embargo... “¿Ya lo viste, Sabina? Te lo dije: ¡No le des más cerveza!”... Pasó un camión en fuga... ¡No es por eso!—gritó Sabina—... La Pulpita se quedaría esperándome... “Luego entonces...” —le dije—... En ese instante llegá-

bamos a un cruce... Había revuelo... No se podía pasar... Oí el silbato del policía... Se había formado un gran barullo de gente... Parece que era un choque... Eché el vehículo por otra calle y penetré en “El Chorrillo”... Ya íbamos a llegar... Sabina dijo: “¡Amargo, te lo debo decir, a La Macksita la han desgraciado!”... Casi pierdo el dominio del volante... Le pregunté: “¿Qué has dicho?”... Llegamos a la casa... Detuve el auto... La vieja farfullaba: “¡Ese Crispín condenado!”... Comencé a presentir la realidad... No sé cómo subí... La puerta estaba ajustada... Ni el más leve rumor... ¿Se habría llevado Crispín a La Macksita?... Penetré con cautela... A la luz tenue que despedía la lámpara de kerosene pude entrever los objetos... Sobre el lecho yacía mi hermana, pálida, cadavérica, exangüe... Abrió los ojos con gran dificultad... Me pareció horrorizada... Se quejó... Dijo algo que no pude escuchar... A mis espaldas se lamentó la vieja: “¡Pobrecita!”... Yo levanté las sábanas... Lo que vi me dejó sin aliento... ¡Sangre, sangre por todas partes!... Junto al lecho vi otros lienzos manchados... “¿Cómo fue?”... La Macksita no podía responderme... Sabina barbotaba: “¡Yo tuve que salir a hacer mi venta de rifas... Crispín me aseguró que iba a quedarse atendiéndola... Cuando volví, me pareció oír gemidos aquí en el cuarto... Vine a ver... Y encontré a la La Macksita bañada en sangre... Me dijo que se había adormilado y que notó como en sueños cuando Crispín, con un aspecto de loco, se le fue encima... ¡Válgame Dios!... Mejor es que la lleves al Hospital... Con tanta sangre perdida, si no llegas a tiempo puede morirse...” Me volví como idiota... No podía decidirme... Mi odio contra Crispín era mayor que mi pena... Por mi mente cruzaron mil ideas... “¡Apura! ¡Apura! —susurraba Sabina.— Hay que dar parte a la policía!”... ¡Vaya una fórmula!” Crispín tendría mil medios de defenderse... Con dinero podría acallar la prensa... Para él no era difícil hacer que hasta las mismas autoridades echasen tierra sobre el asunto... Lo más cuerdo era evitar el escándalo... Sabina (aun a sabiendas de lo que había ocurrido) se hacía la sor-

prendida, lamentándose como una urraca... Me propuse ganarme su confianza para cogerla en falso convencido de que al fin y al cabo ella, a las buenas, me diría la verdad... La muy astuta no hacía más que gemir: “¡Pobre criatura! ¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Pide ligero la ambulancia del Hospital!”... Pero no le hice caso... Sabía que tal recurso podía dañar mis planes, pues las autoridades llamarían a Crispín con el pretexto de interrogarlo y urdir la farsa de siempre... Yo estaba convencido de que hallaría la fiera en su madriguera... Allí estaría relamiéndose harto de sangre, desprevenido... Le caería de sorpresa... Pero, ante todo, lo urgente era salvar a mi hermana... La levanté, con gran cuidado, en los brazos (Sabina me ayudaba) y fui bajando con ella hasta la *chiva*... Procuré acomodarla con toda la premura que su estado exigía... Hice subir a la vieja... Y arranqué... Sin embargo, preferí hacer el viaje con la mayor cautela... Era preciso que nadie se enterara... Por todas las esquinas me llamaban los que querían servicio. Yo no me detenía... Les contestaba: “Voy a guardar”... Y así llegamos al Hospital... Fue necesario esperar un poco... Le expliqué a la enfermera: “Se trata de algo grave... Una hemorragia”... Mi hermanita había perdido el sentido... En la camilla, como una muertecita, fue llevada a la sala de operaciones... Ya el médico de turno estaba listo para operar... No me dejaron entrar... Y no sabiendo qué hacer, Sabina y yo no sentamos en un banquito del corredor... Esos minutos me parecieron siglos... Salían y entraban enfermeras, silenciosas, solícitas... ¿Qué pasaría?... ¿Por qué motivo se demoraban tanto?... Lo que me preocupaba sobre todo, era que alguna *nurse* pudiera conocer a La Macksita y cometiera la imprudencia de irle a mi madre con el cuento... Desde luego, yo todavía pensaba que aquello no era grave... Ya estaba acostumbrado a ver tragedias como esa... Una muchacha que se deja engañar no es nada nuevo... Entre nosotros, gente del pueblo, no se le da importancia a pequeñeces de esa índole... Suceden con frecuencia... Pero el asunto cambia si el hecho se comete sin voluntad

de parte... Ya entonces se convierte en todo un caso de honor... Sin embargo, como no nos agrada inmiscuir a la policía en nuestra vida, buscamos al culpable y le exigimos la debida reparación... Ya es sabido que las autoridades se enteran cuando el asunto llega a las manos del forense con señales de sangre... Por eso y por estar convencido de la vitalidad de La Macksita sólo hablé de hemorragia... Fue el gran error, pues si yo hubiera declarado los hechos ella se habría salvado... ¡Jamás he sido tan torpe como esa vez!... Sí, lo comprendo... Me obsesionaba la idea de chantajear a Crispín para vengarme de una manera cínica... Mi plan era abordarle en su propia casa y aun hacerle un escándalo delante de la esposa hasta sacarle ventaja... Desde luego, nunca pensé matarlo... No creo yo en el honor como lo entienden los otros... Me basta con los puños... Son las mejores armas, sin peligro de audiencias fastidiosas... A lo sumo, varios meses de arresto... Total, muy poca cosa... ¿Cómo iba yo a pensar que él, tan enclenque, se atrevería a enfrentáseme?

—¡No divagues, Amargo! —exclama Elena—.

—Tienes razón —replica—. Bueno... ¡Sí!... El Hospital... Aquella espera me tenía ya impaciente... Por fortuna, salió de nuevo el médico quitándose los guantes... Pensé: “Ya ha terminado la operación”... Y era así, en realidad pues ya traían a mi hermana en una mesa portátil... No pude verle el rostro... Iba cubierta como un gran catafalco... Sentía cierta aprensión, aunque las enfermeras no parecían inquietas. Una de ellas me dijo: “Puede pasar”... Yo entré... Vi a mi hermanita cuando alzaron la sábana que la cubría... Parecía muerta... “La perdida de sangre” —pensé—... Dos enfermeras la habían depositado ya en su lecho, pero una de ellas gritó: “¡Llamen al médico! ¡La hemorragia ha seguido!”... Noté la gravedad al ver que el médico la hacía llevar de nuevo al salón de operaciones... “¡Parece que ha empeorado! —dijo Sabina—. Será mejor contarles lo que pasó o se muere!”... Yo me puse nervioso... Me aproximé al doctor y le narré lo ocurrido... “¿Por qué no lo dijo antes?” —me contes-

tó; hizo un gesto como de desagrado y entró al salón, nervioso... Me senté... En ese instante, frente a una muerte próxima, mis pensamientos tomaron otro curso... Si perdía a La Macksita ¿qué iba a pasar? Sólo pensarlo me crispaba los nervios... Pero, aun así, recuerdo que no surgió en mi mente la idea del crimen... En ese caso yo habría llevado un arma... ¿Cómo puede matarse sin la ayuda de un revólver o un hacha?... A no ser que sea fácil hallar a mano algún objeto pesado... Pero el que va a matar no ha de atenerse a las circunstancias... Necesita ir armado para estar bien seguro... Claro que un hombre fuerte le queda aún recurso de estrangular a su víctima... Pero digo estas cosas porque se las oí al Fiscal durante el juicio... ¿Cómo iba yo a saber tantas maneras de asesinar?... Es increíble lo que puede aprenderse en una audiencia... Llega uno a convencerse de que los abogados son técnicos del crimen... Nada podría fallarles... Lo saben todo... ¡Qué buenos criminales pudieran ser!... Cuando le oí al Fiscal todo el proceso que, según él, tuvo lugar en mi cerebro y que él llamaba la premeditación, creí que hablaba de otra persona... Por sus cálculos, yo llevaba un revólver, que eché al estanque, después de disparar... ¿Por qué motivo penetré en el jardín?... No señores... Yo iba dispuesto al crimen... Quizá era cierto... Lo que nunca pensé fue de qué modo liquidaría a Crispín... Y en efecto lo estaba estrangulando cuando escuché el disparo... ¿Pero, a qué divagar?... Me he adelantado... Volvamos a los hechos... Regresemos a aquel momento trágico del Hospital... Sabina y yo esperábamos en silencio, cada cual en un extremo del banco... Se repetía de nuevo el ir y venir de uniformes... El tiempo transcurría... Las enfermeras parecían más nerviosas... Entraban y salían apresuradas... Yo comencé a intuir que algo muy grave debía pasar... Y, a medida que el signo de la muerte se delineaba en mi cerebro como algo inevitable, relampagueaba en mí la idea del crimen... Pero era algo impreciso, algo confuso... Recuerdo que Sabina comenzó a lamentarse y hacía unas muecas raras... Yo le iba a preguntar lo que

pensaba de todo aquello, cuando salió el doctor y entró a lavarse en el gabinete aséptico... Me pareció notarle un ceño adusto que no le era habitual... En su semblante vi una expresión de pena que me desorientó... “¡Mala cosa!” —pensé—. E iba a seguir tras él para enterarme, pero no fue preciso porque una de las enfermeras se me acercó anunciándome la defunción.

—¿Puedo llevármela? —le pregunté—.

—¡Imposible! repuso—. Se trata de un delito según parece... Tiene que examinarla el médico forense... A lo mejor resuelve hacerle la autopsia... Yo creo que es preferible que usted dé “el parte”... Bajen los dos a la oficina de policía... Los necesitan... Deben ustedes declarar...

¿Para qué dijo aquello?... No obstante estar seguro de mi inocencia, me puse nerviosísimo... Sabina, peor aún... Ella, en efecto, tenía grandes motivos para estar intranquila... Su existencia no había sido otra cosa que un eterno escamoteo de la ley... Y, en el asunto de La Macksita (después se supo) le tocó hacer de cómplice... Por eso resolvimos (sin confesárnoslo) darle larga al problema... En la oficina parece que no tenían gran apuro... Dijeron que la autopsia se efectuaría al día siguiente... El cadáver lo llevarían a la morgue donde debía pasar toda la noche... Yo prometí volver con la denuncia del caso... No recuerdo haber vertido una lágrima... Sabina, sí... La idiota no hizo más que llorar cuando volvíamos a casa... ¿Le remordía la conciencia por la ayuda prestada?... Sin embargo, de haberse imaginado las consecuencias... ¡No sé!... Bueno, ya en casa, la dejé convencida de que, al guardar la *chiva*, regresaría... Deseaba sorprender a Crispín y no quería, desde luego, que Sabina lo previniera telefoneándole... Por eso procuré entretenerla diciéndole:

—No vayas a acostarte sin limpiar esa sangre. Lava el cuarto. No dejes ni una huella. Y sobre todo, no le cuentes a nadie lo que ha pasado.

No podría precisar exactamente lo que bullía en mi mente cuando arranqué de nuevo a toda marcha... Lo que sí sé de cier-

to es que me guiaba la imagen de Crispín... Con todo y eso, al llegar a la Plaza de la Estación (iluminada por el soberbio anuncio del cabaret) detuve el auto y entré con el propósito de ver a La Pulpita... No sé por qué intuí que aquella intrusa tenía también su parte en mi desventura... Pero es también posible que mi entrada en el bar sólo escondiera una intención lujuriosa... Vaya usted a saber... Bueno... Recuerdo que me senté en un ángulo y pedí un trago... Ya eran más de las doce... ¿Dónde estaría La Pulpa?... Faltaba aún mucho tiempo para que ella subiera... ¿Qué pensaría al entrar y no encontrarme en el cuarto?... No sé por qué motivo se me ocurrió en seguida una coartada.. Estableciendo que ella me suponía desde temprano en su cuarto, ¿qué testigo mejor en mi defensa si ocurría una tragedia?... Yo podía liquidar muy lindamente mi asunto con Crispín y regresar a la pieza número 6... De esa manera habría matado a dos pájaros de un tiro: vengarme de Crispín y solazarme con mi estupenda rubia... Aquel ingenuo desquite me decidió... Pedí otro trago, me lo bebí de un golpe e iba a salir cuando alguien me detuvo.

—¡Aló, Mack!

Una cholita, vulgar, desprestigiada, que quería darse tono porque la habían empleado en el cabaret. Era tan grande la demanda de besos, que aun las más infelices tenían su *boy*.

La miré con cierta ira:

—¡Zafa! ¡Zafa! —le dije—.

Hizo una mueca y se colgó de mi brazo.

La aparté bruscamente.

—¡Busca a otro!

Y ella a mí:

—¡Mack Amargo, te has dejado engañar!

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque se fue a Colón!

—¿Quién?

—¡La Pulpita!

—¿Sin licencia?

—No, chico. ¡Se le acabó el contrato! ¡Creo que vuelve a La Habana!

—¡Hija de perra!

—Sí, Mack. ¡La platinada te jugaba bajezas!

Comprendí... ¡Sí, señor!... Tuve en seguida la percepción exacta de la burla... ¡Me pareció tan clara!... Crispín le dio dinero para que me engañara... Con razón La Pulpita me hizo subir al cuarto... Me quería retener mientras el otro se saciaba a sus anchas... ¡Hijos de una...! ¡Ya me las pagarían!... Sentí la sangre palpar en mis sienes... Corrí... Me eché a la calle... La noche estaba clara... Un tren en marcha me hizo entrever la huída de La Pulpa... ¿A esas horas?... ¡No!... Sería un tren de carga... Sin embargo, hay detalles que no se olvidan nunca... Los bufidos de la locomotora... El estertor de la máquina... Los borbotones de humo... La campana con su toque estridente... Las dos barras del cruce que descendían cual guillotinas fantásticas... Y, allá arriba, en el cielo, sobre las casas míseras de Guachapalí, la luna... ¡Oh, sí!... Hay detalles que se quedan impresos en la memoria... Aquello ¿sería un presentimiento de la tragedia? No sé... Monté en mi *chiva* y la lancé velozmente con rumbo a mi destino... Todavía, hasta ese instante, señor, yo no pensaba matar... Tenía la mente nublada por los tragos y por mi instinto ciego... Yo iba como esos toros que se echan a correr, enfurecidos, cuando ven algo rojo...

Hace una pausa para tomar aliento. Respira fuerte. Aceza.

Elena Cunha, aprovechando ese lapso, continúa su relato:

—¡La luna había salido por fin!... ¡Yo estaba alegre!... ¡Ya mi triunfo era un hecho!... En la terraza, percibía las pisadas de Crispín... Resonaban de un lado para otro con monótono ritmo... ¿Cómo no iba a pensar que su impaciencia se debía a mi demora?... Ya era tiempo... Me despojé... Cubrí ligeramente mi cuerpo... Tomé el violín... Salí... Crispín fumaba pegado a una columna... Cuando me vió pasar, tiró el tabaco listo para la acción... Lucía una luna como mandada a hacer... Crucé el jardín

y me acerqué a la piscina... Dejé caer mi túnica... Y, en actitud de estatua, le arranqué a mi violín las melodías olvidadas... Yo no he tocado nunca como esa noche... Cada nota era un garfio, cada espiral un lazo... Era mi anhelo de atraer a Crispín, de subyugarlo a mi antojo...

Don Céforo, nervioso, como quien ya presiente la tragedia, se adelanta y explica:

—En mala hora se le ocurrió esa idea... Desde mi cuarto, como un gato en acecho, yo captaba los más nimios detalles... Y, era tal mi impaciencia, que hubiera preferido salir, si la presencia de Crispín, en el pórtico, no me hubiera arredrado... Miré por la ventana... Desde luego, la luna me indignó; siempre fatídica, se proyectaba enorme sobre los árboles. ¿Qué nuevos sinsabores me anunciaría?... En ese instante vi pasar a mi nieta... La suerte estaba echada... ¿Quién ganaría?... La luz del astro rielaba sobre el agua... Las sombras se movían... Se respiraba una brisita muy tenue... “Si lloviera —pensé— sería mejor”... Habría querido detener la gran farsa... Pero los hechos ya iban precipitándose... Sentí, sobrecogido, las notas del violín... Me parecieron amargas, dolorosas, como si Elena las fuera desgarrando del instrumento... Su silueta se destacaba esbelta junto a la balaustrada... Poco faltaba ya para el falso éxtasis...

El Amargo prosigue:

—No hace falta explicar con qué alocada velocidad lancé mi *Chiva* hasta Bella Vista... Todo el barrio dormía... Siento a menudo cierta envidia insufrible contra los aristócratas de ese barrio... Tienen casas bonitas... Elegantes chalets... Villas soberbias... Y deben ser felices... Los jardines están arregladitos... Hay flores a montones... Y, la grama, siempre cortada al rape, provoca echarse al suelo a dormir o a contar las estrellas... Sufro un rencor profundo al ver los juegos de los niñitos ricos... Visten siempre de nuevo... Gritan, chillan... Y corretean alegres tras el perro... ¡Qué bestia más hermosa!... Nunca muerde a los niños... Pero si se aproxima un extraño, ¡cuidado con el perro!... Sobre

todo si el extraño es un pobre... Nuestros perros del pueblo no establecen diferencias de clase... Pero estoy divagando... Usted perdone... Siempre olvido los hechos... Yo recuerdo que el barrio estaba en calma bajo la noche... Y el motor de mi chiva hacía un escándalo definitivamente insoportable... ¿Qué se podía esperar de un cachivache como ése?... Resolví abandonarlo e hice el trayecto a pie... Crucé las calles desiertas y me quedé escondido en un paraje poblado de árboles... Las sombras se adensaban bajo el ramaje... La Villa estaba cerca... Sabía que era la última, la de la esquina, rodeada de murallas... Avancé con sigilo, tratando de fundirme en las sombras... No deseaba que me oyera algún perro... No hay nada más terrible que esos ladridos a media noche... Cuando ya estaba cerca de la Villa oí la música de un violín... ¿Quién tocaría a aquellas horas?... Me aproximé... Crucé la calle... Me pegué a la muralla... Aquella música salía de allí... Era tan triste que me puse a escucharla y hasta experimenté como una especie de calma... Me sentí más pacífico, sin deseos de venganza... Sólo entonces recordé a La Macksita... Hasta ese instante no tuve la certeza de que había muerto... Su cuerpo delicado reposaría en la Morgue entremezclado con los otros cadáveres... Me invadió una gran ola de llanto... Y, mi ternura, reprimida hasta allí, brotó serena... De repente dejé de oír la música... Probé una sensación de soledad... La noche me pareció más lóbrega... Más lúgubre el silencio... Más inmensa mi cuita... Volvió a invadirme aquella cólera ciega de bestia enfurecida... Me froté con la manga los ojos húmedos... Y me dispuse a actuar... Necesitaba saltar el muro que, aun no siendo tan alto, presentaba un obstáculo: tenía el borde con vidrios... Agudas puntas que lucían como estrellas a la luz de la luna... Saltar por ese lado hubiera sido destrozarme las manos... Por las ramas de un árbol sería más fácil... Los estudié con calma, y hallé uno cuyas ramas caían sobre el jardín... Aprovechando las ranuras del tronco subí por él hasta quedar a horcajadas sobre una de sus ramas... Jadeaba... Respiré a pulmón pleno... Aquella atmósfera, Impregnada por la

fragancia de las flores de acacia, me hizo pensar en el cadáver de la Macksita... Si conseguía sacarlo del hospital le haría un velorio con profusión de flores... Ya sabía dónde hallarlas... Y remecí las ramas produciendo una gran lluvia de pétalos... El cadáver lo arreglaría Sabina... La Macksita yacería sobre un catre, yerta, rígida... ¿Tendrían que desnudarla?... ¿Por qué diablos lavarán a los muertos?... Es algo bien grotesco... Presenciarlo debe causar espanto... Sin embargo, yo no sé lo que es miedo ni me asustan los cuentos de fantasmas... Muchas veces he cruzado de noche el cementerio sin la menor zozobra... Pero, esa noche, cuando logré mirar hacia el jardín sentí un ligero estremecimiento... Sobre el césped había una cosa blanca que se movía. ¿Sería un espectro?... Procuré infundirme ánimo reprochándome con palabras mordaces... “¡Cobarde! —me decía—. ¡No te achiques!”... Poco a poco me sentí más tranquilo y, deslizándome sobre otra de las ramas, fui a caer al jardín... Inútilmente traté de no hacer ruido... La hojarasca crujía bajo mis pies... Quedé en cuchillas pronto a huir si era necesario... La Villa estaba a oscuras... No parecía habitada... Me infundía sobresalto el más ligero rumor que producía el viento al remecer el ramaje. Me fui acercando a gatas hacia aquello que se movía en el césped y distinguí por fin como dos cuellos de cisnes... Pensé que aquellas aves estarían arrullándose junto al estanque... Pero sus contorsiones eran tan raras... ¿Serían de veras cisnes?... Seguí avanzando, cauto, y me detuve de pronto sobrecogido... Lo que veía moverse eran los brazos de una mujer... Estaba tendida sobre el césped, desnuda, y retorciéndose como animal herido... Percibía claramente sus formas blancas al claro de luna... Aquella *pulpa* me hizo olvidar a la otra... Lo que yo había deseado toda mi vida se me ofrecía por fin a pocos pasos... Bastaría dar un salto para caer sobre ella... Besarla, hacerla mía... ¿Cómo explicar ahora mi estado de ánimo?... Seguramente me embruteció el alcohol o lo avanzado de la hora... No sé... Pero lo cierto fue que perdí el sentido y acercándomele, la estreché entre mis brazos...

El Mack intenta repetir esa escena. Elena Cunha lo rechaza, violenta:

—¡No, Amargo! ¡Me haces daño!

Forcejean.

—¡Que me sueltes!

Don Céforo interviene:

—¡Ten paciencia, hijo mío! Dentro de poco no hallarás resistencia.

Parece comprender y, ya sereno, ríe con cierta malicia.

Elena Cunha se acaricia los hombros y murmura con falsa ingenuidad:

—¡Ese demonio tiene brazos de hierro!... ¿Lo ha visto?... ¡Es una bestia!... ¿Quién podría detenerlo?... ¿Cómo iba yo a negármele a esa masa de músculos?...

—¡Mentira! —grita El Mack—.

—¡No me interrumpas!

—¿Qué ganarías mintiendo?... Di la verdad... ¿No es cierto que estuviste de acuerdo?

Ella comprende que es inútil fingir, alza los hombros y confiesa:

—Es verdad... Si me expuse a la comedia del éxtasis no fue sencillamente por endosarle un hijo a Crispín sino empujada por mi ardiente deseo... De tal modo que, mientras debatíame bajo la luna sólo pensaba en eso... Todo mi cuerpo ardía... Necesitaba a Crispín... Quería entregármele con toda mi pasión... En ese instante sentí que me besaban, y, creyendo que era él, abrí los ojos... Pero no era Crispín, era un extraño, tal vez un criminal... El sobresalto me hizo lanzar un grito... No sé ni por qué lo hice, pues confieso que ya me había entregado sin reservas al abrazo de aquel desconocido... Y, aún simulando negarme a sus caricias, ya había resuelto dármelo... Lo malo fue aquel grito...

—Lo del grito no hubiera sido nada — dice Don Céforo.

—El mal estuvo en mencionar a Crispín —agrega Elena.

—Porque al oír su nombre —dice El Mack— me di cuenta de que ella era la esposa y, por supuesto sentí mayor el ansia de subyugarla... ¿Qué venganza podía ser más certera?... Pero, no era venganza... Más bien, brutalidad. ¿A qué negarlo?

—Me agrada que lo digas, pues yo no me avergüenzo de confesar lo que pensé en ese instante... Cuando yo comprendí que era otro el hombre que me vencía (más fuerte que Crispín lleno de vida, y, por lo tanto, fecundo) sentí un júbilo inmenso... Mi hijo estaba salvado, pues siendo involuntario tal ultraje a mi cuerpo, Crispín debía aceptarlo como hijo suyo... Fue una idea momentánea, pero bastó para volverme feliz y decidirme a aquella entrega inmediata...

Don Céforo interrumpe:

—Si no hubieras gritado todo habría andado bien... Yo hasta recuerdo que estaba ya dispuesto a no meterme entre ustedes y me había retirado de la ventana para no ser testigo de aquella farsa...

Hace una pausa, y, dirigiéndose a mí:

—Ya iba a acostarme y estaba desvistiéndome, pero tenía el oído atento a todos los ruidos del jardín... En ese instante partió el silencio el grito desgarrador de Elena... Pensé inmediatamente que Crispín la mataba... Tuve plena conciencia de que la estrangulaba... ¡Ah, canalla!... Descolgué mi escopeta (yo la tenía cargada con perdigones)... Y me precipité... Choqué en el pórtico con Crispín... Iba armado con algo muy brillante... Lanzó una exclamación y se lanzó hacia el estanque... Yo pensé: “¡Va a matarla!”... Y preparé mi fusil...

El Mack Amargo continúa:

—Cuando yo vi venir en contra mía a aquel sujeto quedé un rato indeciso, y aún dudaba de que fuese Crispín... Entre los árboles no podía distinguirlo... Venía apartando ramas y dando tropezones... Al fin lo tuve cerca... Lo tenía a pocos pasos... ¡Era él!... Lo sorprendente fue que aquella certeza me dejó indiferente... Algo más grande que mi odio en contra de él aniquila-

ba mi voluntad... En ese instante no hubiera habido fuerza capaz de distraerme... Parecía entorpecido por la pasión... Y ¡claro! no le temía a la muerte... Crispín llegó acezante y se detuvo a pocos pasos de mí... Noté en su mano el centelleo del acero, pero no me inmuté... ¿Cómo decirle?... Recuerdo solamente que él quiso separarme de Elena y yo, enojado, lo aparté con tal furia que rodó por el suelo... Parece que saltó, muy ofendido, y, ya dispuesto a matar, me hirió en el hombro. Yo al sentir la punzada, me levanté frenético y arremetí... ¡Pobre hombre!... Se fue al suelo, de bruces, al primer empujón... Aún sigo oyendo el tintinear del acero sobre las piedras... Y, mientras me detuve llevándome una mano a la herida, Crispín hizo el intento de hallar el arma... Me le fui encima... Pero de entre mis manos resbalosas de sangre él deslizóse como una anguila... Corrí, bestializado, dispuesto a estrangularlo... Lo atajé en un recodo, bajo los árboles, y no halló más remedio que meterse en el cauce lleno de miasmas que servía de desagüe... Seguí tras él, furioso, chapoteando en el fango... Me enredé en las raíces... Las arranqué colérico... Y, ya libre me disponía a lanzarme nuevamente tras él, cuando, de pronto ¿quién lo iba a imaginar?...

—¡Qué noche horrible señor, —dice Don Céfar— No me hubiera creído capaz si mis sentidos no siguieran gritándome: ¡Asesino! ¡Asesino!... ¡Sí, señor! ¡Qué miseria!. ¡Yo asesiné a Crispín!... Todas mis fibras anhelaban matarlo... Desde que eché a correr, atormentado, tras él, ya había dispuesto el gatillo de mi escopeta... Pero al mirar la escena que se desarrollaba, me quedé tras un árbol... “Mejor así —pensé—, pues ese intruso me evitará el trabajo de asesinarlo”... Sentí un alivio enorme... Finalmente nos libraríamos de él... Respiraríamos tranquilos y recuperaríamos nuestros bienes... Tras aquel escondite vi la escena... Pero lo más extraño, lo que más me aterró fue la conducta de Elena... Se había pegado a un tronco, como yo, y contemplaba la lucha con menos estupor que si mirara acariciarse a dos bestias... Su impasibilidad me horrorizó... También Elena anhe-

laba la tragedia... Aquel canalla moriría entre mis manos, en las de ella o en las de aquel intruso... Cuando lo vi en el fango chapoteando desesperadamente, comprendí que Crispín iba logrando ventaja... ¿Podía salvarse entonces...? No pude tolerarlo... Me eché el fusil al hombro... Y disparé...

—¡No! —grita ella—. ¿Por qué ibas a matarlo?

—¿Tú qué sabes? Caíste allí privada...

—Aquel disparo me hizo pensar en Ninski... Vi la escena de nuevo... Lancé un grito... Perdí el conocimiento...

El Mack Amargo prosigue:

—El estallido me había dejado estático, pero al oír el grito, volví el rostro hacia Elena... La vi caer inerte al pie del árbol y me quedé confuso... Sería cosa difícil describir lo que pasó por mi mente... Lo cierto del asunto es que ignoraba quién disparó... Sólo recuerdo que vi caer de bruces a Crispín sobre el fango... Pero también Elena había caído, y, pensando que la herida era ella, corrí pronto en su auxilio... La levanté en mis brazos... Estaba helada, yerta... Me dirigí a la casa... Vi entonces, a mi lado, a este señor, nervioso, que me mostró la alcoba... Pero, imagine usted, aquel disparo había llenado la noche de ladridos y de voces humanas... Pensé: “Dentro de poco vendrá la policía”... Me entró un miedo endiablado... Dejé a Elena en la cama... Y eché a correr... Jamás olvido la visión de su cuerpo... Había notado que ella no estaba herida... En el pantano habría expirado Crispín... Sin detenerme a averiguar la verdad iba a escaparme por el zaguán, pero alguien daba golpes que estremecían la puerta... Oí los gritos de gente que corría... No me quedaba más que saltar el muro... Seguía oyendo a los perros... El bullicio aumentaba... De un gran salto me agarré a la muralla... No recuerdo haber sentido dolor cuando me herí con los vidrios... Me monté sobre el muro... Salté... Y eché a correr hacia la parte del mar... Mis pasos resonaban pesados en la noche... En mis oídos se clavaban punzantes los agudos pitidos del policía... Llegué a la plaza. Trataron de atajarme y me lancé hacia la playa... No vi otra solución que

refugiarme en el corral del ganado... Las bestias se asustaron... Me oculté en medio de ellas... Aún recordó que la brisa del mar no amortiguaba la peste insoportable de la boñiga...

—Mientras tanto —dice ella— yo había recuperado los sentidos y me sentía mejor... Me molestaba mi neuralgia de siempre, sobre todo porque oía fuertes golpes del lado del zaguán... Mi abuelito resolvió abrir la puerta... Yo me quedé en la alcoba y desde allí oía el bullicio de la gente que entraba... Miré por la ventana del baño... Habían traído linternas... Y hacían preparativos para sacar al muerto del barrizal... Todo aquello me llenaba de horror, pero no pude contener mi curiosidad y me vestí a la ligera, con la celeridad de quien no quiere perder un espectáculo... Parecerá increíble pero la muerte de Crispín no me causaba dolor, por lo tanto, no me sentía dispuesta a hacer de viuda dolorosa y desconsolada... Me hallaba en un estado de impasibilidad casi absoluta... La suerte de mi abuelo me tenía sin cuidado... Más pensaba en el otro... ¿Quién sería?, ¿Qué deseaba?... ¿Por qué entró en el jardín?... Me habría agradado verlo de cerca... Hablarle... Y procuraba escuchar lo que decían, con la esperanza de saberlo ya a salvo... Pero aquellos curiosos ponían más interés en las maniobras que estaban realizándose para extraer al muerto del lodazal. Se habían aglomerado junto a la ciénaga y alumbraban con antorchas y lámparas... Al fin, dos hombres sacaron el cadáver... Parecía un gran fante de chocolate... Lo tendieron sobre la orilla seca, boca arriba... La luz de las linternas dejaba ver apenas algo informe recubierto de barro sanguinolento y brillante... Mi abuelito no quería ver aquello... Le daba horror... Yo, en cambio, no perdí ni un detalle de aquella escena... Se oían los comentarios más caprichosos...

—Lo asesinaron y lo echaron al cauce.

—¿Quién sería el asesino?

—En este barrio no se podrá vivir...

—De día, los toros; de noche, los ladrones...

—¡Imagínese!

Peligran nuestros hijos...

—Parece que... ¡Canallas!

—Quisieron secuestrar a la señora...

—¡Qué bárbaros! Para pedir rescate...

—¡Pobre viejo!

—¡Sabían que era riquísimo!

—Con el negocio que hace...

—Sin embargo, se portó muy valiente.

—Se oyó un grito terrible...

—Eso fue antes...

—¡No! Después del disparo.

—¡Le digo que fue antes!

—No discutan ¡Ya viene la ambulancia!

En efecto, se oía ya la sirena... Vi llegar otros hombres, más policías, un médico... Este último venía de ropa blanca y no se quiso ensuciar.

Dijo:

—¡A la morgue! ¡Necesita un buen baño antes de la autopsia!

Colocaron al muerto en una camilla... Chorreaba lodo y sangre... Al conducirlo, la gente hizo cortejo con lámparas y antorchas como tras un sepulcro de Viernes Santo... Extrañas sombras jugaban en los árboles... Y la aguda sirena de la ambulancia volvió a herir mis sentidos...

—No vamos a cansarlo —dice el viejo— poniéndolo al corriente de lo que constituye todo un legajo... Lo puede usted leer... Nada ha faltado... Hasta la lucha enconada que sostuvo El Amargo entre las bestias cuando lo descubrieron en el corral...

—¡Qué batahola! —dice él—. Yo había pensado saltar hacia la playa, pero no había contado con los perros de presa... latían como demonios... Y se precipitaron en contra mía... Se formó un alboroto del mismo diablo... Los agentes pitaban... Gritaban los vaqueros... Y las reses se revolvían inquietas con deseos de escaparse... La luz de las linternas aumentaba el pavor alzando sombras que se peleaban solas... Traté de refugiarme en un recodo del

maderamen... Me resbalaba... Caí... De mis heridas salía abundante sangre... Inútilmente procuraba estancarla con mis manos resbalosas de fango; mi carne, desgarrada, me clavaba agujones... Y los perros, con su bulla infernal, me enloquecían... Al fin, los hombres se me echaron encima... Yo quise resistirme, pero toda energía se debilita bajo los golpes... Me sacaron a rastras grotescamente sucio de excremento y de sangre...

—Cuando los dos agentes —dice el abuelo— presentáronme a este hombre en ese estado, yo le vi tal aspecto de criminal, que no hallé inconveniente en acusarlo con la mayor vileza... Mi antigua cobardía me dominó en ese instante... Volví a ser en seguida el hombre de antes, el mercader de drogas, el rufián sin escrúpulos... Lo increíble, lo que me hizo temblar fue su conducta... ¿Usted comprende?... Lo lógico habría sido que él se indignara, que se me echara encima enfurecido... Pero no dijo nada... Su actitud me pareció tan absurda... Parecía ensimismado mirando a Elena... Se la quería beber con la mirada... Era increíble... De no haber tanta gente, se habrían precipitado la una en brazos del otro... Por mi parte, yo lo seguía acusando, convencido de que así me salvaba.

—¡El asesino fue él! —grité—. ¡Todos lo han visto! ¡Se metió en el jardín! ¡Quiso robarnos!

Lo más inesperado fue que Elena, con voz ronca e hiriente, me declaró culpable.

—¡Estás mintiendo, abuelito! ¡Me das asco! ¡Di la verdad! ¡Tú fuiste!

No sé lo que pensé... Me vi ultrajado... Me sentí tan pequeño, que perdí la esperanza de su ternura... Si Elena me acusaba ¿quién me podría salvar?... Y fue tan grande mi pena que empecé a sollozar como un muchacho...

Al confesar su delito, el pobre viejo no puede reprimir un gemido.

Elena corre a su lado.

—¡No! ¡No! ¡Tú no lo hiciste, abuelito!

Él se apresura a explicar.

—Sí... Reconozco que ella no lo hizo adrede... Aquel impulso se debió a un nuevo ataque de su neurosis... La prueba es que ella misma —como volviendo en sí— tuvo un momento de lucidez e hizo el gesto de reparar el daño, pero no pudo... Su conciencia se ensombreció de nuevo... La atacó el paroxismo... Y fue preciso conducirla a la alcoba... ¡Era que el íncubo la volvía a poseer!...

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —grita ella entre gemidos...— Don Céfaro comenta:

—Su caída le provocó un aborto... Y además (ateniéndonos a lo que dijo el médico) sucedió que la impresión del disparo y el colapso nervioso en circunstancias iguales a las que motivaron su neurosis produjeron un grave retroceso en su mecanismo psíquico.

El Mack Amargo manifiesta cierta inconformidad.

—¡En mala hora quise vengarme! —exclama—. ¡Toda la culpa es mía!

Quiere excusarse, pero no halla palabras. Titubea. Se confunde, como el niño que ha quebrado un espejo y aún pretende acomodar los fragmentos.

Se expresa al fin, con frases atropelladas:

—Nuestra vida ha quedado rota, ¡es cierto!... ¿Pero por qué se quejan ellos dos? Yo fui el blanco de la vindicta pública!... ¡Yo cargué con la culpa!... ¡Me acusaron a mí!... ¡Sí, nadie quiso creer lo que ella dijo espontáneamente!... ¡Decían que era un efecto de su imaginación desviada!... ¡Algún impulso obsesivo!... ¡Yo qué sé!... ¡Nunca falta el consabido doctor!... Había que oírlo... Se presentó a la audiencia muy orondo... Parecía un mismo *pritti* y hablaba más que un loro sobre asuntos difíciles... Yo (palabra de honor) no comprendí lo que dijo... Creo que ni el Juez tampoco, porque de vez en cuando se rascaba la oreja... El mediquito decía cosas tan raras... Creo que habló de la herencia... de las simulaciones... del deseo de mentir... y otras cosas...

En resumidas cuentas resultaba que Elena era anormal y desde luego no era un buen testimonio... Lo que había confesado debía considerarse como la manifestación de algún resabio de algún viejo rencor contra el abuelo... De manera que Elena era una víctima de su desequilibrio mental, y, por lo tanto, inocente... Yo, en cambio, un criminal... Y aún confieso que habría sido capaz de echarme el muerto a la espalda... Lo hubiera hecho por ella... ¡Sí, señor!... Pero Elena se portó ingratamente... ¡Ni siquiera me visitó en la cárcel!...

—¿Cómo iba a visitarte —dice el viejo— si ella estuvo gravísima?

—¡No le crea! —grita El Mack—. Lo cierto era que me ignoraba... Cuando se mejoró de su dolencia no recordaba nada... Confesó ante el jurado que no me conocía... que ella (¡la pobre!) no se había dado cuenta de la tragedia... Estaba en trance... Pero lo más curioso fue la vuelta que se le dio al asunto... La prensa de esos días amplió el suceso con proporciones de escándalo... Yo leía los periódicos que me enviaba Sabina (la grandísima bruja trataba de salvarse por la bondad). Gracias a ella me podía divertir leyendo aquello, pues no me permitían hablar con nadie... Me tenían incomunicado... Ya puede imaginarse con qué júbilo releía las noticias... ¡Qué sarta de invenciones!... ¡Me acusaban!... Venía en todos los diarios la descripción del hecho con detalles insospechables... Pero cada palabra era más falsa que la otra... Todo aquello me producía la impresión de que se hablaba de un crimen muy distinto, no del nuestro... Y hasta la misma foto que me tomaron esa noche me parecía tan rara... Al contemplarla, no me reconocía... ¡Yo no era ese!... Pues, en ella realmente tenía toda la facha de un Criminal... Cualquiera, al verla, lo habría pensado así... Lo confirmaba, además, toda la crónica del crimen, en la que se narraba lindamente la existencia del Mack... Yo era la escoria social, la pestilencia, el fumador de canyac, el fruto torpe de la prostitución y del vicio, el alcoholismo en acción, el chulo, el vago... ¡y para usted de con-

tar!... Yo era el auténtico criminal lombrosiano, según dijo el Fiscal... ¡Ni más ni menos!...

Hace una pausa, y continúa:

—En cambio, se le rendían honores a esa inocente víctima que era Crispín... En la foto se le veía más joven... Lo llamaban (verá usted qué sarcasmo) lo llamaban “dechado de bondad y ciudadano perfecto”... ¿Quién lo hubiera creído?... Lo que más me extrañaba era su aspecto de ingenuidad... Y, además (daba risa) le habían puesto otro nombre... Lo llamaban JUAN DE LA CRUZ GAITAN... ¿Sería un error?... ¡Ni en broma!... ¡Era Crispín!... El mismo de los burdeles, el rufián redomado, el canallita... Pero ya sabe usted lo que sucede cuando muere algún rico... Aun siendo un pillo se convierte en el más santo varón... Lo mismo se decía de Don Céfaró... Tanto él como Crispín eran puntales de nuestra sociedad... Me eché a reír... Aquello era como para volverse loco... ¿De dónde habrían sacado tanta moralidad?... Aquellos pulpos, aquellos dos bandidos eran —según la prensa— gente muy honorable... ¡Yo, en cambio, resultaba un chivero sin dios ni ley!... ¡Así va el mundo!...

Vuelve a callar.

Don Céfaró y Elena se alejan hacia el porche discretamente.

El Mack Amargo sigue hablando en sordina:

—Lo más interesante fue el análisis del Fiscal... Era un tío sordo, nervioso, muy moreno... No podía estarse quieto y preguntaba los menores detalles... (¿Qué fué?... ¿Qué dice?... ¿Qué?... ) Ya me tenía fastidiado... Siempre se ha dicho que la Justicia es ciega... Menos mal, pero ¿sorda?... No puedo concebirlo... Aquel fulano no hablaba mal del todo... Se indignaba... Gesticulaba... Rugía como una fiera... Sacudía la cabeza... ¡Era de verlo!... El pobre no se enteraba nunca de las risas del público ni de la campanilla del Juez. Y, por supuesto, según él la exponía, nuestra tragedia parecía una novela detectivesca... ¿Qué montón de mentiras!... ¡Y no era para menos!... ¿Cómo se iba a enterar si era tan sordo?... Tampoco hay que olvidar que yo

mantuve el más estricto silencio en los detalles que afectaban a Elena... Y, como, dado su extravío cerebral, no era admisible lo que ella declarara, quedaba en pie, únicamente, la acusación del viejo en contra mía... De manera que, a falta de evidencias, el bendito Fiscal se vio obligado a establecer conclusiones sobre hechos falsos... Es cierto que Don Céfaró, no sé por qué motivo, declaró haber disparado contra alguien... No lo pudo negar... La carabina lo denunció... La hallaron en su cuarto... Pero el Fiscal afirmó que nada en claro se podía deducir de ese detalle, puesto que los expertos habían establecido que lo que hirió a Crispín no fue una bala de perdigón sino de Colt 32... ¡Es asombrosa la ciencia de estos niños!... Averiguan hasta la marca del arma... ¿Cómo lo hacen?... Quién sabe... Yo no sé de estas cosas... Pero, en cambio, el Fiscal era un experto en balística... No podía equivocarse... Según él, hubo esa noche dos armas que dispararon a un tiempo... Sólo de esa manera podía aceptarse el hecho de que se oyera un solo disparo... En este punto coincidían los testigos... Y la reconstrucción de los hechos, según él, era ésta: Yo iba armado con un Colt 32... Iba dispuesto a vengarme... (Decía dos palabritas que no puedo olvidar. Hablaba siempre de “Premeditación y Alevosía”. Estas palabras las usan solamente los abogados y los turistas de Coiba...) Yo iba, pues, a vengarme “con premeditación y alevosía”... Monté en el muro “con premeditación y alevosía”... Salté al jardín “con...” Bueno, si sigo así hago el-cuento-que-no-se-acaba-nunca... Lo cierto es que Crispín no se dejó sorprender... Estaba oculto... A lo mejor me esperaba... Y me atacó por la espalda, no con alevosía ni pendejadas sino con un cuchillo... En ese instante, ella, Elena, lanzó un grito de espanto... Yo, tal vez asustado, me distraje... Crispín, lleno de miedo y desarmado, quiso escapárseme... Yo disparé contra él y eché al estanque el revólver (por más que lo buscaron, nunca dieron con él)... Minutos antes apareció Don Céfaró... Me vio apuntar... y, ¡claro! disparó contra mí... De esa manera dejaba demostrado que ambos tiros salieron al unísono-

no... Era muy fácil suponer que, debido a la oscuridad y a su falta de pulso el pobre viejo no me hubiera acertado... “¡Vaya usted a saber a dónde diablos fueron a dar sus perdigones!” (¡Todo estaba muy claro!)... Eran tan lógicas las conclusiones del Fiscal que hasta yo mismo las hallé acertadísimas... No había nada qué hacer... Yo era el culpable... ¡Yo cometí aquel crimen con premeditación y con revólver!... Aún recuerdo las últimas palabras del Fiscal... Creyó oportuno insistir sobre mi mala vida de perdulario, declarando que yo era un vástago espurio crecido al margen de la Ley y en un ambiente malsano... Desde luego, según él afirmaba, yo no tenía la culpa de ser malo, de ser un pervertido y una lacra social... Finalizó su discurso asegurando que la vagancia, la miseria y el vicio seguirían azotando eternamente la nave del Estado si no se exterminaban debidamente tales morbos nefandos... Total: que yo era un bicho travieso, y, por lo tanto, pedía que se me diera el pasaporte para la Isla de Coiba... Por fortuna el Jurado no se puso de acuerdo... Mi abogado, que es un buen tinterillo, les armó tal barullo a aquellos señores, que la audiencia se transformó en holgorio... Sobre todo porque ese día la sala estaba llena de choferes, prostitutas y macks... De manera que el caso sigue en pie... Va a rehacerse el proceso con un nuevo Jurado... Don Céfaro y Elena fueron a verme hoy a la cárcel... Consiguieron sacarme no sé cómo... Ella no quiere que me condenen... Sabe que yo soy inocente... Está segura de que no disparé... Tiene un recurso de prueba absoluta... Ella asegura que, además de nosotros, existió aquella noche cierto testigo presencial... ¡Era usted!... ¡No lo niegue!... ¡Usted bien sabe quién disparó!...

—¿Por qué motivo debo saberlo? —arguyo—.

—Yo mismo no lo sé... Si lo supiera, no habría venido a verlo... Sin embargo ¿no ha dicho Elena Cunha que somos personajes de su creación? Ese es un punto que yo deseo aclarar. Por fin ¿qué somos: ficción o realidad? Si nuestra vida sólo es imaginaria, no tiene más valor que la de simples muñecos cu-

yos hilos mueve usted a capricho... Si es así, nuestro drama no tendría nunca fin... Sería un eterno, doloroso retorno... ¿Quién negará al autor la potestad sobre sus propias criaturas? Usted puede acabarnos con la misma facilidad con que nos trajo a la vida... Ya que Elena asegura ese dominio de usted sobre nosotros —injusto, desde luego—, hemos venido a suplicarle que cambie las escenas finales de su obra... ¿Qué bellezas puede agregar a un libro la muerte de Crispín? Al fin y al cabo no era más que un gusano indigno... ¿No sería más humano someterlo a un bochornoso desprecio y a la justa vindicta pública?

—¿Por qué hacerse ilusiones? —le digo—. Usted bien sabe que el oro de Crispín habría acallado todo posible escándalo... ¿Cree usted en la Justicia?... ¿No acaba de contarnos que ha sido víctima de sus venalidades?... Aunque, después de todo ¿quién le asegura que lo que ha dicho Elena sea cierto?... ¿Puede acaso creerse lo que sólo es producto de una mente desviada?... Aun aceptando su restablecimiento, ¿no será esa invención un mero gesto de su piedad ingénita?

—No había caído en cuenta —dice el Mack— de que nuestra ficción pudiera ser un simple mito piadoso... Me había asido a esa idea como a una fácil tabla de salvación... Sin embargo, cuando Elena habló de eso me pareció notar que usted estaba de acuerdo... Tanto es así que aún discutió con ella ciertos datos precisos como el del ruiseñor.

—Creo que si lo hice fue porque ya intuía, me daba cuenta de su anormalidad.

—En ese caso prefiero no insistir... Dígame ahora; si no somos ficción, si lo del crimen fue dura realidad, ¿no queda un punto por aclarar?

—¿Qué punto?

—El de “ese cierto testigo presencial”... Elena afirma que usted estaba allí... ¿No acostumbraba frecuentar aquel sitio para atisbarla? Fácil es comprender que tal deleite —poco digno de usted— se le negara durante el corto lapso de mejoría de Ele-

na... Por eso, preocupado, volvió a rondar la Villa aquella noche de plenilunio... Y, al verla a élla desnuda...

—¡Espere!... ¿No mencionó usted antes un gran muro que rodeaba al jardín?... ¿De que manera la habría podido ver?

—Esa muralla —dice el viejo, acercándose— no existía en un principio... La hizo elevar Crispín... ¿Usted comprende por qué?... Quería ocultar su falso adulterio con Elena... Hasta recuerdo que ordenó repararla... Lo tenían preocupado ciertas rendijas indiscretas...

—Lo cual hace pensar que... por algún agujero...

—Presenció usted la escena —me dice el Mack Amargo— ¿no es así?

—¿Quién lo afirma? ¿La Policía?

—¡No! ¡Elena!

—¿Ella atestigua haberme visto?

—No tanto... Pero supone que...

—¿Es posible que crea usted tanto absurdo?

El Mack Amargo pierde todo dominio sobre sí mismo.

—Entonces ¿a quién debo creerle?

Se golpea con el puño la palma de la mano y se dirige hacia Elena gritándole:

—¡Ven, tú! ¡Díselo tú!

—Déjame, bruto! ¿No ves que me haces daño?

Yo comienzo a inquietarme.

—¡Por favor, sobrellévelo! —me susurra Don Céfar—. ¿Qué más da? ¡Tenga calma!... Es preferible seguirle la corriente... ¿Por qué contradecirle?... Invéntele algo que logre serenarlo...

—¿Quiere usted sugerir que El Mack Amargo también?...

—Tenga paciencia, señor...

Él, intuyendo lo que el viejo me dice, se le abalanza airado.

—¿Quieres callarte? ¡imbécil!

Y le da un empujón. El pobre viejo tiene que hacer esfuerzos para no caerse, y a fuerza de equilibrio logra al fin apoyarse

sobre uno de los brazos de mi poltrona; allí, todo jadeante, con los ojos salientes, lo ataca un nuevo acceso de tos.

Elena corre a su lado.

—¡Pobre abuelo!

Mira al Mack irritada, pero no logra hablar, se le hace un nudo en la garganta; y su iracundia se disuelve en sollozos.

Fuera de sí, El Amargo alza los hombros con cierta indiferencia.

Luego dice entre dientes:

—¡Todo fue culpa de ellos!

—¿De quién? —le grita Elena—.

—¡De ustedes dos!

—¡Mentira!

Y, a un gesto de él, recalca:

—¿Por qué mientes, Amargo?... ¿Quién te invitó a inmiscuirte en nuestra vida privada?... Di tú, ¿fui yo a buscarte para que me asaltaras como lo hacen las bestias?... ¿Acaso no comprendes que todo habría cambiado sin tu presencia indigna en el jardín?... ¡El intruso fuiste tú, pobre iluso!... ¡Tú eres el responsable de todo!

El Mack Amargo la mira embelesado sin saber qué decir.

Ella prosigue:

—Pero, al fin y al cabo, ¿de qué estás inculpándonos? ¿Aún no te has enterado de que eres una sombra vulgar?... El verdadero culpable es el señor...

Y, dirigiéndose a mí, prosigue airada:

—Sólo así se comprende nuestro embrollado nudo de situaciones.

El Mack Amargo no parece aún conforme, pero Don Céfaro le dice algo al oído, alguna frase tan eficaz, que el otro se deja vencer como un niño. Ambos se alejan hacia un rincón del porche.

Elena Cunha los sigue con la vista y me dice:

—No quieren comprenderlo. Somos formas abstractas, conceptos sin sostén sencillamente porque usted no ha encontrado

para nosotros la expresión adecuada... Y aquí nos tiene usted, seres anónimos, nebulosos, sin consistencia alguna... ¿Cuándo va a decidirse a eternizarnos dentro de formas nítidas?...

—Permítame... —le digo—. Si todo lo que ha dicho fuese verdad ¿sería posible que razonara usted con tanta lógica? Pero, aun así, recuerde que, siendo personaje, no hablaría usted con quien, como usted dice, es su autor.

—¡Oh, nada de eso!... Conozco muchos libros...

—Sí, pero en esas obras el autor no figura tal como es, sino como ente ficticio.

—¡Muy bien! Pues de ese modo también puede ocurrir que, ahora, sea usted un personaje de su misma creación.

—Puede creerme que... si no lo he soñado...

—¿Por qué ponerlo en duda? Hasta es probable que, en este mismo instante, sueñe usted...

—¿Qué sugiere?... ¡No! ¡No!... Precisamente cuando ustedes llegaron me disponía a escribir...

—¿Estaba solo? Me pareció escuchar...

—Sería indiscreto...

—¿Con quién hablaba usted?

—Con la lectora.

—¿No será entonces ella quien nos está soñando?

—O leyendo... —explico yo—. Puede ser...

—¡Qué escepticismo! ¿Por qué vuelve a dudar?

—Porque la idea de ser leído o soñado no me resulta grata. Prefiero ser autor.

—En ese caso, pruébeme alguna hipótesis menos abstracta.

—Déjeme usted pensar...

—¿Lo he convencido?

—Tal vez... La voluntad de ayudarla me sobra, pero repito que solamente en sueños...

—Desde luego, puesto que aquella noche... ¿Recuerda?... Hacía una luna tal como la de ahora... Lástima que estas luces no dejen apreciarla... ¿Quiere usted apagarlas?

(Sólo por complacerla, me acerco a la pared y desconecto el conmutador. Al apagarse las luces, los rayos de la luna dan al estudio cierto aspecto ilusorio).

—¡Ahora, sí! —dice Elena—. Continúo: Aquella noche volvía usted de una fiesta en casa de unos amigos... Como es de suponer había bebido en exceso y, desde luego, con la mente anublada por el alcohol, anduvo errante bajo los árboles... Al llegar al jardín, quedó en suspenso... No hacían falta rendijas para mirar la escena que se desarrollaba: la llevaba en la mente... Y en esa triste noche de Viernes Santo imaginó el desenlace... Sólo que, ya en su casa, lo invadió un sueño plúmbeo y olvidó todo aquello... ¿Por qué no hace un esfuerzo mental?... Quizá recuerde aquella escena del crimen tal como usted la vio bajo los falsos dictados del alcohol... ¡Bien!... ¡Anímese!... Trate usted de sentir las mismas cosas que sintió aquella noche... ¡Mire la luna!... ¡Espléndida!.. Ya está llegando al punto en que estaba cuando el crimen...

(¿Qué debo contestarle? Estoy confuso. No tendré más remedio que adaptarme a su juego, aun simulando, únicamente por no contradecirla).

Parece que comprende mi pensamiento. Se me acerca y me dice:

—Tal vez le sea difícil recordar lo que ocurrió aquella noche. Y es muy lógico. El subconsciente de usted está rehuyendo revivir esa escena... Pero haga algún esfuerzo por evocarla... ¿Sabe usted con qué fin?... Sencillamente para que El Mack Amargo conozca la verdad... Él sólo quiere saber quién disparó. ¿Quiere evocarla?

Sin notarlo debo haber expresado, con algún gesto mío, mi reticencia, pues ella, contestando a ese ademán de rechazo, me dice:

—Supongamos que usted no es el autor, que otra persona fue quien imaginó toda esta trama difícil... ¿Podría decirme usted de qué manera encuadraría el desenlace?

Con marcada intención intensifica sus últimas palabras procurando que los otros la escuchen.

—¿Quién hizo aquel disparo?

Don Céforo y El Mack, interesados, se acercan a nosotros.

Yo hago un esfuerzo mental como tratando de crearme la conciencia de aquella realidad posiblemente olvidada... innumerables imágenes inciertas, torturan mi memoria... La vaga nebulosa va adquiriendo contornos cada vez más precisos... Veo al fin, algunos árboles bajo la luna... Distingo claramente los reflejos del agua... Y, más allá, algo blancuzco que se agita en el suelo... Luego las sombras comienzan a agitarse como en una película...

—¿Y? —dice Elena—. ¿Por fin?

—¡Sí —respondo—. Creo recordar la escena... Aquella noche sólo había en el jardín cuatro personas: Crispín, usted, Don Céforo y este hombre a quien se acusa injustamente del crimen... Ahora bien, si la bala que disparó Don Céforo se perdió en el vacío, debemos aceptar que El Mack Amargo llevaba una pistola...

—¡No! —dice él—. ¡Yo le juro que jamás he sabido lo que es un arma!

—Bueno, entonces —arguyo— nos queda una persona.

—¡No! ¡No! —me dice Elena—.

Yo insisto:

—¿No deseaba reavivar mis recuerdos?... Bueno, escuche: Cuando bajó al jardín usted llevaba un revólver.

—¡No! ¡No! —vuelve a decirme—.

Yo continúo impertérrito:

—¡Sí, usted estaba armada cuando llego al estanque... Iba dispuesta a liquidar a Crispín si no lograba su intento...

—¡No! ¡No! —repite Elena—. Y retrocede hacia el porche sobrecogida de pánico.

Me dirijo a El Amargo, y, señalándosela, prosigo:

—Al ver tu lucha con él, quedó en acecho, impasible, de espaldas contra un árbol... Estaba bien segura de que ibas a

matarlo; pero al ver que Crispín había logrado escurrírsete, ella, que es buena tiradora, se echó el arma a la cara, midió con toda calma la puntería y disparó... Toda la historia de su caída sobre las piedras y el colapso nervioso formaban parte de la simulación... Pero el impacto fue demasiado fuerte, de lo contrario no habría perdido al niño... Ya sabemos que no quería perderlo... La criatura significaba todo para Elena. Prueba de ello es que le ha vuelto el conflicto...

El Mack Amargo mira hacia la terraza con cierto desaliento.

—Yo tenía una esperanza —murmura—. Había creído que ella quería salvarme, pero ya que es así debo acusarla... No queda más remedio... Voy a hablar con Elena!...

El viejo Céforo lo detiene, diciéndole:

—Déjala en paz ahora, por favor. Considérala. ¿No la ves cómo sufre?

Iluminada por la luz de la luna Elena Cunha parece menos real.

Don Céforo prosigue:

—Es muy probable que Elena disparara, pero puedo jurarles que no se ha dado cuenta... Créanme ustedes... Y aun puedo asegurarles que, de ser cierto, no lo recordará... ¿Tiene un sonámbulo conciencia de sus actos?

El Mack Amargo protesta:

—¿Quién puede asegurarme...

El viejo trata de convencerlo.

—¡Te juro que...

—¡No insista!... Aún suponiendo que lo de ella sea cierto, mejor es que declare... Es el momento oportuno... Después sería ya tarde... Usted lo ha dicho... Cuando se sienta bien será difícil hacerla recordar...

—¡Por favor!...

—¡Es preciso!... Comprenda usted... Se trata de salvarme... Usted bien sabe que yo soy inocente... ¿Por qué he de ir a la cárcel?... ¡Son veinte años!... ¿No le parece injusto?

—¿Y es justo que ella vaya?

—Eso es asunto de ustedes... Sea como sea, ya todo el mundo sabe que Elena es anormal... Mató, como usted dice, sonámbula... ¿Quién puede condenar a una persona que sueña un crimen?... Y, además, con ustedes la justicia es benigna...

—Si sólo se tratara de esquivar la justicia no habría problema; pero debo explicarte que la menor sorpresa en este instante sería fatal... Elena quedaría trastornada definitivamente.... No quiero ni pensarlo... ¡Ella no es loca!... ¡Créanme!... Esos ataques le pasan en seguida... Verán... Cuando la luna llegue al punto en que estaba cuando el crimen, la atacará el delirio... Estoy seguro... Y es posible que voluntariamente nos confiese el delito.

El Mack Amargo arguye aún:

—¿Está seguro de que va a confesar?

—No sé... Todo depende...

—¿De qué?

—De lo que el subconsciente le dicte... Porque si en vez del crimen recuerda lo de Amberes volverá a ser la de antes, la novia del fantasma... Lo grave es que después lo olvide todo y se sumerja en una amnesia integral.

—No me someto. Déjeme hablar con ella. Y como el viejo trata aún de detenerlo, lo aparta de un envión.

—¡Espera un poco! —le grito—. Si la asustas, puede volverse loca para siempre. Y eso sería más grave.

—Pero ¿qué debo hacer? —dice confuso—. Con tal de que confiese...

—¿Qué quieres que confiese? —inquire el viejo— si no logró enterarse? Lo más que puede hacer es aceptar la posibilidad de aquel crimen cometido por ella en pleno estado de hipnosis...

Y yo lo dudo aún, ya que, al fin y al cabo, ¿por qué hemos de creer lo que ha inventado el señor?... Esa hipótesis bien puede derrumbarse con esta afirmación: No somos personajes ficti-

cios sino seres de carne y hueso. Eso de la ficción se le ha ocurrido a mi nieta porque lee demasiado. ¡Malhaya las lecturas! Pero eso es falso, ¡falso!

El Mack Amargo argumenta:

—Esa razón no me convence, porque no ha de negarme que este señor me ha puesto en la más lógica pista del criminal. Nadie pensó en Elena. Y, sin embargo, me parece tan claro. ¿Quién podría ahora quitarme que fue ella quien hizo aquel disparo?

—¿Pero tú no comprendes que este señor ha combinado todo eso por lo que ha dicho Elena? Yo mismo, sin pensarlo, le sugerí hace poco estar de acuerdo con lo de la ficción.

—Entonces ¿puede probarme lo contrario?

—Eso es muy fácil. Precisamente hoy día se cumple un año del hecho criminal... La luna está situada casi en el mismo punto en que estaba cuando el crimen... Si somos personajes, la escena volverá a repetirse tal como aquella noche...

—No me convence.

—¿Por qué?

—Porque si a Elena le da por simular...

—Sólo hay un hecho que puede convencernos de nuestra realidad. Una evidencia palpable...

—¿Cuál es?

—Pues la posible presencia de Crispín.

—¿Que dice usted? —le digo—.

—El Mack Amargo abre los ojos visiblemente inquieto.

Tartamudea:

—¿Crispín? ¿Cómo? ¿El difunto? Dice usted que...

—Es muy claro... Si somos personajes, nuestra vida volverá a producirse infinitamente... Y es lógico pensar que, al repetirse la escena del jardín, los personajes resurgirían activos evocados por los hechos en sí... De esa manera, Crispín emergería, cuchillo en mano, dispuesto a asesinarte.

—¡No! ¡No! —le dice El Mack—. No me someto a la prueba.

—No es que yo te asegure que él va a venir... ¡Ni pensarlo!...

Lo que yo quiero demostrarte es precisamente lo contrario... que Crispín no vendrá... Con lo cual se verá que ni tú ni yo ni Elena somos entes ficticios sino personas reales... No comprendes que si Elena ha aceptado la tesis del señor es porque piensa que ella es un personaje... Ya se convencerá de lo contrario... Lo verás... Imagínate que el porche es el jardín... Mira a mi nieta... Ya va a caer en trance... Repitamos la escena...

El Mack Amargo se deja convencer.

El viejo agrega:

—Súbete a esta mesita e imagínatela como si fuese el muro: luego desciende de ella y te aproximas a Elena...

Poseído de su papel, El Mack sube a la mesa en que acostumbro escribir, y, desde lo alto, mira hacia el porche dispuesto a dar el salto.

Yo pienso: “Es necesario defraudar esta farsa, de lo contrario perderán todo freno”.

Sin tiempo que perder me precipito y vuelvo a encender las luces...

La nueva claridad niega a la escena su misterioso encanto. El Mack Amargo monta en cólera. Y al notar que junto a él pende la lámpara cuyas luces lo ofenden, la zafa del alambre y la echa al suelo sin miramiento alguno. Todo el ámbito queda de nuevo a oscuras. En la sombra resuena el tintineo de las bombillas quebradas.

Fingiéndome ofendido por su actitud, le grito:

—¡Ya buscaré otros medios de entorpecer la escena!

¿Para qué dije aquello? El Mack Amargo, perdida la paciencia, da un tirón al alambre, pero al ver que no cede lanza un sordo gruñido. Poseído de absurdo frenesí patea en la mesa y aun deja comprender que intenta ahorcarse con el mismo cordón.

Imaginando el escándalo (la policía, la prensa), me subo a la mesita en que él está. Es el momento que sin duda esperaba, pues me echa de inmediato el hilo al cuello y me hace un lazo a la altura de la nuca.

Procuro hallar en vano el nudo, a tientas con la idea de zafarme, y grito:

—¡Auxilio! ¡Socorro!

Ni el eco me responde.

Inútilmente busco con la mirada a Don Céforo. Lo noto al fin oculto tras mi poltrona de la que emerge a veces su gran calva cual la de un monigote mecánico.

—¡Cayó usted en la nasa! —me dice El Mack Amargo con socarronería.

Ríe sarcásticamente y agrega:

—Ni he pretendido ahorcarme ni quiero hacerle daño. Sólo deseo impedir interrupciones que a nada nos conducen. Y espero que tendrá usted paciencia.

Aun convencido de que podré soltarme prefiero no intentarlo por el momento para evitar su cólera.

—Me someto —le digo—; pero recuerde que usted está en mi casa y que esto es un atropello.

—Perdóneme —responde—. Al fin y al cabo la escena será corta, de manera que dentro de muy poco lo pondré en libertad. Tenga cuidado. No mueva demasiado la mesa porque puede volcarse y quedaría usted colgado... Pero, mírela a ella... ¡Escuche a Elena! ¡Ya empieza!

Se oyen afuera entrecortados gemidos.

—¡Va a comenzar la escena! —dice El Mack—.

En efecto, los rayos de la luna dejan ver en el porche a Elena Cunha ya en poder de la hipnosis. En su loco delirio por desvestirse rasga sus vestiduras y se echa al suelo presa de convulsiones.

Mientras la miro atónito siento en mi oído el sofocante aliento de El Mack cuando me dice con notoria impaciencia:

—Todo va a suceder como ocurrió aquella noche de Viernes Santo... ¡Fíjese bien!... Ya Elena está tendida en el césped a orillas del estanque... Detrás de aquel sillón está Don Céforo como cuando acechaba a Crispín semiescondido tras el tronco de un

árbol... Yo que estoy sobre el muro doy un salto y quedo en pleno jardín...

—¡Tenga cuidado, por favor! —le suplico— ¡Puede volcar la mesa!

—Tiene razón —me dice—; pero ¿qué debo hacer? Es necesario que todo se realice tal como aquella noche de plenilunio.

—Sí —le respondo—, pero no olvide usted que “aquella noche” no pendía yo de un “hilo”.

Parece comprender y, procediendo con la mayor cautela, desciende de la mesa y se dirige hacia Elena andando a gatas como una bestia absurda.

Desde su improvisado escondite Don Céfaro contempla la escena, sin dejar de mirar hacia el vestíbulo como en espera de alguien.

Sobre el frío pavimento del porche Elena Cunha gime y se contorsiona imaginándose en poder del fantasma.

El Mack Amargo se le aproxima cauto y bruscamente la aferra entre sus brazos.

Tres alaridos de ella, penetrantes, metálicos, rasgan la noche lóbrega.

—¡Crispín! ¡Crispín! ¡Auxilio!

—Súbitamente se escuchan en la puerta fuertes golpes de alguien que quiere entrar.

El Mack Amargo se levanta de un salto y queda alerta como a la defensiva.

El viejo Céfaro se asoma sorprendido. Su cabeza brilla grotescamente.

Elena Cunha se apoya en la baranda y permanece impasible.

Los golpes se repiten cada vez más violentos.

El Amargo se me arrima aterrado y tartajea todo trémulo:

—¡No le abra! ¡Es él! ¡Crispín!

Tres nuevos golpes retumban en la noche.

Poseído del más franco pavor, El Mack Amargo trata de asirse a mí. Se me echa encima. Yo pierdo el equilibrio. Y, al caerse la

mesa, siento el templón horrible del alambre en mi cuello. Desesperadamente braceo cortando sombras. Me inunda un mar de nieblas que sube, sube, sube... Procura respirar... Y en ese agónico esfuerzo, trago sueños...

—*¡Capitán, nos hundimos!... ¡Que se salve quien pueda!... ¡Quién ha dicho que estamos en el mar?... ¡Hemos caído en un océano de sombras!... ¡No, lectora, son conceptos en flor, razonamientos!... ¡Malhaya la visita!... ¡Kreisler! ¡Kreisler!... ¡Disminuya el volumen!... ¿No es LA DANZA MACABRA?... ¡Escuche, Elena, se lo debo decir, los ruiseñores no llegan hasta el Istmo!... ¿Y ese canto?... ¡Por favor, no discutan!... ¡Tu fortuna tenía olor de burdeles!... ¡Has de ser mía de nuevo!... ¡No! ¡No! Suéltame, bruto!... ¿Quién disparó?... ¡El fantasma!... ¡Apura, Amargo! ¡La Macksita se muere!... ¡Oye, Sabina, no le des más cerveza!... ¡Pobrecita!... ¡La devoró un gran lobo!... ¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Mira mamá, la luna!... ¡Monte pronto!... ¿Para dónde va el tren?... ¡Para la Habana!... ¡Bueno sírvame un trago!... ¡Welcome, sailors, drink beer and remember Pearl Harbor!... ¡Hurra! ¡Hurra!... ¿¿Por qué bailas tan mal??... ¡Sube a mi cuarto!... ¡Cuidado con el perro!... ¡Zafa! ¡Zafa!... ¡Se le acabó el contrato!... ¡Hija de perra!... ¿Por qué no lo dijo antes?... ¡Le suplico darle un baño al cadáver!... ¡Me haces daño!... ¿Por qué mientes Elena?... ¡Ibas armada cuando fuiste al jardín!... ¡Qué noche horrible!... ¡Criminal! ¡Asesino!... ¡Dí la verdad! ¡Tú fuiste!... ¡Pobre Amargo!... ¡Quería hacerle un velorio con profusión de acacias!... ¿Por qué, no era un muñeco de chocolate y barro?... ¡Extra!... ¡Suicidio con preme-pen-de-ja-da-le-vo-sía!... ¡Zafa, Sabina!... ¡Extra!... ¡Aleluya!... ¡EXTRAÑO CASO DE UN ESCRITOR AHORCADO!... Pero ¿quién fue? ¿“El Mesías”?... ¡Extra! ¡Aleluya!... ¡LOS ALIADOS AVANZAN!... ¡Extra! ¡Extra!... ¡Detengan esa sangre!... ¡Extra! ¡Aleluya!... ¡Aleluya!...*

Al fin respiro. ¿Quién era el capitán? ¿Y esa sangre? Me duele la garganta. Escucho gritos y cantos. (¿Aleluya?) Estoy

tendido sobre el frío pavimento... ¿Me quedaría dormido? ¿Habré soñado? Quisiera convencerme. Abro los ojos. No hay nadie en el estudio. Ha amanecido. La luz del nuevo día da a los objetos un aspecto distinto. Pero con gran sorpresa me cercioro de que mis visitantes se han marchado. Me supondrían cadáver, y, temiendo nuevas complicaciones, harían mutis a tiempo. (¡Extra! ¡Aleluya!)

Me levanto. Al hacerlo, siento un nudo en mi cuello. Me llevo a él ambas manos y noto el lazo eléctrico. (¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Extra! ¡Extra!) Además la mesita está tendida en el suelo. Me desato el cordón y me doy cuenta de que por buena suerte se desprendió de lo alto. Menos mal, si no, ahora sería un grotesco ahorcado. ¡Qué estupenda noticia! ¿SUICIDIO O CRIMEN? Periodistas, Fotógrafos. Curiosos. Y en todos los periódicos fotografías enormes. El cadáver suspendido del techo. EXTRAÑO CASO DE UN ESCRITOR AHORCADO. (¡Extra! ¡Aleluya!).

Menos mal que estoy vivo. Sin embargo estuve a un tris de la muerte. Me imagino regresar de otro mundo. Me sigue molestando aún el rasguño que me produjo el hilo. No puedo, pues, dudar de esta aventura que más parece sueño. Salgo al porche y encuentro claras huellas del vestido de Elena. Pero aún sigo dudando de que sea realidad lo que he vivido. Prefiero distraerme contemplando la vida que despierta del letargo nocturno.

Unos chiquillos corren ya, calle abajo, voceando las noticias. Salmodian:

—¡EXTRA! ¡EXTRA! ¡LOS ALIADOS AVANZAN! ¡EXTRA! ¡EXTRA!

En el recinto de la iglesia antillana el coro entona los últimos compases de “El Mesías” handeliano. (¡Extra! ¡Aleluya!)

Ahora recuerdo que hablé de esto con alguien. ¡Pues, claro! La Lectora. ¡Qué memoria! La olvidé por completo. ¿Se quedaría en mi alcoba? Voy a ver. A lo mejor escaparía horrorizada. La experiencia no ha resultado grata para ella.

Me aproximo a la alcoba. Descorro la cortina. Abro la puerta. ¡Caramba! Está dormida sobre mi canapé.

Con gran sigilo me le acerco. La llamo:

—¡Oiga, lectora!

Se despierta asustada. Y en seguida me parece notar que me desprendo de una cruel pesadilla... Prueba de ello es que el dolor de mi cuello desaparece.

Me mira sonriente. Desperézase. Hace varios mohínes. Y se levanta airosa dando muestras de que desea marcharse.

Al fin comprendo.

—Parece ser, lectora, que es usted la que ha soñado todo esto. Me ha jugado la peor de las partidas y aún sonrío satisfecha. Su conducta me parece desleal sencillamente porque usted no ha cumplido con nuestro compromiso. No tendrá más remedio que brindarme el desquite; y aun le advierto que en mi próximo sueño no saldrá bien librada. Sin embargo, ¿por qué debo ofenderme? Yo mismo la he iniciado en este grato juego de irrealidades. Si le agrada podremos ensayar una experiencia menos densa de sombras. Aunque de todos modos, por hoy, creo que es bastante. Hemos logrado conocer peripecias dignas de una novela. Dejemos en el libro los dictados de nuestra fantasía mientras la vida nos depara otra hazaña cual la de Elena Cunha. El caso de ella no debe parecernos extraño, pues ya sabemos que nuestra vida misma no es más que la expresión de un paroxismo neurótico. Por eso, frente a un mundo que insiste en destrozarse contradictoriamente creyendo que su lucha ha de llevarlo a la conquista del bien, creo que debemos decir casi rezando:

—¡Bienaventurados los que sueñan, porque de ellos será el reino de la creación!

Al despedirme de usted, Lectora amiga, salgo de nuevo al porche.

La vida sigue su curso rutinario, pero me siento alegre no sé por qué motivo. Debe ser por el sol. Otros chiquillos pasan voceando las noticias.

PLENILUNIO

—¡EXTRA! ¡EXTRA! ¡LOS ALIADOS AVANZAN!

—(¿Qué dira Elena Cunha?)

Una escuadrilla de aviones rasga el cielo con sus cuchillos móviles.

Y en la iglesia vecina ya el coro finaliza el oratorio de Handel.

—¡ALELUYA! ¡ALELUYA!

